













125084  
AVENTURAS  
DE GIL BLAS DE SANTILLANA,  
ROBADAS A ESPAÑA,  
Y ADOPTADAS EN FRANCIA  
POR MONSIEUR LE SAGE,

RESTITUIDAS A SU PATRIA  
Y A SU LENGÜA NATIVA  
POR UN ESPAÑOL ZELOSO,  
*que no sufre se burien de su nacion.*

TOMO TERCERO.

MADRID  
POR D. GERÓNIMO ORTEGA.  
1799.

10

DEPT

DEPT OF THE INTERIOR

10

AVENTURAS  
DE  
GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LO QUE HICIERON GIL BLAS Y SUS  
COMPAÑEROS DESPUES QUE SE SEPA-  
RARON DEL CONDE DE POLAN:  
DEL IMPORTANTE PROYECTO QUE  
FORMÓ AMBROSIO; Y CÓMO  
SE EXECUTÓ.

Despues de haber pasado el con-  
de de Polan la mitad de la noche en-  
darnos gracias, y asegurarnos de que  
podíamos contar con su eterno agra-  
decimiento, llamó al ventero para  
consultar con él de qué modo cami-  
naria con seguridad á Turis, adonde  
tenia ánimo de ir. Dexamos que to-  
mase sobre esto sus medidas, y no-  
sotros salimos de la venta siguiendo el  
camino que á Lamela le pareció escoger.  
Al cabo de dos horas de marcha  
nos amaneció cerca de Campillo. Lle-

gamos prontamente á las montañas que hay entre aquella villa y Requena. Descansamos aquel día y lo pasamos en contar nuestro caudal, que se habia aumentado mucho con el dinero que habíamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones. Al entrar de la noche nos volvimos á poner en camino, y el día siguiente al amanecer entramos en el reyno de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos, emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corría un arroyuelo de agua cristalina que lentamente se iba á juntar con las aguas del Guadalaviar. La apacible y deleytosa sombra con que nos convidaban los árboles y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos, nos hubieran determinado á hacer alto en aquel ameno campo, aun quando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos, pues, y hacíamos ánimo de pasar allí aquel día alegremente; pero quando fuimos á almorzar nos hallamos con poquísimos víveres. Empezaba á faltarnos el pan, y la bota estaba poco menos que ago-

nizando. Señores, dixo entónces Ambrosio, sin Ceres y sin Baco no me agrada el sitio mas delicioso. Es menester renovar nuestras provisiones, y asi marchó á este fin á Chelva, que es una linda villa, distante de aqui solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viage. Dixo, cargó en el caballo el botarron y las alforjas, montó, y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta su vuelta.

Sin embargo, no volvió tan presto como lo esperábamos. Era ya mucho mas del medio dia, y aun se acercaba ya la noche á cubrir los árboles con su obscuro y negro manto, quando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto con las muchas cosas de que venia provisto. No solo traia el botarron lleno de exquisito vino, y atestadas las alforjas de viandas asadas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dixo sonriéndose: apuesto yo á don Rafael, y á todos los mas diestros del mundo, el que no son

capaces de adivinar por qué ni para qué he comprado todo este envoltorio de ropa. Diciendo esto lo desató él mismo para que viéramos por menor lo que encerraba. Mostrónos un manteo negro, y una sotana del mismo color; dos chupas, y dos pares de calzones de paño negro; un tintero de cuerno con su salvadera, y pieza para meter las plumas; una mano de papel fino, un sello grande y un candado, juntamente con un pedazo de cera verde. ¡Par diez, exclamó zumbándose don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, que el señor Ambrosio ha empleado bien el dinero! ¿Que diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todas estas cosas no me han costado mas de diez doblones, y estoy persuadido á que nos han de valer pasados quinientos. Contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de géneros inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que me está baylando en la cabeza. Oid y juzgad.

Después de haber hecho provision de pan, me entré en una pastelería y

dispuse me asasen seis perdices , otras tantas pollas , é igual número de gazapos. Mientras todo esto se acababa de asar entró en la pastelería un hombre encendido en cólera , quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del pueblo , y le dixo al pastelero: por Santiago Apóstol que Samuel Simon es el mercader mas ruin que hay en todo Chelva. Acaba de afrentarme en su tienda públicamente , pues no me ha querido fiar el grandísimo ladrón seis varas de paño, sabiendo muy bien que soy un artesano que cumplo bien , y que á ninguno he quedado jamas á deber un cuarto. ;No os admirais de semejante bruto? El fia sin reparo á los caballeros, quando sabe por experiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un ochavo , y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último maravedí. ¡Que manía ! ¡maldito judío ! ¡oxalá le engañen ! Puede ser que se me cumpla algún dia este deseo , y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Estaba oyendo yo con la mayor atención á aquel pobre oficial, el qual

dixo otras muchas cosas del susodicho Samuel ; y de repente sentí no sé que interno prenuncio de que yo mismo habia de vengarle , haciendo una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo , pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente , ¿ no me direis de que genio es ese mercader? Del peor que se puede discurrir , me respondió con enfado. Es un desenfrenado usurero , que aparenta el ser hombre concienzudo y virtuoso. Es un judío que se volvió católico ; pero su alma es tan judía como la del mismo Cayfás.

No perdí palabra de todo lo que dixo el irritado menestral ; y luego que salí de la pastelería , procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Paréme á ver su tienda , exâminéla toda , y de repente se me vino á la imaginacion un enredo que digerí con presteza , paraciéndome digno de un humilde criado y compañero del señor Gil Blas de Santillana. Fuíme derecho á una ropería , y compré los vestidos que veis , uno para el que ha de hacer el papel de comisario del santo Oficio , otro para el que ha de re-

presentar el de secretario, y el tercero para el que se ha de fingir alguacil. Esta fué la causa de mi tardanza.

¡Ah, querido Ambrosio, interrumpió don Rafael arrebatado de gozo, y que admirable idea! ¡que plan tan asombroso! Envidio tan sutilísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Amigo Lamela, prosiguió, penetro todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en que el éxito será feliz. Solo has menester de buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada; pero estos actores los tienes á mano. Tú con tu cara de plañidera, devota y compungida, harás el de comisario del santo Oficio, yo el de secretario, y el señor Gil Blas, si se dignáre, hará el de alguacil. Ya están repartidos los papeles, y mañana representaremos la comedia: y yo respondo de que saldrá bien, á menos que todo lo eche á perder alguno de aquellos acasos imprevistos, que importunamente suelen venir á dar en tierra con los designios mas sábia y maduramente formados.

Por lo que á mí toca, solo entendí en confuso el proyecto que don Rafael alabó tanto; pero durante la cena me lo explicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Después que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho al botarron copiosas sangrías, nos tendimos á dormir sobre la yerba. Tardamos poco en dormirnos; pero apenas amaneció quando el señor Ambrosio comenzó á gritar: *alerta, alerta*; los que tienen entre manos grandes empresas que executar, no han de ser dormilones ni perezosos. Maldito sea el señor comisario, le dixo don Rafael entre despierto y dormido, y lo que su señoría ha madrugado. En verdad que el judiazó de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas que esta noche soñé que yo le estaba arrancando pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de muy mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras chufletas que se dixerón, nos pusimos todos de buen humor. Almorzamos alegremente, y nos dispusimos para representar cada

uno su papel. Ambrosio se echó acuestas las bayetas, de manera que tenia toda la traza de un verdadero comisario. Don Rafael y yo nos vestimos como lo requerian nuestros empleos de secretario y alguacil. Gastamos bastante tiempo en disfrazarnos y en ensayar lo que habíamos de hacer, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde quando salimos del bosque para encaminarnos á Chelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; antes bien era del caso no dexarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminábamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas del pueblo, dando tiempo á que obscureciese enteramente.

Quando nos pareció tiempo, dexamos los caballos en aquel sitio á cargo de don Alfonso, el qual estimó mucho no hacer otro papel en un chasco tan pesado y de tan serias consecuencias. Don Rafael, Ambrosio y yo nos fuimos en derechura á la puerta de Samuel Simon. El mismo salió á abrirla, y quedó extrañamente sorprendido de ver en su casa aquellas tres figuras; pero lo quedó

mucho mas luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dixo en tono y ayre imperioso: seor Samuel, de parte del santo Oficio, cuyo indigno comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro despacho. Quiero ver en él si son verdaderas las delaciones y acusaciones que hay contra vos.

El mercader, á quien habian turbado estas palabras, dió dos pasos hácia tras como si alguno le hubiese dado un golpe en el pecho. Lejos de sospechar en nosotros alguna burla ó superchería, creyó de buena fe que algun enemigo suyo le habia delatado al santo Oficio. Tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por el mejor católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna pesquisa ó secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca vi hombre mas perdido ni mas confuso. Obedeció sin resistencia, y con todo el respeto que corresponde á un hombre que respeta y teme á la inquisicion. El mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dixo Ambrosio: señor Samuel, á lo menos recibid con sumision las órdenes del santo Oficio;



*Disfraz de que se valió Gil Blas  
y sus Compañeros para robar al mer-  
cader Samuel Simon.*



retiraos á otro quarto , y dexadnos practicar libremente lo que nos corresponde. No fué menos obediente á esta segunda orden , que lo habia sido á la primera. Retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su despacho , donde sin pérdida de tiempo nos dimos priesa á buscar el dinero. Costónos poco trabajo y menos tiempo el encontrarle. Estaba en un cofre medio abierto , donde habia mas del que podíamos llevar. Consistia en gran número de talegos, cada uno con su marca , y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en oro ; pero no todas las cosas han de salir á medida de nuestro paladar : tuvimos paciencia é hicimos de la necesidad virtud. Llenamos bien los bolsillos , las faltriqueras , el hueco de los calzones , y en fin todo aquello donde lo podíamos encajar sin que por fuera se conociese ; de suerte que todos ibamos cargados con un peso exôbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer ni aun sospechar , gracias á la destreza de Ambrosio y del don Rafael , que nos hicieron ver y palpar como no hay en el mundo cosa

mejor que ser cada uno eminente en el arte que profesa.

Salimos del quarto despues de haber hecho nuestro negocio, y por una razon que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó el candado que llevaba prevenido, y por su misma mano le echó á la puerta, y dixo á Simon: maese Samuel, de parte del Tribunal os impongo precepto de que no llegueis á este candado. Mañana volveré á esta misma hora á quitarlo, y á daros mis órdenes. Hecho esto mandó abrir la puerta de la calle, por la qual fuimos todos desfilando alegremente, y quando hubimos andado como unos cincuenta pasos comenzamos á caminar con tal ligereza, que apenas tocábamos con el pie en tierra sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y montando á caballo tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio, patron de todos los robos.

## CAPITULO II.

DE LA RESOLUCION QUE TOMARON  
DON ALFONSO Y GIL BLAS DESPUES DE  
LA AVENTURA DEL CAPITULO  
PRECEDENTE.

Anduvimos toda la noche segun nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallamos á la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados, nos desviamos con gusto del camino real para llegar á unos sauces que se descubrian á cosa de unos mil y doscientos pasos de la aldea, en la qual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacian una apacible sombra, y que les bañaba el pie un claro y bullicioso arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolvimos pasar en él lo restante del dia. Quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, y nos echamos sobre la verde yerba. Reposamos un poco, y despues acabamos de desocupar las alforjas y el botarron. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á

contar el dinero que habíamos robado al pobre Samuel Simón, y hallamos que ascendia á tres mil ducados; cantidad que añadida al caudal que ya teníamos, componia un capital no despreciable.

Viendo que se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y don Rafael, que ya se habian quitado los disfraces, se ofrecieron á ir á buscarlas, diciéndonos que querian tomarse este trabajo, porque la aventura de Chelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve á ver si se les presentaba ocasion de emprender otra nueva hazaña igual ó mayor que la precedente. Vosotros, dixo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, que presto estaremos de vuelta. Señor don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la ida de vmds. sea como la del humo. Temo que si una vez se van, tarde nos juntaremos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no merecíamos que nos hicieseis tan poca merced. Es verdad que en parte os

disculpo, y no puedo quejarme de la desconfianza que teneis de nosotros, acordándoos tambien de lo que hicimos en Valladolid quando abandonamos á los compañeros que teníamos en aquella ciudad. Pero sabed que os engañais enormemente. Aquellos camaradas eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer justicia á los de nuestra profesion, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interes dé menos motivo á la division; pero quando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union como en todos los demas gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á vmd. y al señor don Alfonso que nos hagan mas merced, y que tranquilicen su espíritu en punto al deseo que don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dixo entónces el hijo de Lucinda, librarle de toda inquietud en este punto. Basta para eso dexar dueños del caudal á estos señores. La mejor fianza de nuestra segura vuelta será que quede todo en sus manos. Ya ve vmd. señor Gil Blas, que esto se llama no andarnos por las

ramas , sino ir derechos al punto de la dificultad. Quedareis así resguardados sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendreis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con las alforjas y el bostarron , dexándome á mí con don Alfonso , el qual me dixo luego que se fuéron: señor Gil Blas , quiero abrir os enteramente mi pecho. Confieso que me avergüenzo , y que á mí mismo me estoy continuamente acusando de la villana condescendencia que tuve en juntarme con esos bribones , y en venir hasta aqui con ellos. No os puedo decir quantos millares de veces me he arrepentido de tan infame ruindad. Ayer noche mientras me quedé solo guardando los caballos , hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de quien nació con honra , y tuvo una christiana educacion , vivir con unos hombres tan malvados como Rafael y Lamela ; que si por

desgracia ( como demasiadamente puede suceder ) se descubriese algun dia una de estas maldades , y cayésemos todos en manos de la justicia, me veria públicamente castigado, quizá con una muerte afrentosa , y como un vil ladron. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estos funestos pensamientos ; y asi os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de tan mala compañía, por no ser cómplice en los nuevos delitos que en adelante podrán hacer. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobareis este pensamiento. Cierto que no, le respondí. Aunque vmd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes burlas son de mi gusto , y mucho menos las de semejante especie ; antes bien me decia yo á mí mismo mientras estaba representando el tal papel : á fe , señor Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á echarle á vmd. la mano, no lo habia de contar por gracia, y que sin duda le pagaria bien el salario que el señor alguacil tenia tan merecido. Asi que, señor don Alfonso , no estoy menos disgustado que vmd. de tan honrada

compañía, y de buena gana acompañaré á vmd., si es que me lo permite, á qualquiera parte que vaya. Quando vuelvan estos señores les suplicaremos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó esta misma noche, nos despediremos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dixo: iremos á Valencia, y nos embarcaremos para Italia, donde podremos entrar al servicio de la República de Venecia. ¿No vale mas seguir la noble y gloriosa carrera de las armas, que continuar la ruin y arrastrada vida que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos ha tocado. No dexa de remorderme la conciencia el servirme de dinero tan mal adquirido; pero ademas de que la necesidad me obliga á ello, aseguro resarcir á Samuel Simon el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra. Aseguré á don Alfonso que yo tenia la misma intencion, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separaríamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su

ausencia, levantando el campo y llevándonos el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dexándonos dueños de él, no permitió que ni aun siquiera nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en Valladolid, disculpaba este robo por derecho de represalia.

A la caída de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y don Rafael. La primera cosa que nos dixeron, fué que habian hecho un viage muy feliz, y que dexaban echados los cimientos de una aventura, que segun todas las señales, seria sin comparacion de mucho mas producto que la del dia anterior. Comenzó á explicarnos el plan el hijo de Lucinda; però don Alfonso le atajó, diciéndole que él estaba resuelto á separarse de la compañía; y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma resolucion. Por mas que hicieron para movernos á que prosiguiésemos acompañándoles en sus expediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedimos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.

## CAPITULO III.

COMO DON ALFONSO SE HALLA EN EL COLMO DE SU ALEGRIA ; Y LA AVENTURA , POR LA QUAL SE VIÓ DE REPENTE GIL BLAS EN UN ESTADO DICHOSO.

Caminamos felizmente hasta Buñol , donde por desgracia fué preciso detenernos. Sintióse malo don Alfonso. Dióle una calentura tan ardiente , que le creí en el mayor riesgo. Quiso la fortuna que no hubiese médico en el lugar , y salimos á poca costa de aquel susto , pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente limpio de calentura , á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él , y como era recíproca la inclinacion del uno al otro , nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viage firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera asi que llegásemos á Valencia ; pero el cielo dispu-

so las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa casa de campo que habia en el camino , mucha gente aldeana de ambos sexos que baylaba formando corro. Acercámonos á ver la fiesta , y don Alfonso que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó , se quedó sorprendido de ver entre los circunstantes al baron de Steinbach. Este , que tambien reconoció á don Alfonso , corrió luego hácia él con los brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo exclamó: ¡ah, querido don Alfonso! ¡ Vos aqui! ¿Es creible? ¡ Por todas partes os andan buscando , y ahora una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos!

Apeóse al instante mi compañero, y fué precipitado á dar mil abrazos al Baron, cuya alegría me pareció excesiva. Ven, hijo mio, le dixo el buen viejo: presto sabrás quien eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le conduxo á la habitacion, adonde yo tambien fuí habiéndome apeado, y atado á un árbol los caballos mientras ellos se abrazaban. El primero que encontramos fué el dueño de la misma quinta , que mostraba ser de

edad de cincuenta años, y tenía bellísima traza. Señor, le dixo el baron de Steinbach, aqui teneis á vuestro hijo. A estas palabras, don Cesar de Leyva, que asi se llamaba aquel caballero, echó los brazos al cuello á don Alfonso, y le dixo llorando de gozo: reconoce, hijo mio, al padre que te dió el sér. Si te he dexado ignorar tanto tiempo quien eres, cree que ha sido á costa de hacerme á mí mismo una cruel violencia. Mil veces he suspirado de pena; pero no podia proceder de otra manera. Caséme con tu madre, llevado solo de amor, porque su nacimiento era muy inferior al mio: vivia yo baxo la autoridad de un padre de genio duro é impetuoso, y fuéme preciso tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. Valíme de mi amigo el baron de Steinbach, único dueño de mi confianza, quien de acuerdo conmigo tuvo cuidado de tí. En fin, ya no vi ve mi padre, y puedo manifestar al mundo que tú eres mi único heredero. Aun no lo he dicho todo: pienso casarte con una señora, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió don Alfonso, suplicoos no

me hagais pagar sobrado cara la dicha que me acabais de anunciar. ¿Será posible que la primera noticia del honor que tengo de ser hijo vuestro, venga acompañada con otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No querais vos ser mas cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á recibir una esposa escogida por él. Hijo mio, respondió don Cesar, ni yo pretendo tampoco tiranizar tu inclinacion ni tus deseos; solo quiero tengas la complacencia de ver á la que te tengo destinada, antes de resolverte á tomar otro partido. Es hermosa; pero no por eso te haré violencia. No está lejos, hállase actualmente en esta misma casa. Ven, y si no te agradare, te doy palabra de no obligarte á que te cases con ella. Diciendo esto cogió de la mano á don Alfonso, y le conduxo á un magnífico quarto, al que les acompañamos el baron de Steinbach y yo.

Estaban en él el conde de Polan con sus dos hijas, Serafina y Julia, y con don Fernando de Leyva su yerno, el qual era sobrino de don Ce-

sar, y se hallaban otras muchas señoras y caballeros. Don Fernando, que segun se ha dicho habia sacado á Julia de su casa, acababa de casarse con esta, y con motivo de la boda habian concurrido á celebrarla los aldeanos de los contornos. Luego que se dexó ver don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la concurrencia, se levantó el conde de Polan, y corrió exhalado á abrazarle, diciendo á gritos: sea bien venido mi libertador. Don Alfonso, prosiguió el Conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la mia. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor libraste tambien. Este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de don Cesar correspondió con las mas vivas expresiones de agradecimiento al cumplido que le hacia el conde de Polan, no siendo fácil discernir qual de los dos afectos disputaba la preferencia en su agitado corazon, ó el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la

dicha tan cercana de lograr por esposa á su idolatrada Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró el matrimonio con el mayor regocijo y aplauso de los contrayentes, y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que acudieron á libertar al conde de Polan, este me conoció, y me dixo que mi fortuna corria de su cuenta. Yo le di muchas gracias por su generosidad; pero le respondí que no aspiraba á otra dicha que á la de servir á don Alfonso, el qual me hizo mayordomo de su casa, honrándome despues con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que se habia hecho al pobre Samuel Simon, me despachó á restituirle todo el dinero que le habíamos robado; esto es, á hacer una restitucion, lo qual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

AVENTURAS  
DE  
GIL BLAS DE SANTILLANA.  
LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LOS AMORES DE GIL BLAS Y LA  
SEÑORA LORENZA SEFORA.

Fuí, pues, á Chelva á llevar al buen Samuel Simon los tres mil ducados que le habíamos robado. Confieso francamente que en el camino me dieron tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomia, lo que podia hacer sin riesgo, bastando para eso viajar cinco ó seis dias, y volverme como si hubiera cumplido con el encargo; y nunca don Alfonso y su padre hubieran sospechado de mi fidelidad. Sin embargo, resistí á la tentacion, y la vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que

muchos de los que solo tratan con hombres de bien, son en este punto menos escrupulosos, y sino, díganlo aquellos depositarios, que sin peligro de perder su fama, pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion que no esperaba el mercader, volví á la casa de Leyva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y don Fernando habian marchado á Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada dia mas enamorada de su esposo, y á don Cesar contentísimo de tener consigo á ambos. Dedicuéme á ganar la voluntad de este amoroso padre, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo lo gobernaba, recibia el dinero de los arrendadores, corria con el gasto, y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedia á los que me disgustaban, ni exígia de los demas una entera subordinacion: si acudian á don Cesar, ó á su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de estorbarlo hablaba en su favor. Por otra parte la estimacion

que continuamente me mostraban mis amos, avivaba mi zelo en servirlos, sin atender á otra cosa que á sus intereses. Administré con manos muy limpias, y fui un mayordomo de los pocos que hay.

Quando estaba mas contento con mi suerte, envidioso el amor de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para eso encendió en el corazon de la señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada habia cumplido los cincuenta; pero la frescura de su tez, su rostro agradable, y dos hermosos ojos que sabia manejar con destreza, podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado un poco de mas color, porque estaba muy descolorida; pero esto lo atribuí á la austeridad del celibato.

Usó mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo en lugar de corresponder á ellas, aparentaba no conocer sus designios: y así me tuvo por novato en el amor, y no la desagradó mi cortedad. Juzgó era

inútil el language de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruído de lo que estaba ; y así en nuestra primera conversacion se me declaró en términos formales , á fin de que no lo dudase. Se manejó como muger práctica , hizo como que se turbaba , y despues de haberme dicho á su satisfaccion quanto quiso , se tapó la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: mostréme muy afecto á sus cariños, no tanto por amor , como por vanidad : hice el apasionado , y aun afecté quererla con tanto ardor , que se vió precisada á reñirme ; pero esto fué con tanta blandura que quando me encargaba procurase contenerme , no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud, concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conversacion , persuadida ella á que su aparente resistencia la haria pasar en mi concepto por una Vestal , y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado de mi asunto, quando un lacayo de don Cesar vino á aguar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber quanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traía alguna noticia, me dixo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me comunicaria en satisfaccion; pero con la condicion de guardar secreto por ser cosa de la dama Lorenza Séfora, cuyo enojo temia. Fué tanta la curiosidad en que me puso, que le ofrecí el mayor sigilo: procuré no manifestar que en ello tenía el mas leve interes, preguntándole con frialdad que descubrimiento era aquel de que me hablaba con tanta reserva. Es, me dixo, que la señora Lorenza introduce de oculto en su quarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado; y el bellaco se está bien sosegado con ella. Doy de barato, prosiguió con tono socarron, que esta accion sea inocentísima; pero vmd. convendrá en que un mozo que entra misteriosamente en el quarto de una doncella, da motivo para que

nó se juzgue bien de su conducta. Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras; procuré ocultar mi inquietud, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me atravesaba el alma; pero luego que estuve solo me desquité echando mil bravatas, y diciendo mil desatinos, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza, y la abandonaba sin dignarme oír sus descargos; y ya creyendo era punto mio escarmentar al cirujano, pensaba desafiarle. Prevaleció esta última determinacion. Escondíme al anochecer, y en efecto le vi entrar en el quarto de mi dueña de un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi ira, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de casa, y me aposté junto al camino por donde el galan debia marcharse. Le esperaba á pie firme, y cada momento irritaba otro tanto el deseo que tenia de llegar con él á las manos. En fin, dexóse ver mi enemigo, salíle al encuentro con ayre de maton, pero yo no sé como diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecogido de un terror pánico como un heroe de Ho-

mero, parado en medio de mi camino, y tan turbado como París quando se presentó á combatir con Mene-lao. Púseme á mirar á mi hombre, que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese vanidad ú otra causa, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavia mayor, á pesar de mi miedo que me apretaba para que me volviese, tuve aliento para desenvaynar mi tizona, é irme derecho al cirujano.

Sorprehendióle mi accion. ¿Que es esto, señor Gil Blas, exclamó? ¿que significa este aparato! vmd. sin duda tiene gana de chancearse. No, señor barbero, le respondí, no, no me chanco. Veremos si es vmd. tan valiente como galan. No crea vmd. le haya de dexar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡Por san Cosme, repuso el cirujano dando una gran carcajada de risa, que es un buen chasco! ¡las apariencias, vive diez, son engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo ser mas atrevido é in-

solente. A otro perro con ese hueso, le repliqué; á otro con esa, amigo mio, yo no soy hombre á quien satisface la simple negativa. Ya veo, prosiguió, que me será preciso hablar claro para evitar la desgracia que nos puede suceder á ámbos. Voy, pues, á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion deben ser muy callados. Si la dama Lorenza me admite con cautela en su aposento es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarla un cáncer inveterado que tiene en la espalda. Vea vmd. el fundamento de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese vmd. en adelante sobre este particular; pero si no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que riñamos, dígalos, y manos á la obra, pues no soy hombre que huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me horrorizó, y se puso en defensa con un ayre que nada bueno me anunciaba. Basta, le dije, envaynando mi espada, yo no soy tan bárbaro que no ceda á la razon. Por lo que vmd. me ha dicho veo que no es mi enemigo; abracé-

monos. Mis palabras le dieron á entender que yo no era tan temible como le parecí al principio: envaynó con risa la espada, me abrazó, y nos separamos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarla á solas; y mi cuidado y estudio en huir de ella la hicieron conocer mi interior. Admirada de una mudanza tan grande quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas, me dixo: señor mayordomo, dígame vmd. si gusta, el por qué evita hasta mis miradas, y por qué en lugar de buscar como otras veces proporcion de hablarme se extraña tanto de mí. Es verdad que yo di los primeros pasos, pero vmd. me correspondió. Acuértese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvimos solos; entónces era vmd. todo fuego, y ahora no es mas que un hielo. ¿Que significa esta mudanza? La pregunta era muy delicada para un hombre natural; y á la verdad me quedé muy perplexo. No ten-

go presente lo que la respondí; solamente me acuerdo que la disgustó infinito. Séfora parecia un cordero por su semblante afable y modesto; pero quando se encolerizaba era una tigre. Creia, me dixo, dándome una mirada llena de despecho y rabia, creia honrar mucho á un hombrecillo como él, descubriéndole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian gran vanidad de haber excitado. Me está muy bien empleado por haberme baxado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso á poca costa; pero su lengua furiosa me dixo mil apodos á qual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexionar que despreciando el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres no perdonan jamas. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era tan vivo que no pude sufrirlas, y perdí la paciencia. Señora, la dixe, á nadie despreciamos: si esos caballeros de quienes vmd. habla la hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera

pasado adelante. Apenas hube disparado esta saeta quando la enfurecida dueña me pegó la mas grande bofetada que jamas ha dado muger. Para no recibir otra , y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí , tomé la puerta con la mayor ligereza. Di mil gracias al cielo de verme fuera de este mal paso , imaginando que nada tenia que temer , pues la dama se habia vengado , y me parecia que por su propia vergüenza debia callar este lance. En efecto , pasaron quince dias sin saber nada de ella , y principiaba á olvidarla quando supe que estaba mala : confieso que tuve la flaqueza de afligirme ; me dió lástima , imaginando que no pudiendo esta desgraciada amante vencer un amor tan mal pagado , se habria rendido á su dolor. Me consideraba yo la principal causa de su enfermedad , y ya que no podia amarla , á lo menos la compadecia. ¡ Pero quanto me engañaba ! su ternura convertida en odio , no pensaba mas que en perderme.

Estando una mañana con don Alfonso noté que estaba triste y pensativo : preguntéle con respeto que tenia : ten-

go pesadumbre, me dixo, de ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta: tú te espantas, añadió, observando mi suspension; pues cree es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este aborrecimiento, con los quales no puede condescender sin ser desagradecida é injusta; pero al fin es muger, y ama con extremo á Séfora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y creeria ser causa de su muerte si no la diese gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque perciesen todas las dueñas de España, pues te miro no como á criado, sino como á hermano.

Luego que acabó de hablar don Alfonso, le dixé: señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila; pero al fin me es preciso dexarla, aunque

con ella pierda mi mayor gusto. No, no, exclamó el generoso hijo de don Cesar. Déxame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritareis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que exponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamas hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le vi tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento, si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que picado de la venganza de la dueña tuve mis impulsos de cantar de plano, y descubrirla; pero luego me compadecía considerando que revelando su flaqueza heria mortalmente á una infeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al dia siguiente antes de

amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbare mi partida, y solo dexé en mi quarto una cuenta puntual de mi administracion.

## CAPITULO II.

DE LO QUE SUCEDIÓ A GIL BLAS DESPUES DE DEXAR LA CASA DE LEYVA, Y DE LAS FELICES CONSECUENCIAS QUE TUVO EL MAL SUCESO DE SUS AMORES.

Yo tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los vandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Asi, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya legítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entónces tenia, se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte Toledo me ofrecia un agra-

dable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto de recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser quando todo corriese turbio, y antes de valerme de él quise gastar parte de mi dinero en correr los reynos de Murcia y Granada que deseaba ver. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dexarme en paz; pero esta traydora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada, fué el señor don Fernando de Leyva, yerno como don Alfonso del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Que es esto, Gil Blas, me dixo, tú en Granada? ¿que es lo que aqui te trae? Señor, le dixe, si vmd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará quando sepa la causa que me ha obligado á dexar la

casa del señor don Cesar y su hijo. En seguida le conté quanto me habia pasado con Séfora , sin callarle nada: causóle gran risa el lance , y ya sosegado me dixo sériamente: amigo, voy á tomar por mi cuenta este negocio , escribiré á mi cuñada.... No, no señor , interrumpí , suplico á vmd. no haga tal cosa : no he salido de la casa de Leyva para volver á ella. Si vmd. gusta , puede emplear de otro modo el favor que le debo : ruego á vmd. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo , me presente y recomiende, que doy á vmd. palabra de no desayrar su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido á visitar á una tia mia ya vieja que está enferma , y todavia pasarán tres semanas antes que me vuelva á mi quinta de Lorquí , en donde ha quedado Julia. En esta casa vivo , prosiguió , señalándome una suntuosa que estaba á cien pasos de nosotros: venme á ver pasados algunos dias , que quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente la primera vez que nos vimos me dixo: el señor Arzobispo de Granada , mi pariente y amigo,

que es un grande escritor , necesita de un hombre instruido y de buena letra para poner en limpio sus obras. Ha compuesto , y todos los dias compone homilias , que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso , te he propuesto , y me ha prometido admitirte : ve y presentate de mi parte ; por el modo con que te reciba , conocerás el buen informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear ; y asi habiéndome preparado lo mejor que pude , fuí una mañana á presentarme á este Prelado. Si yo hubiera de imitar á los autores de novelas , haria aquí una descripción pomposa del palacio episcopal de Granada , me extenderia sobre la estructura del edificio , celebraria la riqueza de sus muebles , hablaría de sus estatuas y pinturas , y no dexaría de contar al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan ; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros Reyes.

Vi en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seglares , la mayor parte familiares de S.

Ilustrísima, limosneros, gentileshombres, escuderos ó ayudas de cámara. Los vestidos de los seglares eran costosos, tanto que mas parecian de señores que de criados: se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de importancia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme interiormente de ellos. Par diez, decia á mi sayo, estas gentes tienen la fortuna de no sentir el yugo de la servidumbre; porque al fin si lo sintieran me parece deberian ostentar menos altanería. Acérqueme á un personaje grave y grueso que estaba á la puerta de la cámara del Arzobispo para abrirla y cerrarla, y le pregunté con mucha cortesia si podria hablar á S. Ilustrísima. Espérese vmd. me dixo secamente, que S. Ilustrísima va á salir á oír misa, y al paso le oirá á vmd. No respondí palabra, arméme de paciencia, é hice por tramar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron contestarme, sino que se entretuvieron en exâminarme de pies á cabeza, y despues mirándose unos á otros, se sonrieron con orgullo de la libertad que habia teni-

do de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me quedé del todo corrido al verme tratado así por unos criados. Todavía no había vuelto de mi confusión quando se abrió la puerta del estudio, y salió el Arzobispo. Inmediatamente guardaron todos un profundo silencio, dexaron sus modos insolentes, y mostraron un semblante respetuoso delante de su amo. Tendría el Prelado unos sesenta y nueve años, y casi se semejaba á mi tío Gil Perez el canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, y además muy patistebado, y tan calvo que solo tenía un mechón de pelo hacia el cogote; por lo qual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le cubría las orejas. Con todo, le noté un ayre de caballero, sin duda porque yo sabía que lo era. La gente comun miramos á los grandes con una cierta preocupacion que por lo regular les presta un aspecto de señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el Arzobispo se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura que era lo que se me ofrecía. Le dixé era el recomendado del señor don Fernando de Leyva. ¡Ah! exclamó

mó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? ya estás recibido: me alegro de tan buen hallazgo, quédate desde luego en casa. Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oído á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera quando vinieron á saludarme los mismos que poco antes habian despreciado mi conversacion: me rodean, me agasajan, y muestran la mayor alegría de verme comensal del Arzobispo. Habian oído lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber que empleo debia tener cerca de su señoría Ilustrísima; pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver su señoría Ilustrísima, y me hizo entrar en su estudio para hablarme á solas. Yo pensé bien que su intencion era tantear mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió haciéndome algunas preguntas sobre las humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia bastante los autores Griegos y La-

tinios. Exâminóme despues de dialéctica, y cabalmente aqui era en donde yo le esperaba. Encontróme bien firme en ella, y me dixo con cierta admiracion: se conoce que has tenido buena educacion. Veámos ahora tu letra. Saqué de la faltriquera una muestra que habia llevado expresamente para este caso, la que no desagradó á mi Prelado. Me alegro de que tengas tan buena forma, exclamó, y todavia mas de que tengas tan buen entendimiento. Daré las gracias á mi sobrino don Fernando porque me ha proporcionado un jóven tan de provecho. A la verdad que me ha hecho un buen presente.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros Granadinos que iban á comer con S. Ilustrísima. Dexélos, y me retiré adonde estaban los familiares, quienes me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis acciones, yo no exâminé menos las suyas. ¡Que modestia guardaban los eclesiásticos! todos me parecieron unos santos; tanto era el respeto que me habia infundido el palacio Arzobispal;

no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoñería, como si fuera imposible que esta se hallase en casa de los príncipes de la Iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un antiguo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, quien tenia cuidado de servirme buenos bocados. Viendo su atencion, procuré yo tenerla con él, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dixo en voz baja luego que acabamos de comer, quisiera hablar con vmd. á solas, y diciendo esto me llevó á un sitio de palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este razonamiento: hijo mio, desde el instante que te vi, te cobré inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos con los falsos devotos. Para conocer este terreno necesitabas infinito tiempo; y voy á excusarte un estudio tan largo y desagradable, explicándote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por S. Ilustrísima. Es un prelado

muy piadoso , ocupado continuamente en edificar al pueblo , y en encaminarle á la virtud con admirables sermones morales , que él mismo compone. Es un sabio y un grande orador: veinte años hace que dexó la corte para dedicarse enteramente á conducir su rebaño. Tiene puesto su conato en predicar , y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poco de vanidad ; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones , ni parecerá bien que me ponga yo á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprehender alguna cosa en mi amo , vituperaria su severidad ; porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos , quando debiera mirarlos con piedad. Sobre todo , persigue sin misericordia á los que confiando en su inocencia piensan justificarse jurídicamente , desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes: ama á sus criados , pero atiende poco á sus servicios ; los dexará envejecer en su casa sin pensar en su acomodo ; si alguna vez los gratifica es porque hay quien tiene la bondad de hablar por

ellos ; pues por lo que hace á S. Ilustrísima , jamas se acordaria de hacerles el menor bien.

Esto me dixo de su amo , y siguió dándome razon del carácter de los eclesiásticos con quienes habíamos comido : me los retrató muy al contrario de lo que aparentaban : es verdad que no me dixo eran gentes infames , pero sí bastante malos sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos , cuya virtud alabó. Con esta leccion aprendí el modo de portarme con estos señores , y aquella misma noche en la cena me revestí como ellos de un exterior compuesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas , pues nada cuesta el serlo.

### CAPITULO III.

LLEGA GIL BLAS A SER EL PRIVADO  
DEL ARZOBISPO , Y EL CONDUCTO  
DE SUS GRACIAS.

Mientras la siesta habia yo sacado de la posada mi maleta y caballo , y vuelto despues á cenar á palacio , en donde me pusieron un quarto decente con muy buena cama. El

dia siguiente me hizo llamar S. Ilustrísima bien de mañana para darme á copiar una homilia; y me encargó mucho lo hiciera con todo el cuidado posible, lo que executé sin omitir acento, punto, ni coma, lo que agradó y admiró al Prelado. Luego que recorrió todas las hojas, exclamó arrebatado: ¡eterno Dios! ¡puede darse copia mas correcta! Eres muy buen copiante por ser perfecto gramático. Háblame con satisfaccion, amigo mio, ¿has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado? ¿algun descuido en el estilo, ó algun término impropio? es muy fácil se escape algo de esto en el calor de la composicion. ¡O, señor! respondí modestamente, no es tanta mi instruccion que pueda meterme á crítico, y aun quando fuera capaz de ello, estoy cierto de que las obras de V. S. Ilustrísima no caerian baxo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de ganarle con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto

que don Fernando, que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo relatado con entusiasmo una tarde en su estudio delante de mí una homilia que habia de predicar en la Catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general que me habia parecido, sino que me obligó á decirle los pasages que me habian dado mas golpe, y tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. Ilustrísima por un conocedor delicado, que sabia atinar con las verdaderas bellezas de una obra. Esto es, exclamó, lo que se llama tener gusto y finura. Sí, querido, te aseguro que no es tu oido oreja de *Beocia*. En fin, quedó tan contento, que me dixo con mucha expresion: no tengas ya cuidado, que tu fortuna corre de mi cuenta, y te proporcionaré una que te sea agradable. Yo te estimo, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oír estas palabras me eché á los pies de S. Ilustrísima , penetrado de reconocimiento. Abracé con todo corazón sus piernas torcidas, y creíme ya hecho hombre. Sí, hijo mío, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso lo habia interrumpido mi acción; sí, hijo mío, quiero hacerte depositario de mis mas ocultos pensamientos. Escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque mueven á los pecadores, les hacen volver en sí, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro atemorizado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con una mano pródiga: á un lascivo huir de sus torpezas; á los ambiciosos retirarse á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia tubear un galan engañoso. Estas conversiones, que son frecuentes, debian por sí solas excitarme al trabajo; pero te confieso mi flaqueza, todavia me mueve otro premio: premio que la delicadeza de mi virtud me reprehende inútilmente; esta es la estimacion que hace el público de las obras

bien trabajadas. Me es de mucha satisfaccion el que me tengan por un orador consumado. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años, y al fin flaquean. No quisiera perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el Prelado, espero una cosa de tu zelo: quando adviertas que mi pluma envejece, quando notes que mi estilo declina, no dexes de avisármelo. En este punto no me fio de mí mismo, porque el amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial, y asi elijo el tuyo que contemplo á propósito, y desde luego estaré á tu dictamen. Señor, le dixé, V. S. Ilustrísima está todavia muy lejos de ese tiempo, á Dios gracias. Ademas que un ingenio como el de V. S. Ilustrísima, se conserva mas bien que los de otro temple, y para hablar con propiedad, V. S. Ilustrísima será siempre el mismo. Yo juzgo á V. S. Ilustrísima como á un segundo cardenal Ximenez, cuyo superior talento parece recibía mas fuerzas con

los años, en lugar de debilitarse con la vejez. Dexémonos de adulaciones, amigo mio, respondió mi amo; yo sé que puedo decaer y perder la elevacion de mi estilo de un instante á otro: en la edad en que me hallo ya, se empiezan á sentir los achaques de ella, los quales alteran el espíritu. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme luego que adviertas se debilita mi cabeza. No temas hablarme con franqueza y sinceridad; porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte va en ello tu interes; pues si por desgracia tuya supiese se decia en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad; esto sacarias de tu necio silencio.

Aqui acabó la exhortacion de mi amo para oír mi respuesta, que se reduxo á prometerle quanto deseaba. Desde aquel punto nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la

Ronda. Era de ver como trataban los gentileshombres y escuderos al confidente de S. Ilustrísima: no se afrentaban de humillarse por tenerme contento; sus baxezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia les guiaba el interes, y nunca me engañaron sus lisonjas, no dexé por eso de servirles. Mis oficios motivaron que S. Ilustrísima les procurase empleos. A uno le hizo dar una compañía, y dió con que lucir en el ejército: á otro envió á México con un gran destino; y no olvidando á mi amigo Melchor logré para él una buena gratificación. Esto me hizo conocer que si el Prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas extension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro mayordomo me presentó un licenciado llamado Luis Garcia, hombre mozo y de buena presencia, y me dixo: señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mayores amigos: ha sido capellan de unas monjas; pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto

con S. Ilustrísima , que le ha suspendido , y no quiere escuchar á los que piden su habilitacion ; nos hemos valido de lo principal de Granada , pero nuestro amo es inflexible.

Señores , les dixe , este negocio se ha gobernado mal , y hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie ; por hacerle bien al señor Licenciado le han hecho mucho daño. Yo conozco á S. Ilustrísima , y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir , que quanto mas personas empeñaba en su favor un eclesiástico que estaba irregular , tanto mas aumentaba el escándalo y su severidad. Malo es eso , dixo el mayordomo , y mi amigo se veria muy apurado si no tuviera tan buena letra ; pero gracias á Dios escribe de pasmo , y con esta habilidad se ingenia para mantenerse. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El Licenciado me manifestó una muestra que traia prevenida ; y su primor y limpieza me admiraron , y me pareció una de las que dan los maestros de escuela. Mientras miraba tan

bella forma de letra , me ocurrió una idea , y en su consecuencia pedí á García me dexase el papel , diciéndole que acaso le sería útil , que no podía decirle mas por entónces ; pero que nos viesemos á otro dia y hablaríamos. El Licenciado , á quien el mayordomo habia , al parecer , celebrado mi ingenio , se retiró tan satisfecho como si ya hubiese conseguido su pretension.

A la verdad yo deseaba servirle , y desde aquel dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el Arzobispo le enseñé el papel de García , el qual gustó infinito á mi patron. Señor , le dixé aprovechándome de la ocasion , una vez que V. S. Ilustrísima no quiere imprimir sus homilias , no sería malo que á lo menos se escribiesen de esta letra.

El Prelado me respondió : aunque me agrada la tuya , no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas , proseguí , que el consentimiento de V. S. Ilustrísima : es un Licenciado conocido mio el que tiene esta habilidad ; y se alegrará mucho de servir á V. S. Ilustrísima , y mas quando por es-

te medio podrá esperar de vuestra bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿Como se llama ese Licenciado? me preguntó. Luis García, le dixé, y está lleno de amargura por haber incurrido en la indignacion de V. S. Ilustrísima. Ese García, interrumpió, si no me engaño, ha sido capellan de un convento de monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas. Señor, dixé, no es mi ánimo justificarle; pero sé que tiene muchos enemigos, y asegura que los que le han acusado, han tirado mas á hacerle daño que á decir la verdad. Bien puede ser, replicó el Arzobispo, porque en el mundo hay espíritus muy perversos; pero doy de barato que su conducta no haya sido siempre irreprehensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo á gran pecado gran misericordia. Haz venir á ese Licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

Ved aqui como quando media el interes propio los hombres mas rigurosos templan su severidad. El Arzo-

bispo concedió sin dificultad lo que habia reusado á los mas poderosos empeños , solo por el vano gusto de tener sus obras bien escritas. Al instante di esta noticia al mayordomo, quien sin pérdida de tiempo la participó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme las gracias correspondientes al favor conseguido. Le presenté á mi amo , quien contentándose con una leve reprehension, le dió algunas homilias para que las pusiera en limpio. García lo desempeñó tan perfectamente , que S. Ilustrísima le restableció en su ministerio , y aun le dió el curato de Gambia , lugar grande inmediato á Granada, lo que prueba muy bien que los beneficios no se confieren siempre á la virtud.

#### CAPITULO IV.

DALE UN ACCIDENTE DE APOPLEXIA  
AL ARZOBISPO. DEL LANCE CRITICO  
EN QUE SE HALLA GIL BLAS, Y DEL  
MODO CON QUE SALIÓ DE EL.

Quando me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, don Fer-

nando de Leyva se disponia para dexar á Granada. Visité á este señor antes de su partida , con motivo de darle de nuevo gracias por el excelente acomodo que me habia procurado. Viéndome tan gustoso , me dixo: mi amado Gil Blas , me alegro mucho que estés tan satisfecho de mi tio el Arzobispo. Estoy contentísimo , le respondí , con este gran Prelado , y verdaderamente debo estarlo. Ademas de que es un señor muy amable , nunca podré yo agradecer bastante los favores que le merezco ; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion de don Cesar y su hijo. No creo que ellos la hayan sentido menos , dixo don Fernando. Puede ser que no os hayais despedido para siempre. El mundo da tantas vueltas , que acaso os podreis ver todavia juntos. Estas palabras me enternecieron de modo que no pude menos de suspirar : entónces conocí que mi amor á don Alfonso era tanto , que hubiera dexado con gusto al Arzobispo , y quanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leyva , siempre que hubiera cesado la ocasion de mi retiro de ella. Don Fernando advirtió mi ternura , y

le agradó tanto mi ley, que me abrazó diciendo que su familia se interesaría siempre en mi bien estar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y quando me veia yo mas favorecido, tuvimos un gran susto en palacio. Acometióle al Arzobispo una apoplexía, pero se acudió con tan prontos y eficaces remedios, que sanó á muy pocos dias, bien que le quedó algo debil la cabeza. Al primer sermon que compuso lo eché de ver; pero no podia comprehender enteramente la diferencia entre este y los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á decaer, y por esto aguardé á que predicase otro, para decidir. Hízolo, y no fué menester esperar mas. El buen Prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes, y se abatía hasta el suelo: su oracion fué difusa, arenga de catedrático cansado; en fin, un sermon de misión sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó; casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo exáminasen, se decian al oido: este sermon huele á apoplexía. Vamos, señor censor y árbitro de las homilias, me dixe,

prepárese vmd. para hacer su oficio. Ya ve vmd. que S. Ilustrísima declina: vmd. está obligado á advertirselo, tanto como depositario de sus confianzas, como por el temor de que alguno de sus amigos se anticipe: si llegára este caso sabe vmd. muy bien sus consecuencias; sería vmd. borrado de su testamento, en el qual sin duda le tiene señalado un legado mas útil que el de la biblioteca del licenciado Sedillo.

A estas reflexiones seguian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy expuesto dar un aviso tan desagradable que no recibiria con gusto un autor apasionado tercamente á sus obras: por otra parte juzgaba ser imposible que le disgustase mi libertad despues de habermelo ordenado con tanta eficacia. Añádase á esto que yo pensaba decirselo con maña, y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiéndome á que arriesgaba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Gracias al cielo el orador mismo me sacó de este cuidado, preguntándome qué se decia de él en el público, y

si habia gustado su último sermón. Respondí que sus homilias siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. Como es eso, amigo, respondió sobresaltado, ¿se ha encontrado algun Aristarco? señor Ilustrísimo, respondí, no son obras las de V. S. Ilustrísima que haya quien se atreva á censurarlas, antes todos las celebran; pero como V. S. Ilustrísima me tiene mandado le hable con franqueza y sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermón no me parece tiene la solidez de los precedentes. ¿Piensa V. S. Ilustrísima de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa forzada me dixo: ¿señor Gil Blas, con que esta composición no es del gusto de vmd.? No digo yo eso, interrumpí todo turbado, es excelente, aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. Ilustrísima. Ya te entiendo, replicó, te parece que voy baxando; ¿no es eso? Acorta de razones, tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamas hubiera yo hablado á V. S. Ilustrísima con tanta claridad, si

expresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto he obedecido á V. S. Ilustrísima, le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que tal cosa os reprehenda: en eso seria yo muy injusto. No es del todo malo que me digas tu dictamen; pero tu dictamen no me parece fundado; yo me engañé habiéndome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aunque estaba tan turbado procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar á un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no oír mas que elogios. No hablemos mas del asunto, hijo mio, me dixo: tú eres todavia muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso: sabe que en mi vida he compuesto mejor homilia que esta que ha tenido la desgracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavia de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decidir que tú: anda, prosiguió, empujándome para que saliera de su estudio, y díle á mi tesorero que

te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya vmd. con Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre vmd. toda felicidad con algo de mas gusto.

## CAPITULO V.

PARTIDO QUE TOMÓ GIL BLAS DESPUES QUE LE DESPIDIÓ EL ARZOBISPO : SU CASUAL ENCUENTRO CON EL LICENCIADO GARCÍA, Y CÓMO LE MANIFESTÓ ESTE SU AGRADECIMIENTO.

Salí del estudio maldiciendo el capricho, ó por mejor decir, la flaqueza del Arzobispo, y todavia mas irritado contra S. Ilustrísima que afligido de haber perdido su favor; y aun dudé por algun tiempo si tomara los cien ducados; pero despues de haberlo reflexionado bien, no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificación no me estorbaria ridiculizar su accion; lo que me proponia hacer siempre y quando se hablase en mi presencia de sus homilias.

Pedí al tesorero los cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que habia pasado. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien

me queria tanto , que no pudo dexar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido , su rostro manifestaba su pesar. No obstante el respeto que debia al Arzobispo , no pudo menos de vituperar su conducta. Pero como en mi enojo jurase que el Prelado me las habia de pagar , y que á su costa se habia de divertir toda la ciudad , el sábio Melchor me dixo : creeme , amado Gil Blas , pásate tu pena y calla ; los inferiores deben respetar siempre á los grandes , aunque tengan motivos para quejarse. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna , pero al fin pueden hacer daño , y es preciso temerlos.

Di las gracias al antiguo ayuda de cámara por su buen consejo , y le ofrecí aprovecharme de él. Despues de esto me dixo : si vas á Madrid procura ver á Josef Navarro mi sobrino , que es xefe de la repostería del señor don Baltasar de Gunaci , y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco , vivo , servicial , y amigo de hacer bien sin interes ; yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dexaria de verle luego que lle-

gára á Madrid , adonde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los pies. Puede ser hubiera marchado al instante á Toledo si hubiese conservado mi caballo ; pero le habia vendido en el tiempo de mi fortuna , creyendo que ya no le necesitaba. Determiné , pues , quedarme en Granada todavia un mes , y despues irme con el conde de Polan , y para esto tomé quarto en una posada.

Se acercaba la hora de comer : pregunté á mi huésped si habria por alli cerca alguna hostería , y me dixo que á dos pasos de su casa habia una excelente , en donde daban bien de comer , y concurrían muchas gentes de forma. Hice me la enseñasen , y fuí inmediatamente á ella. Entré en una gran sala á manera de refectorio : habia sentadas á una mesa larga cubierta con unos manteles sucios , unas diez ó doce personas , que solo pensaban en despachar su pitanza ; traxéronme la mia , tan mezquina , que sin duda hubiera echado menos en otra ocasion la mesa que acababa de perder ; pero cómo estaba tan picado contra el Arzobispo , la frugalidad de mi hostería me pare-

cia preferible á la abundancia de que gozaba antes. Vituperaba la variedad y multitud de guisados que se sirven en semejantes mesas, y discurriendo como pudiera hacerlo un médico de Valladolid, decia: pobres de los que se hallan frecuentemente en mesas tan nocivas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago: por poco que se coma ¿no se come siempre bastante? El mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado. Quando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza, entró en la sala el licenciado Luis García, aquel capellan de monjas que logró el curato de Gambia del modo que llevo referido. Al instante que me vió, me saludó precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y me vi precisado á aguantar un larguísimo cumplimiento, con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo: mi amado bienhechor, ya que he tenido la fortuna de encontraros no nos hemos de despedir sin beber un

trago; pero no vale nada el vino de esta posada; si vmd. gusta, en acabando de comer hemos de ir á cierta parte en donde he de regalar á vmd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un exquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo. Deme vmd. ese gusto. ¡Que no tenga yo la fortuna de ver á vmd., á lo menos por algunos dias en mi curato de Gabia! allí obsequiaria á vmd. como á un Mecénas generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Mientras me hablaba le traxeron su racion. Empezó á comer, pero sin cesar de decir de quando en quando alguna cosa que mostrase su agradecimiento. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el mayordomo, le manifesté mi salida de la casa arzobispal, y le conté hasta las mínimas circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. ¿Quien no hubiera creído á vista de tanto como me habia dicho, que aquel hombre hubiese dexado de manifestarse, y de declamar muy sentido, y furiosa-

mente contra el Arzobispo? pues no lo hizo así, antes al contrario baxó su cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer, sin hablar mas palabra, y despues levantándose de la mesa aceleradamente, me saludó con frialdad, y se fué. Este ingrato, viendo que ya no podia yo serle útil, ni aun quiso tomarse la molestia de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud, y mirándole con todo el desprecio que merecia, le dixé bien alto para que me oyese: ola, señor prudente capellan de monjas, vaya vmd. á refrescar ese exquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

## CAPITULO VI.

VA GIL BLAS A LA COMEDIA: DE LA ADMIRACION QUE LE CAUSÓ EL VER A UNA CÓMICA; Y DE LO QUE LE PASÓ CON ELLA.

**T**odavía no habia salido García de la sala quando entraron dos caballeros muy bien portados, los cuales se sentaron junto á mí: principiaron á hablar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia

nueva que se representaba entónces. Por su conversacion vine en conocimiento que aquella pieza hacia mucho ruido en la ciudad; y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre estuve en palacio, y alli estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilias.

A la hora acostumbrada me fuí al teatro, en donde habia ya un gran concurso. Oí diferentes discursos que tenian sobre la pieza los que estaban á mi lado, y observé que todos querian dar su voto, declarándose unos en pro, otros en contra. Decia uno que estaba á mi derecha: ¿se ha visto jamas obra mas bien escrita? y á mi izquierda decia otro: ¡que estilo tan miserable! confesémos que si hay malos autores hay tambien peores criticos. Quando pienso que los poetas dramáticos tienen que sufrir tantas pesadumbres, me espanto de que haya algunos tan atrevidos que desafien la ignorancia del vulgo, y la censura peligrosa de los medio sábios, que corrompen el juicio del público.

En fin, abrió el gracioso la escena. Por todas partes sonaron las palmadas, lo que me hizo sospechar era uno de aquellos comediantes consentidos, á quien los mosqueteros le perdonan todo. Efectivamente no decia una palabra, ni hacia un gesto que no se atraxera mil aplausos; y como conocia el gusto que daba, abusaba de la aceptacion que tenia. Noté mas de una vez que no sabia el papel, y que sus descuidos ponian en mucho aprieto á la preocupacion con que le oian: si en lugar de aplaudirle le hubiesen silvado, hubieran obrado en justicia.

Celebraron del mismo modo á otros comediantes, pero particularmente á una que hacia el papel de graciosa. Miréla con cuidado, y no puedo explicar quanto me sorprendí conociendo que era mi Laura, mi querida Laura, á quien hacia todavia en Madrid con Arsenia. No dudé fuese ella, porque su talle, sus facciones, y el metal de su voz, todo me aseguraba que no estaba equivocado. No obstante, no creyendo á mis ojos, ni á mis oidos, pregunté á un caballero que estaba á mi lado cómo se llamaba aquella cómica. ¡O! amigo, me dixo: vmd.

sin duda es forastero: ¿de que tierra viene vmd.? vmd. al parecer ha desembarcado ahora, pues no conoce á la bella Estela. La semejanza era tan perfecta que no podia equivocarme; y desde luego sospeché que Laura al mudar de estado habia tambien mudado de nombre; y deseoso de saber su historia (porque el público jamas ignora la de los cómicos) me informé del mismo sugeto si esta Estela tenia algun cortejo de importancia, y respondiéndome que el marques de Marialva, señor portugues, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me habria dicho si mas le preguntára; pero temí cansarle con mis preguntas. Pensé mas en esta noticia que en la comedia; y si al salir, alguno me hubiese preguntado el asunto de ella, no hubiera sabido que decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela, y aun me determiné á visitarla en su casa al otro dia. No dexaba de inquietarme el no saber cómo me recibiria. Era de creer que no la diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba, y de presumir que una cómica de tanto

nombre fingiese no conocerme por vengarse de un hombre de quien sin duda tenia motivos de estar sentida. Nada de esto me detuvo. Despues de una ligera cena, pues en mi hostería no eran de otra clase, me retiré á mi quarto esperando con mucha impaciencia el dia.

Dormí poco, y me levanté al amanecer. Pareciéndome que la dama de un gran señor no se dexaria ver tan de mañana, gasté tres ó quatro horas en componerme, hacerme la barba y perfumarme. Quería que no se avergonzase de mi presencia. Salí á las diez, pregunté en la casa de comedias donde vivia, y pasé á la suya. Vivía en el quarto principal de una casa grande. Abrióme la puerta una criada, á quien dixé diese recado de que un mozo deseaba hablar á la señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó: ¿quien es ese mozo? ¿que me quiere? que entre.

Discurrí habia llegado en mala ocasion, pues estaria su Portugues con ella al tocador, y que para hacerle creer no era muger que recibia recados sóspechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba alli el marques

de Marialva, que gastaba con ella todas las mañanas. Con este motivo esperaba ser mal recibido, quando aquella cómica original viéndome entrar se arrojó á mí con los brazos abiertos, exclamando como fuera de sí: ¡ay hermano mio! ¿eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces, y volviéndose despues hácia el Portugues, le dixo: señor, perdone V. S. que en su presencia ceda á los impulsos de la sangre. Ha tres años que no veo á mi hermano, y no he podido contenerme, ni dexar de manifestarle mi amor. Díme, pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiéndose á mí, díme algo de nuestra familia: ¿como ha quedado?

Estas palabras me turbaron por el pronto; pero inmediatamente penetré la intencion de Laura, y apoyando su artificio la respondí con un tono propio de la escena que ámbos íbamos á representar: nuestros padres están buenos, gracias á Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió, pero no me condenes sin oirme. Bien sabes hace tres años que mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan don Antonio Coello, quien

me llevó desde Asturias á Madrid, su patria. A los seis meses de estar en ella le sucedió un lance de honor ocasionado de su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre, y de mucho valimiento. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó huyendo á Cataluña con todo quanto encontró en casa de dinero, y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó á Italia, se alistó baxo las banderas de los Venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los Turcos. En este tiempo nos confiscaron una poca tierra, el único bien que poseíamos, quedando yo viuda, y pobre. ¿Que partido podia tomar en tan triste situacion? no habia medio de volverme á las Asturias; ¿y que papel haria yo en aquel principado? mi familia se hubiera quando mas compadecido de mi desgracia. Por otra parte mi buena crianza no me permitia escoger una vida desenvuelta. En este apuro, para conservar mi reputacion, no hallé otro arbitrio que el de hacerme comedianta.

Al oír á Laura finalizar así su no-

vela , fué tal el impulso de risa que me dió , que apenas pude reprimirme ; pero al fin lo conseguí , y la dixé con mucha gravedad : hermana mia , apruebo tu proceder , y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marques de Marialva , que no habia perdido una palabra de nuestra conversacion , tomó al pie de la letra todos los enredos que la dió la gana de ensartar á la viuda de don Antonio. Tambien se metió en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada , ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria ; pero me pareció no habia necesidad de ello , y le dixé lo cierto , contándole punto por punto cómo habia entrado en casa del Arzobispo , y cómo habia salido , lo que divirtió infinito al señor Portugues. Es verdad que á pesar de lo que prometí á Melchor , me entretuve un poco á costa del Arzobispo. Lo mas gracioso fué que imaginando Laura que esta era una novela como la suya , daba unas carcajadas , que hubiera excusado á haber sabido que era la realidad.

Acabado mi cuento , que llegó hasta lo de haber tomado un quarto en

la posada , avisaron para comer. Quise retirarme para ir á mi hostería , pero Laura me detuvo. ; En que piensas? hermano mio , me dixo ; te has de quedar á comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada. Estarás y comerás en casa , y asi haz traer tu equipage hoy mismo , que aqui tienes cama.

El señor Portugues , á quien talvez no agradaba semejante hospitalidad , dixo á Laura : no Estela , no tienes aqui comodidad para recibir á nadie. Tu hermano me parece un buen mozo , y con la recomendacion de ser cosa tuya no puedo menos de atenderle : quiero que me sirva , y será el mas querido de mis secretarios , y quien logrará de mis confianzas. Desde esta noche dormirá en casa ; yo mandaré le pongan un quarto , y le señalo quatrocientos ducados de sueldo ; y si en adelante me diese gusto , como lo espero , le pondré en estado de que no sienta haber sido tan sincero con su Arzobispo.

A las gracias que di al Marques añadió Laura otras mayores. Esto ya se da por hecho ; no hablemos mas , interrumpió el Marques. Diciendo es-

to se despidió de su princesa de teatro, y se marchó. Laura me llevó á un quarto retirado, y viéndonos solos dixo: hubiera rebentado, si hubiese contenido mas tiempo la risa, y dexándose caer en un sillón, y apretándose los hijares, empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer lo mismo; y quando nos hubimos cansado me dixo: di, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia, y á la verdad yo no esperaba tuviese tan buen fin: mi ánimo solamente era darte la mesa, y quarto en casa, y para hacerlo con un motivo honrado fingí que eras mi hermano; pero el lance ha salido mejor de lo que yo pensaba: me alegro que mi enredo te haya facilitado tan buen acomodo. El marques de Marialva es un caballero generoso, que hará mas de lo que te ha prometido. Nadie sino yo hubiera recibido con tan buena cara á un hombre que dexa sus amigos á la francesa; pero yo soy de aquellas mozas de buena pasta, que reciben siempre con agrado al bribon á quien una vez quisieron.

Confesé de buena fe mi desatencion, y la pedí me perdonase; des-

pues de lo qual me llevó á un comedor muy curioso. Nos sentamos á la mesa, y durante la comida nos tratamos de hermanos, porque teniamos de testigos una criada y un lacayo. Luego que acabamos volvimos al mismo quarto, y alli mi incomparable Laura, dando libertad á su genio alegre me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde mi separacion. Satisfice su curiosidad con una fiel narracion de mis aventuras; y ella contentó la mia relatándome las suyas, lo que hizo en estos términos.

## CAPITULO VII.

### HISTORIA DE LAURA.

Voy á contarte, lo mas sucinto que pueda, el motivo de haber abrazado la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dexaste, sucedieron cosas de mucha entidad. Mi ama Arsenia abjuró el teatro mas de cansada que de disgustada del mundo, y me llevó á una hermosa hacienda que compró cerca de Zamora con monedas extranjeras. Bien presto hicimos conocimientos en la ciudad, á la que

íbamos con frecuencia, y donde nos deteníamos uno ó dos días.

En uno de estos viagillos don Felix Maldonado, hijo único del Corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y para decirte la verdad, yo hice un poco de mi parte para facilitársela. Este caballero no tenia veinte años, era lindo como un sol, y encantaba mas todavia con sus modales amables y generosas que con su persona. Me ofreció con tanta gracia é instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de admitirlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; ¡pero que mal hacen las criadas y mozueltas ordinarias de enamorarse de los hijos, cuyos padres tienen poder y autoridad! Advertido de nuestro trato el Corregidor, que era de condicion muy severa, procuró evitar con presteza sus resultas. Me hizo prender por una tropa de alguaciles, que á pesar de mis gritos, me llevaron al hospicio de la caridad.

Alli, sin mas forma de proceso, la rectora me hizo despojar de mi anillo y vestidos, y poner un saco largo de

sarga cenicienta, y ceñirme con una correa negra ancha, de la que colgaba un rosario de cuentas gordas, que me llegaba hasta los pies. Después me llevaron á una sala en donde encontré un frayle viejo de no sé que orden, que principió á exhortarme á la penitencia del mismo modo, poco más ó menos, que la señora Leonarda te exhortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dixo debía estar muy agradecida á las personas que me habian hecho encerrar allí, pues que me hacian un gran beneficio sacándome de los lazos del demonio, en los cuales lastimosamente estaba enredada. Te confieso francamente mi ingratitud; lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este favor, les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin hallar consuelo; pero á los nueve (porque yo contaba hasta los minutos) creí mudar de suerte. Al pasar por un patio pequeño me encontró el mayordomo de la casa, á quien todo estaba sujeto, hasta la misma superiora. Unicamente dependia este del Corregidor, al que daba las cuentas de su administracion, y quien tenia una entera confianza en él. Lla-

mábase Pedro Zendono , natural de Salsedon en Vizcaya. Figúrate un hombre alto , pálido , seco y de una catadura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Cara mas hipócrita no la habrás visto aunque hayas estado en el palacio de tu Arzobispo : parecia que ni aun miraba á las hermanas reclusas.

Encontré , como iba diciendo , al señor Zendono , el qual me detuvo , y dixo: consuélate , hija mia , me han dado lástima tus desgracias. Nada mas dixo , y continuó su camino , dexando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien , me imaginaba buenamente que habia exâminado la causa de mi encierro , y que no habiéndola encontrado suficiente para un castigo tan indigno , queria empeñarse en mi favor con el Corregidor. ¡Pero que mal conocia yo al Vizcayno , y quan distinta era su intencion ! Habia proyectado en su mente hacer un viage , del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia , me dixo: es tanto lo que siento tus trabajos , que he resuelto sacarte de ellos. Bien sé

que me pierdo ; pero ya no soy mio, ni puedo vivir mas que para tí. El triste estado en que te veo , me parte el corazon , y así quiero librarte mañana de este encierro , y llevarte yo mismo á Madrid , sacrificándolo todo á la satisfaccion de ser tu libertador. Pensé morirme de alegría al oír á Zendonno ; el qual juzgando por mis extremos que lo que yo mas deseaba era escaparme de mi reclusion , tuvo al dia siguiente la osadía de robarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dixo á la superiora que tenia orden del Corregidor para llevarme á una casa de recreo , en donde estaba á dos leguas de la ciudad , y me hizo con todo descaro subir con él en una calesa de posta , tirada de dos buenas mulas , que para el caso habia comprado. No llevábamos con nosotros mas que un criado que hacia de calesero , y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Tomamos el camino , no como yo creia hácia Madrid , sino hácia las fronteras de Portugal , adonde llegamos en tan corto tiempo que no podia el Corregidor saber nuestra fuga , ni despachar en nuestro seguimiento sus galgos antes

de que entrásemos en este reyno. Al acercarnos á Braganza me hizo poner el Vizcayno un vestido de hombre que llevaba prevenido, y contándome ya por suya me dixo en la hostería donde nos alojamos: bella Laura, no tengas á mal que te haya traído á Portugal. El corregidor de Zamora sin duda alguna nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podemos ponernos á cubierto de su ira en este reyno extraño, aunque en el día esté sujeto al dominio español: á lo menos estaremos aquí mas seguros que en nuestra tierra. Sigue, pues, á un hombre que te adora; vamos á vivir á Coimbra; allí pasaremos sin temor nuestros dias con el mayor contento. Una proposicion tan viva me hizo ver que mi caballero no era de aquellos andantes que por solo la gloria y cumplir con la orden de la caballería, llevaban y ponian en salvo á las princesas. Sin dificultad comprendí esperaba mucho de mi agradecimiento, pero mas de mi miseria. No obstante, por mas que uno y otro motivo me impeliesen, repugné mucho, y me negué á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte te-

nia dos grandes razones para mostrarme tan contenida, pues no era de mi gusto, ni le creía rico. Pero quando volviendo á estrecharme ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado caudal para mucho tiempo, ya le escuché con mas agrado. Me aluciné con los brillos del oro y alhajas que me enseñó, y entónces conocí que el interes sabe hacer tantas transformaciones como el amor. Poco á poco pareció mi Vicayno otro hombre á mis ojos: su cuerpo alto y seco se me representó de un talle fino y delicado; su palidez una blancura hermosa, y hasta su hipocresía me merecia un nombre favorable. Con esta mudanza acepté gustosa su mano tomando al cielo por testigo de nuestra union. Desde entónces no halló oposicion ninguna en mí, y siguiendo nuestro camino, muy presto Coimbra nos tuvo por vecinos.

Mi marido me compró muy buenos vestidos, y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de donde venian to-

das las piedras preciosas que habia visto, y persuadirme que mi marido no era escrupuloso en el séptimo mandamiento; pero considerándome como la causa primera de sus hurtos se los perdonaba. Una muger excusa siempre los mas enormes delitos que ocasiona su hermosura, y á no ser por esto me hubiera parecido muy perverso aquel hombre.

Dos ó tres meses pasé con él gustosa, porque me hacia mil cariños, y me manifestaba mucho amor. Sin embargo, todo esto no era mas que apariencia: el bribon me engañaba con ella, y me preparaba el trato que debe esperar toda muger engañada por un hombre infame. Habiendo yo vuelto de oír misa un dia no encontré en la casa mas que las paredes. El bueno de Zendono y su fiel criado se manejaron con tal maña, que en menos de una hora no dexaron un clavo en la pared; todo se lo llevaron, de modo que solo me quedó el vestido que llevaba puesto, y la sortija de don Felix que por fortuna tenía en el dedo, con lo que me vi como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Te aseguro que no me puse á llorar mi desgra-

cia , antes bien di gracias al cielo de que me habia librado de un bribon que tarde ó temprano vendria á caer en manos de la justicia. Conté por perdido el tiempo que habíamos vivido juntos , y creí repararlo prontamente. Si hubiera querido permanecer en Portugal con alguna señora ilustre , las habria tenido de sobra ; pero ya fuese el amor que tenia á mi pais , ó mi estrella que me preparaba mejor suerte , solo pensé en volver á ver á España. Un platero me compró el diamante , dándome su importe en monedas de oro , y salí en una calesa con una señora española , ya anciana , que iba á Sevilla.

Llamábase Dorotea , que habia ido á Coimbra á ver á una parienta suya que vivia en aquella ciudad , y se volvía á Sevilla en donde tenia su casa. Congeniamos ambas de tal modo que desde la primera jornada hicimos amistad , la que se estrechó tanto en el camino , que quando llegamos á Sevilla no permitió me apartase de ella. No tuve motivo de arrepentirme de haber hecho semejante conocimiento , pues no he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en

sus facciones, y en la viveza de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear á sus rejas bastantes guitarras, y por eso sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que la dexaron.

Tenia entre otras excelentes prendas la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Quando la conté mis cuitas, tomó con tanto ardor mi causa que llenó de maldiciones á Zendon. ¡ Ah perros, dixo en un tono que no parecia sino que en el camino habia encontrado algun mayordomo miserable, en el mundo hay bribones que como este se deleytan en engañar á las mugeres! Lo que me consuela, hija mia, es que segun tu relacion, no estas casada con el pérfido Vizcayno, y asi puedes hallar un marido que te estime de veras.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la iglesia, ó á visitar á alguna amiga, medio seguro de encontrar prontamente aventuras, y en efecto me atraxe las miradas de muchos caballeros, entre los quales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona;

pero los unos no tenían con que sufragar á los gastos de una casa, y los restantes todavía eran unos bobos, lo que me quitaba la gana de oírlos, sabiendo por mi experiencia las consecuencias. Un día quisimos ir á la comedia. Anunciaba el cartel que se representaba la *comedia famosa, el Embaxador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las cómicas que se presentaron en el teatro, vi á una de mis antiguas amigas, á Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, con quien comiste algunas veces en casa de Arsenia. Yo sabía muy bien que Fenicia había mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Tal era la impaciencia que tenía de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá sería también porque no la representaban ni tan bien ni tan mal que pudiera divertirme; porque te confieso que como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno excelente. En fin, llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi

viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgéo de un paxarito, al parecer cogido con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me hizo todos los favores imaginables. Por mi parte la abracé con todo mi corazon. Mutuamente nos manifestamos el gusto de habernos vuelto á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio que nos engolfáramos en largos discursos, dexamos para el dia siguiente el hablar en su casa con mas amplitud.

El gusto de hablar es una de las mas vivas pasiones de las mugeres. No pude pegar los ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de pillar á Fenicia, y hacerla preguntas y repreguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é ir adonde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me conduxese al quarto de Fenicia, me llevó á un corredor, á lo largo del qual habia diez ó doce quartos pequeños, separados so-

lamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la qual abrió Fenicia, cuya lengua rabiaba tanto como la mia por hablar. Apenas tuvimos tiempo para sentarnos, quando principiamos á charlar, y venos en disposicion de hablar sin cesar. Teniamos tanto que preguntarnos que se atropellaban las preguntas y las respuestas.

Despues de habernos contado nuestras aventuras, é instruido del actual estado de nuestros asuntos, me preguntó Fenicia, qué partido queria tomar, porque en fin, me dixo, es preciso hacer alguna cosa. No es bien visto en una persona de tu edad el ser inútil á la sociedad. La respondí que habia resuelto colocarme hasta mejor fortuna con alguna señorita de calidad. Quitate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, dige mio, que no te has enfadado de servir? ¿no te has cansado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oir que te regañan, y en una palabra de ser esclava? ¿por que no escoges como yo meterte á cómica? nada es mas del caso para una persona de luces, y que carece de posibles y na-

cimiento. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas que tanto molestan. Nuestras rentas, cuyos fondos posee el público, nos las pagan en moneda contante; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero con la misma facilidad que lo hemos ganado.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavía me salen los colores quando me acuerdo que quando servia á Florimunda, no oia otros requiebros que los de los criados del corral del príncipe, y que ningun hombre de suposicion hacia caso de mi buena cara. ¿De que nacia esto? de que yo no hacia alli papel; por buena que sea una pintura no se celebra si no se expone á la vista del público. Pero despues que parecí en las tablas ha habido una gran mudanza. Yo traigo al retortero á los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. El oficio de cómica nos da cierto atractivo; y si una es prudente y discreta, es decir, que no hace favor mas que á uno, se celebra como honrada y modesta; y quando muda de galan la miran como una

verdadera viuda que se vuelve á casar; pero si contrae terceras nupcias se hace despreciable, porque esto choca la delicadeza de los hombres; al paso que otra cómica parece adquiere mas valor á medida que aumenta el número de sus favorecidos. Todavía despues de haber tenido cien cortejos es un plato que solo se presenta en la mesa de los señores.

¿Para que te causas, interrumpí yo al llegar aqui? ¿piensas tú que ignoro esas ventajas? las considero á menudo, y hablándote sin ningun disimulo, te digo que lisonjean sobrado á una muchacha de mi genio. Conozco en mí mucha inclinacion á la comedia, pero esto no basta, pues se requiere talento, y yo no lo tengo; algunas veces he representado delante de Arsenia un pedazo de relacion, y no ha quedado satisfecha: esto me ha hecho no gustar del arte. No es extraño que disgustases á Arsenia, porque las cómicas célebres son por lo comun envidiosas; á pesar de su vanidad temen se les presenten objetos que las desluzcan. En fin, sobre este asunto no me remitiera solamente al voto de Arsenia; su decision no ha sido sincera. Dígame sin

lisonja que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion despejada y muy graciosa, un metal de voz dulce, buen pecho, y sobre todo una cara pulida. ¡Ah, gran bribona, á cuántos encantarias si fueras comedianta!

A esto añadió otras expresiones artificiosas, y me hizo representar algunos versos, con el ánimo únicamente de hacerme ver la buena disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido, fuéron mayores sus elogios hasta decirme que me aventajaba á todas las cómicas de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dexar de acusar á Arsenia de envidiosa, y de mala fe. Me fué preciso confesar que yo era una moza admirable. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos cómicos que entraron en aquella sazón, los que se quedaron pasmados, y quando volvieron de su admiracion fué para colmarme de aplausos. Hablando seriamente, aseguro que aunque los tres hubieran ido á porfia sobre quien me habia de elogiar mas, no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que padecer con tantos elogios. Principié á creer que

valia algo , y veme aquí resuelta á abrazar la profesion cómica.

No hablemos mas , querida mia , di-  
xe á Fenicia , dálo por hecho. Quiero  
seguir tu consejo y entrar en la com-  
pañía , si no hay inconveniente. A esto  
mi amiga , arrebatada de gozo , me abra-  
zó , y sus dos compañeros no mani-  
festaron menos alegría que ella al ver  
mi determinacion. Quedamos en que  
al dia siguiente por la mañana iria al  
teatro , y repetiria delante de toda la  
compañía el mismo ensayo. Si en casa  
de Fenicia adquirí una opinion ven-  
tajosa , todavia fué mas favorable la de  
los comediantes despues que repre-  
senté unos veinte versos ; y así me re-  
cibieron muy gustosos en la compa-  
ñía. Desde entónces puse mi atencion  
solo en el modo con que habia de sa-  
lir la primera vez á las tablas. Para  
que fuese con mas lucimiento , gasté to-  
do el dinero que me quedaba de la  
sortija ; y aunque no me alcanzó pa-  
ra vestirme magníficamente , esto lo  
suplió el gusto delicado y ayroso del  
vestido. En fin , presentéme en el tea-  
tro , ¡ que palmadas ! ¡ que elogios ! ami-  
go mio , no faltaré á la modestia si te  
digo que robé toda la atencion de los

espectadores. Era necesario haber visto el golpe que di en Sevilla para creerlo. Yo fuí el asunto de todas las conversaciones de la ciudad, la que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atraxó al público, que ya empezaba á desampararla. Me presenté de un modo que hechizó á todos, lo que fué publicar que me vendia al que mas diera. Una infinidad de sugetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecirme sus obsequios y facultades. Por mi gusto hubiera escogido al mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos mirar al interes y la ambicion quando se trata de tomar una amistad. Esta es regla del teatro. Por esta razon preferí á don Ambrosio de Nisaña, hombre rico, generoso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucía, aunque ya viejo y de muy rara figura. Es verdad que le costó caro. Tomó para mí una hermosa casa, la adornó magníficamente, me buscó un buen cocinero, dos criados, una doncella de labor, y me señaló mil ducados al mes. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia nun-

ca llegó á un estado tan brillante.

¡Que mudanza en mi fortuna! ni aun yo podia comprehenderla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso ingenuamente que los aplausos del público, las expresiones lisonjeras que oia por todas partes, y la pasion de don Ambrosio me infundieron una vanidad que llegó á ser extravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el ayre de señora; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, quanto las habia prodigado antes, de suerte que me puse en el pie de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á mi casa: yo por mi parte procuraba juntar las cómicas mas divertidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en comer y reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho; pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse, serian muy amables. Don Am-

brosio me dexó por una maja granadina que acababa de llegar , y que tenia la habilidad de vender caros sus favores. Mi afliccion no duró mas que veinte y quatro horas , porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años , llamado don Luis de Calazer , tan bello mozo que pocos podian comparársele. Con razon me preguntarás por qué elegí á un señor tan jóven , sabiendo que el trato con esta clase de amantes es peligroso ; pues yo te digo que don Luis ni tenia padre ni madre , y que ya disponia de su hacienda ; ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras ; las de nuestra profesion son personas de título ; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestras gracias. Desgraciadas las familias , á cuyos herederos hemos desplumado.

Nos apasionamos tan vivamente uno de otro Calazer y yo , que dudo haya habido amor como el nuestro. Parece nos amábamos á porfia , creyéndonos todos los amantes mas dichosos ; pero en realidad eramos infelices. Don Luis era amable por su rostro ; pero tan zeloso que me atormentaba á cada ins-

tante con injustos rezelos. Por mas que yo procurase no mirar á hombre alguno , para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi cuidado. Si estaba en las tablas , le parecia que mientras representaba miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y con esta sospecha me decia mil improprios. En una palabra , en nuestras mas tiernas conversaciones se suscitaban siempre desazones. No pudimos aguantar mas ; á ambos nos faltó la paciencia , y nos separamos amigablemente. ¿ Creerás tú que el último dia de nuestra amistad fué el mas gustoso que habíamos tenido hasta entónces? Igualmente fatigados los dos de los males que habíamos padecido , nos despedimos con la mayor alegría, semejantes á dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entónces he procurado precaverme del amor , y no quiero mas amistad que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demas mugeres , ni debemos abrigar en nuestro pecho una pasion , cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entretanto mi fama iba tomando mas vuelo , publicando por todas partes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre movió á los comediantes de Granada á que me escribiesen , convidándome con una plaza en su compañía ; y para hacerme ver que la propuesta no era despreciable , me enviaron una razon del importe de sus últimas entradas , y de sus caudales , por lo qual pareciéndome un partido ventajoso lo acepté , aunque en lo íntimo de mi corazón sentia dexar á Fenicia y Dorotea , á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera la dexé en Sevilla ocupada en derretir la vaxilla de un platerillo , que por vanidad queria tener por cortejo á una comediante. Se me ha olvidado decirte que al hacerme cómica mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela , y con esto salí para Granada.

Alli principié mi exercicio con tanta felicidad como en Sevilla , é inmediatamente me vi rodeada de amantes ; pero como no queria favorecer sino á quien me diese buenas esperanzas , me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo , temiendo

pagar la pena de una conducta que de nada servia , y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un Oidor jóven , de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo , de una buena mesa, y de que tenia coche, hacia el papel de señor , quando vi la primera vez al marques de Marialva.

Este señor Portugues , que viajaba por España llevado de curiosidad , al pasar por Granada vino á la comedia, y cabalmente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentaron , halló una que le gustó , y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaban ya para convenirse quando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron prontamente la veleta. Ya mi Portugues no pensó mas que en mí , y á decir verdad , como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor , procuré desbancarla , y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido ; pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambicion , y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

## CAPITULO VIII.

DEL RECIBIMIENTO QUE HICIERON A  
GIL BLAS LOS CÓMICOS DE GRANADA,  
Y DE LA PERSONA A QUIEN RECO-  
NOCIÓ EN EL VESTUARIO.

En el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroyna de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotys. Mi hermana no dexó de presentar á su hermano á esta figura añeja, y sobre esto mediaron grandes cumplimientos de ámbas partes.

Las dexé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del Marques, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al quarto que tenia alquilado, pagué á mi huésped, di á un mozo mi valija, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. Encontré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondíle que sí, y me

dixo, pues sea vmd. muy bien venido, caballero. El marques de Marialva, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á vmd. un quarto; si vmd. gusta, yo se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introduxo en un aposento tan pequeño que solo cabia una cama muy estrecha, un cofre y dos sillas; tal era mi habitacion. Vmd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dixo mi conductor, pero en recompensa prometo á vmd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi valija en el cofre, del qual me llevé la llave, y pregunté á que hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criada un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del Marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversacion dexé al mayordomo, y fuí á buscar á Laura, entretenido agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dixé era hermano de Estela, todo se me franqueó. Hu-

bierais visto las centinelas precipitarse para darme paso, como si yo fuera uno de los mas grandes señores de Granada. Los cobradores que encontré en el camino, me hicieron mil profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector, es el recibimiento que con una seriedad cómica me hicieron en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y pronta á principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, cargaron sobre mí. Los hombres me confundieron á abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados al mio, lo llenaron de arrebol y blanquete. Todos querian ser los primeros á cumplimentarme, y todos me hablaban á la vez. Me era imposible responderles, pero la hermana vino á mi socorro, y como tenia exercitada la lengua, cumplió por mí con todos.

No pararon los cumplimientos en los actores y áctrices: fué preciso aguantar los del tramoyista, violinistas, apuntador, despavilador y sota-despavilador; en fin, de todos los criados del teatro, que al ruido de mi llegada vinieron corriendo á exâminar

mi persona ; no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que no habian visto jamas hermanos.

Entretanto empezó la comedia, y algunos caballeros que estaban en el vestuario, se retiraron á tomar sus asientos, y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no representaban. Entre estos habia uno á quien llamaron y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente al sugeto á quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y vi que era Melchor Zapata, aquel pobre cómico de la legua, que como dixé en el primer volumen de esta historia, mojaba las cortezas de pan en una fuente.

Al instante le aparté á un lado, y le dixé: si no me engaño, vmd. es el señor Melchor con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente que hay entre Valladolid y Segovia. Vmd. se acordará que entónces iba yo con un mancebo de barbero, y que juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de vmd. y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazonó con mil

conversaciones agradables. Zapata se quedó como pensativo algunos instantes, y despues me respondió: vmd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entónces venia de Madrid, en donde habia salido para prueba en aquel teatro, y me volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis haberes estaban en muy mala positura. Y yo por esas señas, le dixé, vengo en conocimiento de que vmd. llevaba un jubon forrado de carteles de comedias. Tampoco he olvidado que vmd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy beata. ¡O! por lo que mira á eso ya no me quejo, dixo Zapata con precipitacion: vive diez que la comadre se ha enmendado en esto, y asi mi jubon va mejor forrado.

Al ir á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza, tuvo precision de dexarme para salir á las tablas. Con el deseo de conocerla, me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase, lo que hizo diciendo: vea vmd. ahí á Narcisa, que excepto la hermana de vmd. es la mas hermosa de nuestras compañeras. Pensé que esta actriz debia ser aquella á quien se habia aficionado el marques de Marialva an-

tes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia acompañé á Laura á su casa en donde vi muchos cocineros que estaban disponiendo una gran cena. Aquí puedes cenar, me dixo ella. Nada menos que eso, la respondí; el Marques querrá quizá estar solo contigo. Te engañas, respondió: ahora vendrá con dos amigos suyos, y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres, serás la sexta persona en nuestra mesa. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, la dixé; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este cargo honorífico debo antes emplearme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dexé á Laura, y fuí á mi hostería, donde hice ánimo de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

## CAPITULO IX.

DEL HOMBRE EXTRAORDINARIO CON  
QUIEN CENÓ AQUELLA NOCHE, Y DE  
LO QUE PASÓ ENTRE ELLOS.

**A**dvertí que en un rincón de la sala estaba cenando solo un viejo vestido de paño pardo, que parecia un monge, y por curiosidad me senté en frente de él; saludéle muy cortesmente, y él correspondió del mismo modo. Traxeron mi pitanza, que principié á despachar con buenas ganas, y mientras comia sin decir una palabra, le miraba frecuentemente; pero siempre le hallé puestos los ojos en mí. Cansado de su afán en mirarme, le hablé en estos términos: padre, segun la curiosidad con que vmd. me mira, sin duda me conoce: dígame vmd. si nos hemos visto en otra parte.

Respondióme con mucha gravedad: os miro con esta atencion para admirar la singular variedad de aventuras que están grabadas en los rasgos de vuestro rostro. A lo que veo, le dixé con un ayre burlesco, vuestra reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de poseerla, dixo el monge, y de

haber pronosticado cosas que el tiempo no ha desmentido; tambien sé la chîromancia, atreviéndome á decir que mis oráculos son infalibles quando he comparado la inspeccion de las rayas de la mano con las del rostro.

Aunque aquel viejo tenia aspecto de hombre virtuoso, me pareció tan loco que no pude dexar de reirme; pero en lugar de ofenderse de mi descortesía, se sonrió; y despues de haber registrado bien el quarto, y asegurado de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera: no me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia se tienen por tan frívolas; el largo y penoso estudio que requieren, desanima á todos los sábios, que despechados de no haberlas podido aprender, las desamparan y desacreditan; por lo que hace á mí no me ha acobardado su obscuridad, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos chîmicos, y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no pienso, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo con un jóven que conceptúe de sueños mis pensamientos. Una leve prue-

ba de mi habilidad os hará juzgar mejor de mí , que todo quanto podria decirnos. Dicho esto , sacó del bolsillo una vasija llena de un licor encarnado , y prosiguió diciendo: vea vmd. aqui un elixîr que he compuesto esta mañana del zumo de ciertas plantas destiladas por alambique , porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en saber las propiedades de los simples y de los minerales. Ahora experimentará vmd. su virtud. Bien ve vmd. que el vino que bebemos es muy malo ; pues va á ser exquisito. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixîr en mi botella , con las que mi vino tomó un gusto mejor del que tienen los mas exquisitos de España.

Todo lo maravilloso sorprehende, y una vez preocupada la imaginacion, ya no se usa del juicio. Pasmado de ver un secreto tan bueno , y persuadido á que era menester ser poco menos que diablo para haberlo encontrado , exclamé lleno de admiracion: ¡ó, padre mio! perdóneme vmd. por Dios, si le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á vmd. justicia ; esto me basta para estar cierto de que si quiere, puede hacer en un instante de una

barra de hierro una de oro. ¡Que dichoso fuera yo si poseyera esta admirable ciencia! El cielo os libre de ella, interrumpió el viejo con un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme, tenme lástima; pues yo mismo he trabajado tanto para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpétua sea el premio de todos mis trabajos. Con este temor paso una vida errante, tan presto disfrazado de sacerdote ó monge, como de caballero ó paysano. Mira, pues, si será ventajoso el saber hacer oro á ese precio. Y sobre todo, ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que las poseen tranquilamente?

Ese discurso me parece muy cuerdo, dixé entónces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego; vmd. me hace mirar con desprecio la piedra filosofal. Despedíme con esto de él, y determiné servir al Marques con mas afecto que á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada.

## CAPITULO X.

DE LA COMISION QUE EL MARQUES  
DE MARIALVA DIÓ A GIL BLAS; Y  
CÓMO LA DESEMPEÑÓ ESTE FIEL  
SECRETARIO.

**T**odavía no habia vuelto el Marques de casa de su comedianta ; pero en su aposento encontré á los ayudas de cámara que jugaban á la primera, esperando su venida. Me introduxe con ellos , y nos entretuvimos riendo hasta las dos de la madrugada que llegó nuestro amo. Sorprehendióse un poco al verme, y me dixo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita : Gil Blas , ¿ por que no te has acostado ? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser , dixo , te encargue por la mañana un asunto , y entónces te daré mis órdenes. Ve á descansar , y sabe que te dispenso de esperarme , pues me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia , que no dexó de agradarme , pues me excusaba la sujecion que algunas veces hubiera llevado con

disgusto, dexé al Marques en su quarto, y me retiré á mi guardilla. Me acosté; pero no pudiendo dormir, seguí el consejo de Pitágoras, de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia para aplaudir nuestras buenas acciones, ó vituperar las malas.

— Mi conciencia no estaba tan limpia que dexase de remorderme haber apoyado la mentira de Laura. Por mas que yo dixera para disculparme de que no habia podido decentemente desmentir á una moza que no habia tenido otra mira que la de mi bien; y que en algun modo me habia visto en la precision de ser cómplice del engaño, poco satisfecho de esta excusa, yo mismo me respondia que no debía llevar tan adelante el embuste, y que era demasiado descaro el querer vivir con un señor, cuya confianza pagaba tan mal. En fin, despues de un severo exámen convine en que si no era un bribon, me faltaba poco para serlo.

Habiendo pasado de aqui á las consecuencias, reflexioné que no era juego de niños el enganar á un hombre de distincion, quien por mis pecados

acaso tardaria muy poco en descubrir el enredo. Una reflexi6n tan juiciosa aterr6 algun tanto mi esp6ritu; pero bien presto se desvanecieron con mi temor las ideas del contento, y del interes. A esto se sigui6 el hacer yo cuentas muy alegres, calculando la suma 6 que ascenderian mis salarios en diez a6os de servicio: 6 esto a6ad6 las gratificaciones que recibiria de mi amo; y midi6ndolas por su humor liberal, 6 mas bien segun mis deseos, la destemplanza de mi imaginacion no ponia l6mites 6 mi fortuna. Tanta felicidad me concili6 poco 6 poco el sue6o, y me qued6 dormido edificando castillos en el ayre.

Por la ma6ana me levant6 6 las nueve, y fu6 6 recibir las 6rdenes de mi amo; pero al abrir mi puerta para salir, me admir6 de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo: Gil Blas, al despedirme de tu hermana anoche, la ofrec6 pasar all6 esta ma6ana, pero me es imposible cumplirlo, porque un negocio de importancia me lo impide. Ve y d6la de mi parte quanto siento este contratiempo, y aseg6rala que sin embargo cenar6 con ella. Pero no para en esto

tu comision, añadió, alargándome una bolsa con una caxita, guarnecida de diamantes; llévala mi retrato, y toma para tí esta bolsa, en donde van cincuenta doblones, que te doy en prueba de la estimacion que te he cobrado. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa tan poco merecida; fuí corriendo á casa de Laura, y enagenado de alegría iba diciendo: bueno, bueno, mi cálculo se verifica visiblemente. ¡Que fortuna es ser hermano de una bella y galante moza! ¡Que lástima que honra y provecho no quepan en un saco!

Laura madrugaba contra la costumbre de las personas de su profesion. Halléla al tocador, en donde esperando á su Portugues procuraba añadir á su hermosura natural todos los auxílios que el arte podia prestarla. Amable Estela, la dixé al entrar, imán de los extrangeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con un encargo que me dá esta prerogativa, el qual voy á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de pasar á verte esta mañana, como lo había pensado; pero para consolarte, cenará esta noche contigo; te envia su retrato,

con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

Díla la caja, la abrió, miró por puro cumplimiento la pintura, y los brillantes de su guarnicion alegraron infinito su vista. Celebró la hermosura del retrato, y me dixo con sonrisa: ve aqui unas copias que las cómicas estiman mucho mas que los originales. Díxele: el generoso Portugues al darme el retrato me regaló cincuenta doblones. Me alegro infinito, me dixo ella. Este señor principia por donde rara vez acaban otros. A tí es, mi querida, á quien debo este regalo, la respondí, la fraternidad es la que únicamente ha movido al Marques. Yo quisiera, dixo ella, hiciera otro tanto todos los dias: no puedo ponderarte quanto te amo. Desde el primer instante que te vi, te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta union. Quando te perdí en Madrid, no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como á un hombre que volvía á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado para que vivamos juntos: tú has de ser mi marido; pero antes es menester enrique-

cernos. La prudencia exíge que comencemos sobre este pie. Todavía quiero tener tres ó quatro cortejos para que te establezcas cómodamente.

Díla las gracias por su cuidado, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodia. A esta hora me marché á dar cuenta á mi amo del modo con que habia sido recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque quando llegué á la posada me dixeron que el Marques acababa de salir, y era fixo que no volveria á verle mas, como se leerá en el capítulo siguiente.

## CAPITULO XI.

DE LA NOTICIA QUE TUVO GIL BLAS,  
Y DEL GOLPE TERRIBLE QUE  
RECIBIÓ CON ELLA.

Fuíme á mi hostería, en donde encontré dos sugetos, con quienes comí, y con cuya gustosa conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora

de la comedia, que nos separamos, ellos para ir á sus que haceres, y yo para tomar el camino del teatro. Advierto de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor, porque la alegría habia reynado en nuestra conversacion, mostrándoseme ademas propicia la fortuna; pero con todo sentia una tristeza que no estaba en mi mano evitar. Habiendo entrado en el vestuario, se acercó á mí Melchor Zapata, y me dixo en secreto que le siguiera. Me llevó á un sitio excusado, y me dixo lo siguiente: señor mio, me parece que estoy obligado á dar á vmd. un aviso muy importante. Ya sabe vmd. que el marques de Marialva se enamoró primero de Narcisa mi esposa. Ya habia elegido dia para venir á picar en mi cebo, quando la artificiosa Estela encontró medio de romper la partida, y llevarse á su casa al señor Portugues. Bien conoce vmd. que una cómica no pierde tan buena presa sin despecho. Mi muger conserva siempre en su corazon este resentimiento, y buscará quantos medios haya para vengarse; siendo lo peor que se la ha venido á las manos una bella ocasion. Ayer, si vmd. hace memoria, todos

nuestros criados acudieron á verle. El sotadespavilador dixo á algunas personas de la compañía que conocia á vmd. , y que de ningun modo era hermano de Estela.

Esta noticia , añadió Melchor , ha llegado á oídos de Narcisa , que no ha dexado de preguntárselo al que la ha dado , y este lo ha repetido. Dice conoció á vmd. de criado de Arsenia , quando Estela con el nombre de Laura la servia en Madrid. Mi esposa , que está contentísima con este descubrimiento , se lo participará al Marques , que ha de venir esta tarde á la comedia. Camine vmd. en esta inteligencia , y si no es en realidad hermano de Estela , le aconsejo como amigo , y por nuestro antiguo conocimiento que se ponga en salvo. Narcisa , que no busca mas que una víctima , me ha permitido se lo advierta á vmd. para que evite con una pronta fuga qualquier accidente funesto.

No necesité saber mas ; di gracias por su aviso al histrion , quien conoció muy bien por mi sobresalto que yo no pensaba en desmentir al sotadespavilador. Como en efecto no estaba de humor de pasar adelante con la des-

vergüenza , no me despedí siquiera de Laura, temiendo no quisiese obligarme á que siguiera el enredo : siendo ella tan buena comediante podria salir con facilidad de este berengenal ; pero á mí me amenazaba un castigo infalible, y no estaba tan enamorado que quisiese burlarme de él. Determiné poner tierra por medio , cargando con mis dioses penates , es decir con mi ropa ; y así en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí de casa del Marques : en un momento hice sacar y entregar mi maleta á un arriero que el dia siguiente á las tres de la mañana salia para Toledo. Hubiera querido estar en la hora con el conde de Polan , cuya casa me parecia mi único asilo ; pero no hallándome en ella, me traía muy inquieto el pensar el tiempo que tenia que detenerme en una ciudad en donde temia me buscasen aquella misma noche.

A pesar de mi zozobra, semejante á la de un deudor que sabe andan tras de él los alguaciles, no dexé de ir á cenar á mi hostería ; pero la cena no creo hiciese en mi estómago un excelente quilo. El miedo me hacia mirar con cuidado á todas las personas que

entraban ; y temblaba como un azogado siempre que por mi desgracia eran algunas de mala catadura, cosa que no es rara en tales parages. Despues de haber cenado con este susto , me levanté de la mesa, volví en busca del ordinario , y me eché en un xergon hasta la hora de marchar.

Puedo asegurar que durante la noche exercité bien mi paciencia. Vinieron á asaltarme mil pensamientos pesarosos ; si algun instante me quedaba traspuesto , soñaba veia furioso al Marques , lastimando á golpes el hermoso rostro de Laura , y haciendo pedazos quanto habia en su casa ; ó ya que le oia mandar á sus criados me matáran á palos. Despertaba despavorido , y siendo tan gustoso despertar despues de haber soñado cosas funestas , para mí fué esto mas cruel que el mismo sueño.

Sacóme de esta angustia el arriero, avisándome estaban prontas las mulas. Inmediatamente me puse en pie, y gracias al cielo salí curado radicalmente de Laura , y de la chîromancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada , iba mi espíritu recobrando su se-

renidad. Empezamos á hablar el arriero y yo ; contóme algunas historias divertidas que me hicieron reir , con lo que perdí insensiblemente mi temor. En Ubeda , donde hicimos noche la primera jornada , dormí con sosiego , y la quarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la casa del conde de Polan , y persuadido á que no consentiria me alojase en otra , fuí allá ; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspedea ; pues no encontré en ella mas que al portero , quien me dixo que su amo habia salido la noche antes para la quinta de Leyva , porque le habian escrito que Serafina estaba peligrosamente enferma.

Como yo no habia contado con la ausencia del Conde , se disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo , por cuya causa tomé otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid , me resolví á ir allá , discurriendo que en la corte podria hacer fortuna , pues segun habia oido decir , no era necesario en ella tener un talento superior para adelantar. Por la mañana alquilé una mula de retorno que me llevó á aquella capital , adonde la buena suer-

te me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entónces habia representado.

## CAPITULO XII.

GIL BLAS SE ALOJA EN UNA POSADA, EN DONDE ADQUIERE CONOCIMIENTO CON EL CAPITAN CHINCHILLA. QUE CLASE DE HOMBRE ERA ESTE OFICIAL, Y QUE NEGOCIO LE HABIA LLEVADO A MADRID.

Asi que llegué á Madrid, establecí mi habitacion en una posada, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo, que desde lo último de Castilla la nueva habia venido á la corte á pretender una pension que creia tener bien merecida: llamábase don Anibal de Chinchilla; no sin espanto le vi la primera vez: era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca, y sumamente flaco. Tenia unos bigotes espesos que subian, retorciéndose por los dos lados, hasta las sienes; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna, llevaba tapado un ojo con un gran parche de tafetan verde, y casi todo su



*Giulio Blas adquire amicitia con  
el Capitan Chinchilla.*

*T. III. Capitulo 10.º*



rostro estaba lleno de cicatrices. Fuera de esto, no habia que reparar en él, y se hallaba dotado de buen entendimiento, y gastaba mucha gravedad. En quanto á sus costumbres era muy rígido, y se picaba sobre todo de ser delicado en puntos de honor.

A las dos ó tres conversaciones que tuvimos, me honró con su confianza, y supe todos sus asuntos. Me contó en qué ocasiones se habia dexado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en los Países Baxos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapó ninguna fanfarronada, ni palabra en alabanza suya, siendo asi que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra, no son siempre tan modestos.

Me dixo que sobre todo sentia haber disipado una considerable hacienda en las campañas, de suerte que no le habia quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para mantener sus bigotes, pagar su alojamiento

to, y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió, encogiéndose de hombros, todos los dias, á Dios gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso de ellos. Si vmd. lo presenciára, no diria sino que apostábamos el Ministro y yo sobre qual habia de cansarse antes, si yo en darlos, ó él en recibirlos. Tambien tengo la honra de presentárselos frecuentemente al mismo Rey; pero tan lindo es pedro como su amo, y entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparos.

No pierda vmd. las esperanzas, dixé al capitan; vmd. sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará vmd. hoy en vísperas de ver premiados con usura todos sus penosos servicios. No debo lisonjearme con esa esperanza, respondió don Anibal: no hace tres dias que hablé á uno de los secretarios del Ministro; y si he de dar crédito á sus palabras, es preciso prestar paciencia. ¿Y que le dixo á vmd., señor oficial? le respondí; ¿dice que el estado en que vmd. se halla no le parece digno de recompensa? Vmd. lo verá, respondió Chinchilla: este secretario me ha dicho claramen-

te: señor hidalgo, no celebre vmd. tanto su zelo y fidelidad, por haberse expuesto á los peligros por su patria; pues en eso no ha hecho vmd. mas de lo que debia. La sola gloria que resulta de las buenas acciones, es suficiente paga, y debe bastar, principalmente á un español. Desengáñese vmd. si mira como deuda la gratificación que solicita; en caso de concedérsele esta gracia la deberá únicamente á la bondad del Rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al estado. Ya ve vmd., prosiguió el capitan, que poco ó nada tengo que esperar, y que habré de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre honrado quando se le ve padecer: le exhorté á que se mantuviera firme: me ofrecí á ponerle de valde en limpio sus memoriales; y llegué hasta ofrecerle mi bolsillo, suplicándole que tomase lo que quisiese de él. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones no necesitan de muchos ruegos; antes bien se mostró muy pundonoroso, y me dió las gracias. Despues de esto me dixo que por no cansar á nadie, se habia acostumbrado poco á poco á vivir con

tanta sobriedad, que el menor alimento bastaba para su subsistencia; lo que era muy cierto. No se mantenía de otra cosa que de cebollas y ajos; y así solo tenía el pellejo y los huesos. Para que nadie viese sus malas comidas, se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante, á fuerza de súplicas conseguí que cenásemos y comiésemos juntos. Habiendo engañado su vanidad con una compasion ingeniosa, hice que me traxeran mucha mas comida y bebida de la que yo necesitaba; instéle á comer y beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á mis instancias, y perdiendo insensiblemente el temor, me ayudó de su propio motivo á desocupar mi plato, y vaciar mi botella.

Luego que hubo bebido quatro ó cinco tragos, y reconciliado su estómago con un buen alimento, me dixo en tono alegre: en verdad que el señor Gil Blas es bien persuasivo, pues hace de mí lo que quiere. Tiene vmd. un modo tan atractivo que desvanece el temor de abusar de su generosidad. Me pareció que mi capitán habia ya perdido tanto la cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido di-

nero, no lo hubiera rehusado. No quise hacer la prueba, y me contenté con hacerle mi comensal, y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilias, habia aprendido á variar de frases, y aun llegado á ser como una especie de autor. El viejo oficial por su parte se preciaba de poner bien un papel; de modo que trabajando los dos á competencia, componíamos trozos de elocuencia, dignos de los mas célebres catedráticos de Salamanca; pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era, como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los méritos de don Anibal, la corte ningun aprecio hacia de ellos, lo que no excitaba á este inválido á elogiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal humor á su estrella, y daba al diablo á Nápoles, Lombardía y los Paisés Baxos.

Para mayor mortificacion suya ocurrió que habiendo cierto dia recitado en presencia del Rey un soneto sobre el nacimiento de una infan-

ta un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Yo creo que el mutilado capitán se habria vuelto loco si no hubiera yo cuidado de consolarle. Viéndole fuera de sí, le dixé: ¿que es lo que vmd. tiene? nada de esto debía vmd. extrañar; ¿no están de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hay testa coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y hablando aqui entre nosotros, las pensiones dadas á los poetas, transmiten á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, quando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Quantas recompensas no dió Augusto? ¿quantas pensiones concedió de que no tenemos noticia? pero la posteridad mas remota sabrá como nosotros, que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dixé á don Anibal, no pudo digerir el fruto del soneto que se le habia sentado en el estómago, y así resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso antes envidiar el resto,

presentando un memorial al duque de Melar. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer Ministro; alli encontramos á un jóven, quien despues de haber saludado al capitan, le dixo con cariño: ¿mi amado y antiguo amo, es posible que yo vea á vmd. aqui? ¿Que negocio le trae á casa de S. E.? Si necesita de alguna persona de valimiento, no dexé vmd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perico, dixo el oficial, ¿pues qué tienes algun empleo bueno en la casa? á lo menos, respondió el jóven, es bastante para servir á un hidalgo como vmd. Siendo asi, prosiguió sonriéndose el capitan, recurro á tu proteccion. Desde luego soy de vmd., repitió Perico. Dígame vmd. su asunto, y prometo sacar raja del primer Ministro.

Apenas le enteramos de él, quando preguntando donde vivia don Anibal, nos dió palabra de que el dia siguiente se veria con nosotros, y se despidió sin decirnos lo que queria hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Melar. La agudeza del tal Perico excitó mi curiosidad, y quise saber quien era. Es, me dixo el capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y

que habiéndome visto en un estado de indigencia, me dexó por buscar mejor acomodo. No se lo tuvé á mal, porque como se suele decir, por mejoría mi casa dexaria. Es astuto, despejado y entremetido como él solo; pero á pesar de toda su habilidad no me fio mucho del zelo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dixé, que no os sea inútil. Si, por exemplo, es criado de alguno de los principales oficiales del Duque, podrá servir á vmd. de mucho; vmd. no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cabala, que estos tienen familiares favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

Al dia siguiente vino Perico á nuestra posada, y nos dixo: señores, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chincilla, fué porque no estábamos en parage propio para explicarlos, fuera de que queria tentar el vado antes de abrirme con vmds. Han de saber que soy lacayo de confianza del señor baron de Roncal, primer Secretario del duque de Melar. Mi amo, que es muy enamorado, va casi todas las noches á ce-

nar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin, discreta, y que canta con primor, y por esto la llaman la señora Sirena. Como todas las mañanas la llevo un villete, vengo ahora de verla, y la he propuesto finja es tio suyo el señor don Anibal, y que con este engaño empeñe á su cortejo á protegerle. Ha venido gustosa en ello, porque ademas del tal qual provecho que juzga la puede resultar, la es de mucha satisfaccion el que la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto, y mostró repugnancia á hacerse cómplice de una falsedad, y todavia mas á permitir que una aventurera le deshonrase diciendo ser parienta suya; lo que sentia no solamente por sí, sino que creia que esta ignominia retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perico, á quien pareció fuera de razon. ¿Se chancea vmd? exclamó, vea vmd. aqui lo que son los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira vmd., prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios,

en la corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que quiera, que no hay que perderla.

Sostuve el parecer de Perico, y ambos arengamos tanto al capitán, que á pesar suyo le hicimos se fingiese tío de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos entre los tres un nuevo memorial para el Ministro, que despues de revisto, aumentado y corregido, lo puse en limpio, y Perico se lo llevó á la aragonesa, la que aquella misma tarde se lo recomendó al señor Barón, hablándole con tal empeño, que este secretario creyéndola verdaderamente sobrina del capitán, ofreció apoyarlo. El efecto de esta trama lo vimos dentro de pocos días. Perico volvió victorioso á nuestra posada: buenas nuevas tenemos, dixo á Chinchilla: el Rey hará una distribución de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será vmd. olvidado; y así se me ha encargado os lo asegure; pero al mismo tiempo se me ha prevenido pregunte á vmd. qué hace ánimo de regalar á Sirena. Por lo que respeta á mí, digo, que nada quiero; porque pre-

fiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi amo antiguo ; pero no corre parejas conmigo la ninfa de Albarracín : es algo interesada quando se trata de servir al próximo , y siendo capaz de tomar dinero de su mismo padre , vea vmd. si rehusará el de un tio postizo.

Diga quanto quiere , dixo don Anibal : si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar , se la prometo , y me parece que es bastante dádiva , aun quando se tratára de todas las rentas de S. M. católica. Si yo fuera , replicó el mercurio del baron de Roncal , me fiaria de la palabra de vmd. , pues sé que no faltará á ella ; pero tenemos que hacer con una niña naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella apetecerá mas que vmd. la dé desde luego , y por una sola vez en dinero contante , las dos terceras partes de su renta. ¿ De donde diablos quiere ella que yo lo saque ? interrumpió ásperamente el oficial ; ¿ cree por ventura que soy algun contador mayor ? sin duda que no la has dicho la escasez de medios en que me hallo. Perdone vmd. , re-

puso Perico, sabe muy bien que vmd. está mas pobre que Job: no puede ignorarlo despues de lo que la tengo dicho; pero pierda vmd. cuidado, que soy hombre fertil en hallar arbitrios. Conozco á un pícaro usurero, ya viejo, que acostumbra á prestar su dinero al diez por ciento; vmd. le hará ante escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vmd. rebaxada la usura. En orden á la fianza el prestador se contentará con vuestra casa de Chinchilla tal como esté, por lo que sobre este punto no tendrán vmds. disputa.

El capitán aseguró que siempre que lograrse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el día siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto se verificó que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió quantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos, y se volvió á Castilla la nueva con algunos doblones que le habian quedado.

## CAPITULO XIII.

ENCUENTRA GIL BLAS EN MADRID A SU QUERIDO AMIGO FABRICIO, Y DE LA GRANDE ALEGRIA QUE DE ELLO RECIBIERON. ADONDE FUERON LOS DOS, Y DE LA CURIOSA CONVERSACION QUE TUVIERON.

Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes alli me parecian desnudos de aquel resplandor que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba cantoneándome por aquellas galerías, haciendo como otros muchos una figura ridícula, atisé á Fabricio, á quien habia dexado en Valladolid sirviendo al administrador del hospital. Lo que me admiró en extremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medianadionis, y el marques de Granta Suz. A mi parecer estos dos señores gustaban de oírle; además de esto él iba vestido como un caballero. Si me engañaré, me decia, ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? puede que sea

algun cortesano que se le parezca. Salí pronto de la duda ; idos los señores , me acerqué á Fabricio , quien conociéndome inmediatamente me agarró de la mano , y luego que salimos á la calle , me dixo abrazándome : mi amado Gil Blas , me alegro mucho de verte. ¿ Que haces en Madrid ? ¿ estás todavía sirviendo ? ¿ tienes algun empleo en la corte ? ¿ en que estado tienes tus asuntos ? díme todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Me preguntas muchas cosas á la vez , le respondí ; y el lugar donde estamos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon , me dixo , mejor estaremos en mi casa ; vente conmigo que no está lejos de aqui. Estoy libre , alojado cómodamente , vivo contento , y soy feliz , pues creo serlo.

Accepté el partido , y acompañé á Fabricio , quien me detuvo al llegar á una casa de bella fachada , en la que me dixo vivia. Atravesamos un patio que tenia á un lado una gran escalera que conducia á unos aposentos soberbios , y por el otro una subida tan obscura como estrecha , por donde fuimos á la vivienda que me habia

ponderado, la qual se reducía á una sala, en la que mi ingenioso amigo habia hecho quatro divisiones con tablas de pino, sirviendo la primera de antesala á la segunda, en donde dormia, la tercera de despacho, y la última de cocina. La sala y antesala estaban adornadas de mapas, papeles de conclusiones; y los trastos que correspondian á la colgadura, consistian en una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de sarga amarilla, guarnecida de una franja de seda de Granada del mismo color, una mesa con pies dorados, cubierta de un cordoban, que parecia haber sido encarnado, y ribeteado con una franja de oro falso, tomado con el tiempo, un armario de ébano, adornado de figuras esculpidas groseramente. En su despacho habia una mesita; y su biblioteca se componia de algunos libros y muchos legajos de papeles que tenia en unas tablas puestas unas sobre otras á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia á lo demas, contenia vidrioado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues que me dexó mirar bien su habitacion, me dixo: ¿que juicio haces tú de mi equipage y

vivienda? ¿no te ha encantado verla? A fe mia que sí, le respondí sonriéndome; precisamente tú haces tu negocio en Madrid, pues tu casa está tan bien alhajada. Sin duda tienes algun buen empleo. No lo permita el cielo, me replicó. Mi ocupacion es mas provechosa que quantos empleos hay en el mundo. Un sugeto de distincion de quien es esta casa, me ha dexado una sala, de la que he hecho quatro piezas que he adornado como ves; á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada. Háblame con claridad, le dixé, pues ha crecido en mí el deseo de saber tus cosas. Está bien, me dixo, voy á complacerte: soy escritor, me he dedicado á la literatura, has de saber que escribo en verso y prosa; en suma hago á pluma y á pelo.

¡Tú favorecido de Apolo! exclamé riéndome. Cosa es esta que jamas hubiera adivinado; nada me hubiera sorprendido tanto. Dime, ¿que atractivo ha podido moverte para echarte á poeta? me parece que á semejantes gentes las desprecian en la vida civil, y que no son las mas ricas. ¡Oh! quítate allá, replicó: eso es bueno para aquellos miserables autores,

cuyas obras son la mofa de los librerros y de los cómicos. ¿Que es de extrañar que no se estimen tales obras? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo en otro concepto; y yo sin vanidad puedo decir que soy de este número. No lo dudo, le dixé, tú eres un mozo de gran talento, y así tus composiciones no pueden ser malas; pero lo que deseo saber, y me parece digno de mi curiosidad, es cómo te ha dado la manía de escribir.

Tu admiracion es fundada, dixo Nuñez. Estaba tan contento con mi suerte en casa del señor Manuel Ordoñez, que de ninguna manera deseaba otra; pero habiendo superado poco á poco mi ingenio, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que representaron los cómicos de Valladolid. Aunque no valia un pito, fué muy aplaudida, de lo que inferí que el público era una vaca mansa de leche, que fácilmente se dexaba ordeñar. Esta reflexión, y la locura de componer nuevas piezas, me hicieron dexar el hospital. La inclinacion á la poesia me quitó la de las riquezas; y para adquirir buen gusto, determiné venir á Madrid, como

á centro de los ingenios. Me despedí del administrador, quien, como me amaba tanto, sintió bastante mi resolución, y me dixo, por que queria dexarle, que si acaso me habia dado sin pensar algun motivo de disgusto. No señor, le respondí, vmd. es el mejor amo que se puede encontrar, estoy agradecidísimo á sus favores; pero bien sabe que cada uno debe seguir su estrella, y la mia me parece es la de eternizar mi nombre con obras de ingenio. ¡Que desatino, me replicó aquel buen hombre! ya estás naturalizado en el hospital, y eres de la cantera de los mayordomos, y aun de los administradores. Quieres dexar lo sólido para pasar el tiempo en fruslerías. El mal es para tí, hijo mio.

Viendo el administrador que era predicar en desierto, me pagó mi salario, y en reconocimiento de mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados, de modo que con esto, y lo que habia podido juntar en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me vi en estado de presentarme decentemente en Madrid, lo que no dexé de hacer; aunque los escritores de nuestra

nacion no cuiden mucho del aseo. Inmediatamente hice conocimiento con Lope de Vega Carpio , Miguel de Cervantes Saavedra , y los demas célebres autores ; pero con preferencia á estos dos grandes hombres. Elegí para preceptor mio á un jóven bachiller Cordobés , el incomparable don Luis de Góngora , ingenio el mas bello que jamas ha producido España, el qual no quiere que sus obras se impriman mientras viva , contentándose únicamente con leérselas á sus amigos. Lo mas particular en él es que la naturaleza le ha dotado del raro talento de acertar en toda suerte de poesías , principalmente en las piezas satíricas ; ese es su fuerte. No es como Lucilio , un torrente turbio , que arrastra consigo mucho cieno ; sino el tajo , cuyas aguas puras corren por arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de ese Bachiller , le dixé , que desde luego digo que una persona de tanto mérito tendrá muchos envidiosos. Asi es , dixo ; todos los autores , los buenos y los malos , le muerden : uno dice que su estilo es hinchado , que gusta de conceptillos , metáforas y transposi-

ciones: sus versos, dice otro, se parecen en lo oscuros á los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes Salios, y que nadie entendia; tambien hay quien le censura de que tan presto hace sonetos ó romances, y tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente se hubiera propuesto deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se embotan dando en una musa amada de los grandes, y del pueblo. Tal es el maestro que escogí, y me atrevo á decir sin vanidad que le imito: habiéndome bebido de tal modo su espíritu que ya compongo pedazos encumbrados, y abstrusos que no los juzgaria indignos de sí. Tambien sigo su exemplo vendiendo mis producciones en casa de los grandes, siendo recibido con gran distincion en ellas, y en donde hallo gentes que no son mal contentadizas. Es verdad que mi modo de recitar es eficaz y alhagüeño, lo que no daña á mis composiciones. En fin, muchos señores me estiman, y sobre todo vivo con el duque de Medianadionis, como Horacio con Mecenas. Ve aqui, prosiguió,

de que modo me he transformado en autor ; nada mas tengo que contarte: á tí , Gil Blas , toca ahora el referir tus hazañas.

Hicelo muy por menor , suprimiendo todo aquello que me pareció no era del caso. Despues se trató de comer , y sacó de su armario de ébano servilletas , pan , un pedazo de lomo de carnero asado , una botella de vino exquisito , y nos pusimos á la mesa con aquella alegría que experimentan dos amigos que se encuentran al cabo de una larga ausencia. Ya ves , me dixo , mi vida libre é independiente. Pudiera seguir el exemplo de mis compañeros , comiendo todos los dias en casa de las personas distinguidas ; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa , soy un nuevo Aristipo ; pues tan contento estoy con el trato del mundo como con el retiro , con la abundancia como con la frugalidad.

Nos supo tan bien el vino que fué menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le di á entender tendria gusto en ver algunas de sus obras. Al instante sacó de entre sus papeles un soneto que me leyó con

énfasis; pero á pesar del fuego con que lo leyó, me pareció tan obscuro que nada pude comprender. Conociólo, y me dixo: el soneto no te ha parecido muy claro; ¿no es así? Le confesé que hubiera querido algo mas de claridad; riyóse de mí, y prosiguió: este soneto, amigo, lo mejor que tiene es el no ser inteligible. Los sonetos, las odas y las obras que piden sublimidad, no quieren estilo sencillo y natural; ántes bien la obscuridad es su carácter, y en ella consiste su mérito. Con que el poeta crea que se entiende es bastante. ¿Te chanceas? le dixé: todas la poesías, sean de la naturaleza que sean, piden buen juicio y claridad; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas que tú, decaerá mucho en mi opinion: quando mas, agrada-  
rá y engañará á su siglo; pero de otro modo juzgará de él la posteridad. Mas veamos ya tu prosa.

Enseñóme un prólogo que me dixo pensaba poner á la frente de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo, y me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa, le dixé, que tus versos. El soneto es una algaravía; en el prólogo hay ex-

presiones demasiado estudiadas, palabras que el público no conoce, frases enredosas, y en una palabra, tu estilo es extravagante, y muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡Pobre ignorante, exclamó Fabricio! ¿no sabes tú que todo prosador que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada, afecta esta singularidad de estilo, estas expresiones revesadas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis innovadores atrevidos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro, y con la ayuda de Dios, lo hemos de conseguir á pesar de Lope de Vega, Cervantes, y de todos los demas ingenios que critican nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte personas distinguidas, y aun contamos teólogos en nuestro partido.

Sobre todo, continuó, nuestro designio es loable; y fuera de preocupaciones, nosotros somos mas apreciables que aquellos escritores naturales que se explican en el lenguaje del comun de las gentes. No sé por que diablos merecen el aprecio de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Ate-

nas y Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dixo á Alcibiades que el comun era un maestro excelente de la lengua; pero en Madrid es otra cosa, aqui tenemos estilo bueno y malo, y los cortesanos se explican de un modo diferente que el pueblo. En fin, desengáñate, que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gallardia de nuestra diccion á la baxeza de la suya. Ellos dirian por exemplo, llanamente: *los intermedios hermostean una comedia*. Y nosotros con mas gracia decimos: *los intermedios hacen hermosura en una comedia*. Observa bien este *hacer hermosura*: ¿percibes tú toda la brillantez, la delicadeza y gracia que esto contiene?

Habiendo interrumpido á mi innovador con una carcajada, le dixé: ve al diablo con tu language culto: tú eres un estrafalario. Y tú con tu estilo natural, repuso él, eres un gran bestia; ve, prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada: *ve á mi tesorero que te dé cien ducados, y el cielo te guie con esa suma*. A Dios, señor Gil Blas: deseo

*á vmd. algo de mas gusto.* Repetí mis carcajadas al oír esta pulla; y Fabricio sin perder nada de su buen humor, me perdonó el desacato con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salimos con ánimo de ir á pasearnos al prado; pero al pasar por la puerta de un puesto de licores nos dió gana de entrar.

A esta casa concurrían regularmente gentes de forma. Vi entretenerse de varios modos á algunos caballeros en dos quartos separados. En el uno jugaban á la primera y al alxedrez, y en el otro habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para oír que el asunto de la contienda era un punto de metafísica; porque era tal el calor é ímpetu con que hablaban, que no parecían sino dos endiablados. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro, se hubieran visto salir demonios de sus narices. ¡Válgame Dios! dixé á mi compañero, ¡Que viveza, qué pulmones! no parece sino que aquellos dis-

putadores habian nacido para pregoneros. La mayor parte de los hombres yerran su vocacion. Asi es la verdad, respondió, estas gentes descienden al parecer de Novio, aquel banquero romano, cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus altercaciones, es que atolondran los oidos infructuosamente. Dexamos á estos metafisicos gritadores, y con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habian causado. Nos fuimos á un rincón de otro quarto, y habiendo bebido algunas copas de vino generoso, principiamos á exâminar á los que entran y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos, dixo con exclamacion: como hay sanes que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en gran rato, pero á bien que llega tropa de refresco: los tres primeros no tardarán en tomar partido. Pero ¿ves esos dos sugetos originales que salen? pues la personilla morena, seca, y cuyos cabellos lacios y largos le caen en partes iguales por detras y delante, se llama don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que pica de petimetre. El otro

dia fuimos un amigo y yo á comer con él, y le sorprendimos en una ocupacion muy singular; se divertia en su estudio tirando, y haciéndose traer por un lebrel los papeles en derecho que debia mirar, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama don Querubin Tupido; es canónigo de la iglesia de Toledo, y el hombre mas negado del mundo. No obstante, al ver su ayre placentero, la viveza de sus ojos, su risa fingida y maliciosa, le tendrán por sabio, y de gran perspicacia. Quando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda, pone la mayor atencion, como si penetrara el asunto de ella; pero maldita la cosa que entiende. Éste fué uno de los convidados en casa del togado, en donde se dixeron cosas muy agudas, sin que á mi don Querubin se le oyese el metal de la voz; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes, daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dixé á Nuñez, á aquellos dos capirotos que están de codos sobre

una mesa en el rincón , hablando tan baxo y de cerca , que parece que se besan? No , me respondió , no los he visto en mi vida ; pero segun todas las apariencias serán políticos de café que murmuran del gobierno. ; Ves á ese caballereite que silvando se pasea por este quarto , sosteniéndose ya sobre un pie , y ya sobre el otro? pues es don Agustin Moreto , poeta mozo que muestra gran talento. Aquel á quien se acerca , es uno de sus compañeros , que compone versos prosaicos ó prosa en rimas , y á quien tambien sopla la musa.

Todavía hay mas autores , prosiguió , señalándome dos hombres de espada que entraban : no parece sino que se han citado para venir á pasar revista delante de tí. Ve allí á don Bernardo Deslenguado , y á don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un espíritu lleno de hiel , que parece ha nacido baxo el dominio de Saturno , un hombre dañino , que se complace en aborrecer á todo el mundo , y á quien nadie ama. Por lo que hace á don Sebastian , es un mozo de buena fe , un autor muy concienzudo. Poco hace que dió al teatro una pieza que ha

gustado en extremo , y por no abusar mas tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngorra se preparaba para continuar explicándome las diferentes figuras del quadro variable que teníamos presente, quando vino á interrumpirle un gentil-hombre del duque de Medianadionis, diciéndole: señor don Fabricio, vengo en busca de vmd. para decirle que S. E. el Duque mi señor tiene que hablarle , y espera á vmd. en casa. Sabiendo Nuñez que para contentar el deseo de un gran señor no hay priesa que baste , me dexó por ir á ver lo que le queria su Mecnas, y yo quedé muy admirado del trato que le daban de don, viéndole transformado en el barbero Chrisóstomo , su padre.

#### CAPITULO XIV.

COLOCA FABRICIO A GIL BLAS EN CASA  
DEL CONDE DE GALIANO , TÍTULO  
DE SICILIA.

**E**l gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa.

Buenos dias , le dixé al entrar , señor don Fabricio , flor y nata de la nobleza asturiana. Al oirme se echó á reir; ¿tú has notado , me dixo , que me han tratado de don? Sí , caballero mio , le respondí , y permíteme te diga que ayer quando me contaste tu transformación , te olvidaste de lo mejor. Ciertamente , respondió ; pero en verdad que si he tomado este dictado de honor , no ha sido tanto por vanidad , como por acomodarme á la de los otros. Bien conoces el mundo ; maldito el caso que hacen de un hombre honrado , si tiene la desgracia de ser pobre ó plebeyo. Ademas puedo decirte que conozco tantas gentes , y Dios sabe que clase de gentes , que hacen les llamen don Francisco , don Gabriel , don Pedro , ó don como tú quieras llamarle , que es preciso confesar que la nobleza es una cosa comunísima , y que un plebeyo que tiene mérito , la honra quando quiere agregar-se á ella.

Pero mudando de conversacion , añadió , sabrás que anoche durante la cena en casa del duque de Mediana-dionis , en donde entre otros convidados se hallaba el conde de Galiano , se

habló largamente sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré de hallar ocasion de divertir á la concurrencia sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Puedes imaginar quanto reirian, y qué apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no ha tenido malas resultas para tí, porque se han compadecido, y despues de haberme hecho el conde de Galiano muchas preguntas acerca de tu modo de portarte, á las quales puedes considerar respondí como debia, me dió el encargo de que te presente á él, y en el instante iba á buscarte á este fin. Segun parece quiere nombrarte por uno de sus secretarios; y yo te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este señor te hallarás perfectamente; es rico, y hace en Madrid un gasto de embaxador. Dicen ha venido á la corte á tratar con el duque de Melar sobre ciertas haciendas que pertenecen al Rey en Sicilia, y que el Ministro está en ánimo de enagenar. En fin, el Conde, aunque siciliano, es generoso, recto é ingénuo. No puedes hacer mejor cosa que acomodarte con este señor.

Habia resuelto, dixé á Nuñez, dar-

me buena vida paseándome y divirtiéndome antes de ponerme á servir; pero me dices tanto bien del Conde siciliano que me haces mudar de intencion. Ya quisiera estar con él. Pronto lo estarás , me dixo , ó yo me engaño mucho. Salimos ambos para ir á casa del Conde , la qual era la de don Sancho de Avila su amigo , quien estaba entónces en un lugar.

Encontramos en el patio muchos pages y lacayos con libreas ricas y galanas , y en la antesala muchos escuderos y gentileshombres, y otros criados. Si los vestidos eran magníficos , las caras eran tan extravagantes , que se me figuraron una tropa de monos vestidos á la española. Dígase que hay caras de hombres y mugeres , á las quales ninguna hermosura puede dar el arte.

Habiendo don Fabricio hecho entrar recado , fué admitido inmediatamente en la sala adonde le seguí. Estaba el Conde en bata , sentado en un sofá , y tomando chocolate. Le saludamos con demostraciones del mas profundo respeto , y él nos correspondió inclinando la cabeza , y con un aspecto tan afable , que le cobré gran-

de inclinacion: efecto admirable y ordinario que hace en nosotros el favorable acogimiento de los grandes. Es menester para que nos disgusten, que sea mucho el desprecio con que nos reciban.

Despues que tomó el chocolate, se divirtió algun tiempo en jugar con un gran mono al que llamaba cupido. Ignoro por qué le pusieron el nombre de este dios á aquel animal, á no ser que fuese por causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no lo parecia; pero tal qual era, su amo tenia puesto todo su cariño en él, y estaba tan prendado de sus gracias, que no le soltaba de los brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos hechizaban, lo que complació mucho al siciliano, quien suspendió aquel pasatiempo para decirme: en mano de vmd. está, amigo mio, ser uno de mis secretarios. Si le conviene á vmd. el partido, le daré doscientos doblones al año; á mí me basta que don Fabricio sea quien presente á vmd. y responda de su conducta. Sí señor, exclamó Nuñez, yo supero en valor á Platon, que no se atrevió á salir por fiador de un amigo

suyo al que enviaba á Dionisio el tirano ; pero no temo que el que presento me dexé mal.

Di con una reverencia al poeta de Asturias las gracias de su atrevimiento generoso , y despues dirigiéndome al amo , le aseguré de mi zelo y fidelidad. Apenas vió este señor que su propuesta me habia agradado , quando hizo llamar á su mayordomo , á quien habló en secreto , y en seguida me dixo : Gil Blas , luego te diré en lo que pienso emplearte , entretanto ve con mi mayordomo , que ya le he dado orden de lo que ha de hacer de tí. Obedecí dexando á Fabricio con el Conde y Cupido.

El mayordomo , que era un mesinés gran páxaro , me llevó á su quarto atestándome de cumplimientos. Hizo llamar al sastre de la casa , y le mandó hacerme prontamente un vestido de igual magnificencia que los de los criados mayores. El sastre me tomó la medida y se retiró. En quanto á vuestra habitacion , dixo el mesinés , os he destinado una que os gustará : ea , pues , prosiguió , se ha desayunado vmd. ? respondíle que no. Pobre mozo , me dixo , ¿por que no habla

vmd. ? aqui está todo á pedir de boca ; venga vmd. le llevaré á un parage en donde á Dios gracias , nada falta.

Hízome baxar á la despensa, en la que hallamos al repostero , que era un napolitano que se las podia apostar á un mesinés , de modo que pudiera decirse de ambos que eran á qual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis amigos suyos atracándose de jamon , lenguas de vaca , y otros manjares salados que les hacian menudear los tragos. Entramos en el corro , y les ayudamos á apurar los mejores vinos del señor Conde. Mientras esto pasaba en la repostería , se representaba la misma comedia en la cocina , en donde el cocinero tambien obsequiaba á tres ó quatro conocidos suyos , quienes no bebian menos vino que nosotros , y se hartaban de empanadas de conejos y perdices. Hasta los galopines de cocina tenian sus alegrones con lo que podian pescar. Yo pensé estar en el puerto de arrebatacapas , y en una casa entregada al pillage ; pero quanto yo veia era nada en comparacion de lo que me quedaba que ver.

## CAPITULO XV.

DE LOS EMPLEOS QUE EL CONDE DE  
GALIANO DIÓ EN SU CASA  
A GIL BLAS.

**H**abiendo salido á hacer llevar el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al Conde en la mesa con muchos señores, y el poeta Nuñez, que con ayre desembarazado se hacia servir como uno de tantos, y se mezclaba tambien en la conversacion. Al mismo tiempo observé, que no decia palabra que no cayese en gracia á la compañía. ¡ Viva el entendimiento! el que lo tiene puede hacer quantos papeles quiera.

Por lo que á mí toca, comí con los criados mayores, que fuéron servidos con igual abundancia casi que el amo. Acabada la comida, me retiré á mi quarto, en donde reflexionando sobre mi condicion, me dixé á mí mismo: muy bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un Conde siciliano, cuyo carácter no conoces: si hemos de juzgar por las apariencias, estarás tan contento en su casa como el pez en el agua; pero

no se debe apostar por nada; y la malignidad de tu estrella te ha hecho ver muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Además de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo: ¿en que querrá que tú le sirvas? Al parecer quiere que lleves el caducéo: sea enhorabuena. No podrias entrar con mejor pie en casa de un señor para hacer una fortuna rápida. Sirviendo empleos honrosos se camina lentamente, y no siempre se consigue el fin.

En medio de estas bellas reflexiones llegó un lacayo, y me dixo que todos los caballeros que habian comido en casa, se habian marchado, y que su señoría me llamaba. Fuí volando á su aposento, en donde le encontré echado en un sofá para dormir la siesta, y con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dixo, toma una silla y óyeme. Obedecile, y me habló en estos términos: me ha dicho don Fabricio, que entre otras buenas qualidades, tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas cosas me han determinado á proponerte entres en casa: me hace falta un criado que me tenga afecto, cuide de

mis intereses , y ponga todo su cuidado en conservar mis bienes: soy á la verdad rico ; pero mis gastos exceden todos los años á mis rentas. ¿Y por que? porque me roban, porque me saquean. En fin , vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones: sospecho que mi mayordomo y mi repostero caminan de acuerdo ; y si no me engaño , ve aqui mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo tan bribones por que no los despido ; ¿pero en dónde encontraré otros que sean de mejor barro? Es preciso contentarme con hacer que vigile sobre ellos una persona encargada de inspeccionar su conducta. A tí, Gil Blas , he elegido para el desempeño de esta comision. Si la evacuas bien , ten por cierto que no habrás servido á un ingrato. Cuidaré de emplearte muy ventajosamente en Sicilia.

Despues de haberme hablado de esta manera , me despidió , y aquella misma noche delante de todos los criados fuí proclamado por superintendente de la casa. Por el pronto no fué muy sensible esta novedad al mesinés y napolitano , porque yo les parecia un pi-

carillo de buena composicion, y contaban con que partiendo conmigo la torta, tendrian libertad para continuar su rumbo; pero al dia siguiente se hallaron muy chasqueados quando les manifesté que yo era enemigo de toda malversacion. Dixe al mayordomo me diese una razon de las provisiones: visité la cueva, registré lo que habia en la repostería, quiero decir, la vaxilla y ropa de mesa, y despues les exhorté á conservar el caudal del amo, á usar de economía en el gasto, y acabé mi exhortacion con asegurarles que daria cuenta á su señoría de quanto malo viese hacer en su casa.

No paré aqui, pues quise tener una espía para descubrir si habia alguna inteligencia entre ellos, y á este fin me valí de un marmiton, que engolosinado con mis promesas, me dixo que no podia haber escogido á otro mas á propósito que él para saber lo que pasaba en casa: que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte: que todos los dias enviaban fuera la mitad de las provisiones que se compraban para el mantenimiento de la casa: que el napolitano obsequiaba á una dama que

vivia en frente del colegio de santo Tomás; y el mesinés á otra en la puerta del Sol: que estos dos caballeros hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda suerte de comestibles: que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad; y que en agradecimiento de los servicios que hacia á los otros dos señores sus compañeros, era dueño tambien de disponer de los vinos de la cueva. Finalmente, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacia en casa del señor Conde. Si vmd. no me cree, añadió el marmiton, tómese vmd. el trabajo mañana por la mañana de estar á las siete cerca del colegio de santo Tomás. Vmd. me verá cargado con un esportillo que le hará ver que no miento. ¿Eres tú, le dixé, el mandadero de esos galanes generosos? Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.

Esta noticia me pareció era digna de averiguarse. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colegio de santo Tomás á la hora señalada. No tuve que aguardar mucho á mi espía,

pues inmediatamente le vi llegar con un gran esportillo lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas, y puse en mi libro de memoria una relacion puntual de ellas; y despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su encargo, fuí á dar parte á mi amo.

El señor siciliano, que era de genio vivo, quiso en el primer impulso despedir al napolitano y al mesinés; pero despues de haberlo pensado, se contentó con desconfiar enteramente del último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente quedó suprimido poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me pesó. Hablando con verdad, yo venia á ser una espía honrada, y mi empleo no era durable, quando siendo señor mayordomo tenia á mi disposicion el dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado de mas suposicion en casa de un señor; y son tantos los pequeños provechos que da de sí la mayordomía, que podria enriquecerse sin faltar á la honrra de bien.

El bellaco del napolitano no dexó por eso sus malas mañas; y advirtien-

do que yo tenia un zelo riguroso, y que asi no dexaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraba, no las extraviaba; pero el pícaro continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de lo sobrante de la mesa que de derecho le tocaba, halló medio de enviar la carne cocida á su queridita, ya que no podia cruda. El diablo nada perdía, y el Conde nada habia adelantado con tener por mayordomo al fenix de este empleo. La excesiva abundancia que vi reynar en las comidas, me hizo adivinar este nuevo ardid, é inmediatamente puse en ello remedio, despojándolas de todo lo superfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia, que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que siempre continuaba la misma profusion, y con todo no dexé de disminuir con esta economía considerablemente el gasto. Ve aqui lo que deseaba el amo; queria ahorrar sin parecer menos espléndido; de suerte que su avaricia se sujetaba á su ostentacion.

No pararon aqui mis providencias,

porque tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que habia tambien trampa. Efectivamente, sí, por exemplo, habia doce á la mesa de su señoría, se bebian cincuenta, algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de causarme admiracion. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi galopin de cocina, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie se rezelaba de él. Me dixo que el desperdicio de que yo me quejaba, procedia de una nueva liga que se habia formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que servian el vino á la mesa: que estos se llevaban las botellas medio llenas, y las partían despues entre los confederados. Reñí á los lacayos, y les amenacé de echarlos á la calle si volvian á incurrir en ello, y esto bastó para que se enmendasen. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su beneficio; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Yo por mi parte recompensé

al marmiton que me hacia tan buenos oficios , haciéndole ayudante de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las casas principales.

El napolitano rabiaba de ver que siempre andaba tras de él ; y lo que sentia mas vivamente era el tener que aguantar mis reparos siempre que me daba las cuentas , porque para quitarle el motivo de sisar me tomé la molestia de ir á los mercados , é informarme del precio de los géneros , de suerte , que le esperaba con esta prevencion ; y como él no dexaba de querer remachar el clavo , yo le rechazaba vigorosamente : yo estaba muy persuadido á que me maldeciria cien veces al dia , pero la causa de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé cómo podia resistir á mis pesquisas , ni cómo seguir sirviendo al señor siciliano. No hay duda que á pesar de todo esto él hacia su agosto.

Contaba á Fabricio , á quien veia algunas veces , mis inauditas proezas económicas ; pero le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios , me dixo un dia , que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinterés ; pero ha-

blando aqui para los dos , creo que saldrias mas bien librado si no te estrellases tanto con el mayordomo. ¿ Pues qué , le respondí , este ladron ha de tener la osadia de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que quatro ? ¿ y quieres tú que pase yo esta partida ? ¿ Y por que no ? replicó serenamente ; que te dé la mitad del aumento , y hará las cosas en forma. A fe mia , amigo , continuó meneando la cabeza , que no te sabes gobernar. Tú á la verdad echas á perder las casas , y tienes traza de servir mucho tiempo , pues no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Sabe que la fortuna es semejante á aquellas petimetras vivas é inconstantes á quiénes no pueden sujetar los galanes tímidos. Reíme de las expresiones de Nuñez , quien por su parte hizo otro tanto , y quiso persuadirme á que aquello habia sido solo una chanza ; se avergonzaba sin duda de haberme dado un mal consejo inútilmente. Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y zeloso , atreviéndome á asegurar que en quatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.

## CAPITULO XVI.

DEL ACCIDENTE QUE ACOMETIÓ AL MONO DEL CONDE DE GALIANO, Y DE LA PENA QUE CAUSÓ A ESTE SEÑOR. COMO GIL BLAS CAYÓ MALO ; Y QUALES FUERON LAS RESULTAS DE SU ENFERMEDAD.

El sosiego que reynaba en la casa, lo turbó extrañamente un suceso que al lector le parecerá una bagatela; pero que no obstante llegó á ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que he hablado, aquel animal tan querido del amo, al saltar un dia de una ventana á otra, tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pata. Apénas supo el Conde esta desgracia quando empezó á dar gritos como una muger; y movido de su extremo sentimiento, echó la culpa á sus criados sin excepcion de persona, y poco faltó para que los echara á todos á la calle. No obstante, contuvo su ira, y se contentó con maldecir nuestro descuido, y darnos mil epítetos con palabras desmedidas. Inme-

diatamente hizo llamar á los cirujanos mas hábiles de Madrid para las roturas y dislocaciones de huesos. Examinaron la pata del herido, repusieron el hueso en su lugar, y la vendaron; pero por mas que asegurasen no ser cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo dexase de hacer quedar á uno de ellos para que asistiese al animal hasta su perfecta curacion.

Yo haria mal si pasara en silencio las penas é inquietudes que tuvo el señor siciliano durante este tiempo. ¿Es creible que no se apartaba en todo el día de su Cupido? Estaba presente quando le curaban, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verle. Lo mas penoso era que con precision habían de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre levantados, para estar prontos á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no hubo en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia, curada de su caída, volvió á sus saltos y volteretas ordinarias. A vista de esto bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio, quando dice que Calígula amaba tanto á su caballo que le pu-

so una casa ricamente alhajada con criados para servirle, y que tambien queria hacerle Cónsul. Mi amo no estaba menos enamorado de su moño, y con gusto le hubiera nombrado corregidor.

— Por desgracia mia yo me distinguí mas que todos los criados en complacer al amo, y trabajé tanto en cuidar de su Cupido, que caí enfermo. Me dió una fuerte calentura, que se agravó de modo que perdí el sentido. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve si me muero ó no; y solamente sé que mi mocedad luchó tanto con la calentura, y aun puede ser con los remedios que me dieron, que al fin recobré el conocimiento. El primer uso que hice de él, fué observar que estaba en un quarto diferente del mio; quise saber por qué, y se lo pregunté á una vieja que me asistia; pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido expresamente. Quando uno está bueno, ordinariamente se burla de estos doctores; pero en estando malo se somete dócilmente á sus recetas.

Aunque mas desease hablar con mi

asistentas, tomé la determinacion de callar; y estaba pensando en esto á tiempo que entraron dos como petimetres muy desembarazados, con vestidos de terciopelo, y buenas vueltas guarnecidas de encaxes; y asi me imaginé que eran algunos señores, amigos de mi amo, los quales por atencion á él, me venian á ver. En esta inteligencia me esforcé é incorporé, y por política me quité el gorro; pero mi asistente me volvió á tender á la larga, diciéndome que aquellos señores eran el médico y el boticario que me asistian.

El doctor se acercó, me pulsó, miróme atentamente el rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion, se revistió de un aspecto victorioso, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dixo que solo faltaba tomase una purga para acabar su obra; y que en vista de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte, dictó al boticario una receta, mirándose al mismo tiempo á un espejo, atusándose el pelo, y haciendo tales gestos, que no pude dexar de reirme á pesar del es-

tado en que me hallaba. Hízome una cortesía , y se marchó , pensando mas en su semblante , que en las drogas que habia recetado.

Luego que salió , el boticario , que sin duda no fué á mi casa en vano , se preparó para executar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no se daria buena maña , ó sea para hacer valer mas el género , quiso operar por sí mismo ; pero á pesar de su destreza , apenas me habia disparado la carga , quando , sin saber cómo , la rechazé sobre el manipulante poniéndole el vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una toalla , se limpió sin decir palabra , y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas.

A la mañana siguiente volvió vestido mas llanamente , aunque nada tenia que aventurar ya , y me traxo la purga que el doctor habia recetado la noche antes. Yo me sentia por momentos mejor ; pero fuera de eso , habia cobrado tanta aversion desde el dia anterior á los médicos y boticarios , que maldecia hasta las universidades en donde á estos señores se les

da la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion declaré con enojo que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario á quien maldita de Dios la cosa se le daba que yo diera el destino que quisiera á su medicina, con tal que se la pagase, la dexó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el qual estaba tan fuertemente preocupado que habria creido bebia veneno si lo hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dixé con voz firme á la que me cuidaba, que lo que absolutamente queria era me diese noticias de mi amo. La vieja que temia excitar en mí una alteracion peligrosa si me respondia, ó por el contrario, que si dexaba de satisfacerme irritaria mi mal, se detuvo un poco, pero la insté con tal viveza, que al fin me respondió: caballero, vmd. no tiene mas amo que á vmd. mismo. El conde de Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increíble lo que oía; pero nada era mas cierto. Este señor

desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, tuvo la bondad de hacerme trasladar con lo poco que tenia á una posada, en donde me dexó abandonado sin mas ni mas á la providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo tuvo orden de la corte, para que se restituyese á Sicilia, y se marchó tan aceleradamente que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de distincion suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta fué la que me lo contó todo, y me dixo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no muriese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ¡A Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡á Dios mis mas dulces esperanzas! Quando os suceda alguna gran desgracia, dice un papa, exâminaos bien, y encontrareis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa. Con perdon de este santo padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi fatalidad en aquella ocasion.

Quando vi desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza , lo primero que se me previno fué mi balija , que hice traer á mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré : ¡ ay de mí ! ¡ mi amada balija , exclamé , único consuelo mio ! á lo que veo has estado á la merced de manos ajenas. No , no , señor Gil Blas , me dixo entónces la vieja , crea vmd. que nada le han robado. He guardado su maleta lo mismo que mi honra.

Encontré el vestido que llevaba quando entré á servir al Conde ; pero busqué en vano el que me mandó hacer el mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dexármelo , ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo demas estaba alli , y tambien una bolsa grande de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces , porque no hallando mas que cincuenta doblones , no creí la primera quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que dexé en ella antes de mi enfermedad. ¿ Que es esto , mi buena madre , dixe á mi asistente ? Mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha llegado á él , respondió la vieja , y he gastado lo menos que

me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre dando dinero. Vea vmd., añadió la buena económica, sacando de la faltriquera un legajo de papeles, vea vmd. una cuenta del gasto tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la cuenta que tenía muy bien sus quince ó veinte hojas. ¡Válgame Dios! ¡quantas gallinas se habian comprado mientras yo estaba sin conocimiento! Solamente en caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Las otras partidas eran correspondientes á esta. No es decible lo que habia gastado en carbon, en luz, en agua, en escobas, &c. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas á treinta doblones; y por consiguiente debian quedar todavia doscientos treinta. Díxeselo; pero la vieja con un aire de sencillez empezó á poner por testigos á todos los santos de que en la bolsa no habia mas que ochenta doblones quando el mayordomo del Conde la habia entregado mi maleta. ¿Que dice vmd., abuela mia? la interrump-

pí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á vmd. mi ropa? El fué realmente, me respondió. Por mas señas que al dárme la me dixo: tome vmd. buena madre, quando el señor Gil Blas esté frito en aceyte, no dexé vmd. de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacerle las honras.

¡ Ah, maldito napolitano, exclamé entónces! Ya no necesito saber en dónde pára el dinero que me falta. Tú lo has llevado para desquitarte de lo que te he impedido hurtases. Despues de esta invectiva di gracias al cielo de que el bribon no hubiese cargado con todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para imputarle el hurto, no dexé de pensar que mi asistenta podia haberlo hecho. Mis sospechas tan presto recaian sobre el uno como sobre el otro; pero para mí siempre era lo mismo. Nada dixé á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre las partidas de su larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se reduxo á pagarla, y despedirla de alli á tres dias.

Me imagino que al salir de mi casa

fué á avisar al boticario de que yo la habia despedido , y me hallaba ya restablecido y fuerte para poder tomar las de villadiego sin pagarle , porque le vi venir de alli á poco que apenas podia echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia suministrado quando estaba yo sin sentido , puestos con unos nombres que yo no entendí aunque habia sido médico. Esta se podia llamar propiamente cuenta de boticario , y así quando llegó el caso de la paga altercamos bastante , pretendiendo yo que rebaxase la mitad , y él porfiando que no baxaria un maravedí; pero haciéndose cargo al fin el boticario de que las habia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid , tomó á bien contentarse con lo que le ofrecia ; es decir , con tres partes mas de lo que valian sus medicinas , por no exponerse á perderlo todo. Con mucho sentimiento mio le afloxe el dinero , con lo que se retiró bien vengado de la desazoncilla que le causé el dia de la lavativa.

El médico llegó casi al punto , porque estos animales van siempre uno tras del otro. Le desconté del impor-

te de sus visitas que habian sido frecuentes, y se marchó contento. Para acreditarne que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menor las mortales consecuencias que habia precavido en mi enfermedad, lo qual hizo en términos muy elegantes, y un aspecto agradable; pero nada comprendí de quanto dixo. Luego que salí de él, me juzgué libre de todos los ministros de las parcas. Me engañaba, porque vino tambien un cirujano, á quien en mi vida habia visto. Saludóme muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de verme fuera del peligro en que estaba, atribuyendo este beneficio, decia él, á dos copiosas sangrías que me habia hecho, y á las ventosas que habia tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavia: me fué preciso asimismo escupir en la vacía del cirujano. Con tantas evacuaciones se quedó tan flaco mi bolsillo, que se podia decir era un cuerpo aniquilado; tan poco era el húmedo radical que le quedaba.

Al verme otra vez en un desdichado estado empecé á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficiona-

do de suerte á las comodidades de la vida, que no podia ya como en otro tiempo, considerar la indigencia del modo que un filósofo Cínico. A la verdad no debia entristecerme, teniendo repetidas experiencias de que la fortuna apenas me derribaba quando me volvía á levantar: antes hubiera debido mirar mi infeliz estado como una ocasion inmediata de prosperidad.

AVENTURAS  
DE  
*GIL BLAS DE SANTILLANA.*

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

GIL BLAS ADQUIERE UN BUEN CONOCIMIENTO, Y LOGRA UN EMPLEO QUE LE CONSUELA DE LA INGRATITUD DEL CONDE DE GALIANO. HISTORIA DE D. VALERIO DE LUNA.

Como en todo este tiempo no habia oido hablar de Nuñez, discurrí habria ido á divertirse á algun lugar. Luego que pude andar, fuí á su casa, y supe que en efecto habia tres semanas estaba en Andalucía con el duque de Medianadionis.

Al despertarme una mañana me ocurrió á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ir á ver á su sobrino si volvia á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa, aquel mismo dia me informé de la casa de don Baltasar

de Gunaci, y pasé á ella. Pregunté por el señor Josef Navarro, quien salió de allí á poco: habiéndole saludado, y díchole quien era, me recibió atentamente, pero con frialdad; de suerte que no podia conciliar aquel recibimiento con el retrato que me habian hecho de este repostero. Me marchaba ya con ánimo de no volver á hacerle otra visita, quando de repente, mostrándome un semblante apacible y risueño, me dixo con mucha gracia: ¡ah! señor Gil Blas de Santillana, perdone vmd. el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no haya manifestado el buen afecto con que estoy dispuesto á favor de vmd.; se me había olvidado su nombre, y como hace ya mas de quatro meses que recibí la carta de Granada, en que me recomendaban un caballero, ya no pensaba en tal sugeto.

Llegó á abrazarme lleno de gozo; y me dixo: mi tio Melchor, á quien estimo y venero como á mi propio padre, me envia á decir que si por acaso tengo la honra de ver á vmd. le trate del mismo modo que si fuera vmd. su hijo, y emplee, si fuese necesario, mi valimiento y el de mis amigos en obse-

quío de vmd. Me hace un elogio del buen corazon y talento de vmd. en tales términos, que aun quando no mediara su recomendacion, me empeñaria en servirle. Míreme vmd., pues, le suplico, como á un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado toda la inclinacion que profesa á vmd.: seamos, pues, amigos.

Respondí con el agradecimiento debido á la cortesia de Josef; y en la hora misma contraximos una estrecha amistad, siendo ambos vivos y sinceros. No me detuve en descubrirle el triste estado de mis asuntos, y apenas lo oyó quando me dixo: quedo con el cuidado de acomodár á vmd., y entre tanto no dexé vmd. de venir á comer conmigo todos los dias, que tendrá mejor comida que en la posada donde está.

La oferta alhagaba mucho á un convaleciente sin dinero, y enseñado á buenos bocados; y así no me hice de rogar: la acepté, y me repuse tanto en aquella casa, que á los quince dias mi cara semejaba á la de un monge gerónimo. Me parece que el sobrino de Melchor hacia su agosto en forma, ¿pero como no hacerlo? él tenia tres cuerdas

en su arco ; á un mismo tiempo era xefe de la repostería , de la cava , y de la despensa. Además , dexando á un lado nuestra amistad , yo creo que él y el mayordomo iban á una para hacer su negocio.

Ya estaba perfectamente restablecido, quando habiéndome visto mi amigo Josef llegar á casa de Gunaci á comer allí , según mi costumbre , me dixo con alegría : señor Gil Blas , tengo que proponeros un acomodo muy bueno : sepa vmd. que el duque de Melar , primer Ministro de España , necesitando entregarse enteramente al despacho de los negocios de estado , se ve precisado á confiar los suyos á otros : para recaudar sus rentas ha escogido á don Diego de Monteser , y ha encargado el cuidado del gasto de su casa al baron de Roncal. Estos dos confidentes exercen su empleo con una autoridad absoluta , y sin depender el uno del otro. Don Diego tiene regularmente á sus órdenes dos administradores que hacen las cobranzas ; y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos , fuí á pedir su plaza para vmd. El señor de Monteser , que me conoce , y de

quien me precio ser estimado , me la ha prometido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de vmd. , y hoy despues de comer hemos de ir á su casa.

Asi lo hicimos , fuí recibido con agrado , y colocado en el empleo del administrador que habia sido despedido , el qual consistia en visitar nuestras heredades , repararlas , cobrar sus arrendamientos , y en una palabra , mi incumbencia era cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á don Diego , quien , á pesar de los buenos oficios de mi amigo , las examinaba con mucha atencion ; pero esto era lo que yo queria , porque aunque mi rectitud habia sido tan mal pagada en casa de mi último amo , estaba resuelto á conservarla siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Melar , y reducido á cenizas mas de la mitad , y con esta noticia inmediatamente pasé á ella á reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio , formé una extensa relacion que Monteser manifestó al duque de Melar. El Ministro

en medio de su desazon con tan mala nueva, admiró la relacion, y preguntó quien era su autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan á favor mio, que pasados tres meses se acordó S. E. con motivo de una historia que voy á contar, y sin la qual puede ser que jamas hubiera yo logrado empleo en la corte, y es la siguiente.

En la calle de las Infantas vivia entónces una señora anciana, llamada Inesilla de Cantarilla: no se sabia á la verdad su origen: unos decian era hija de un guitarerro, y otros de un caballero de la orden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona admirable, pues la naturaleza la habia dado el singular privilegio de encantar á los hombres durante el curso de su vida, que era ya de quince lustros. Habia sido el ídolo de los señores de la corte antigua, y se veia adorada de los de la nueva: el tiempo, que no respeta á la hermosura, trabajaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, sí; pero no la quitaba el poder de agradar. Un semblante noble, un entendimiento embelesador, y muchas gracias naturales, la hacian

excitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, mozo de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Melar, vió á Inesilla, y quedó enamorado de ella: declaróla su pasion, y siguió la liebre con todo el ardor que el amor y la mocedad pueden inspirar. La señora, que tenia sus motivos para no querer condescender con sus deseos, no sabia que hacerse para contenerlos. No obstante, creyó un dia haber encontrado arbitrio para ello, haciendo pasar al jóven á su gabinete, donde le enseñó un relox que estaba sobre una mesa: ¿ves, le dixo, la hora que es? pues hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fe que me caerian bien los amores en esta edad. Volved, hijo mio, en vos mismo, y sufocad unos afectos que no convienen ni á mí, ni á vos. A esta reconvenccion juiciosa, el caballero á quien no hacia fuerza la razon, respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban: cruel Ines, ¿por que recurris á esas frívolas mañas? ¿pensais que pueden haceros otra á mis ojos? No os lison-

jeéis de una tan engañosa esperanza; ya seáis tal qual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Está bien, repitió ella: pues una vez que con tanta porfia quereis ir adelante con vuestra pretension, hallareis desde ahora cerrada mi puerta; y asi os prohibo y os mando que jamas os presenteis á mí.

¿Creereis que turbado y confuso don Valerio de lo que acababa de oír se retiró cortesmente? pues todo lo contrario; antes bien fué mas importuno. El amor hace en los enamorados el mismo efecto que el vino en los borrachos: suplicó, suspiró, y pasando repentinamente de los ruegos á la violencia, intentó lograr por fuerza lo que no podia obtener de grado; pero rechazándole animosamente la señora, le dixo irritada: detente temerario, yo refrenaré tu loco amor: sabe que eres mi hijo.

Atónito don Valerio de oír semejantes palabras, suspendió su atrevimiento; pero discurriendo que Inesilla decia aquello para librarse de su solicitud, la respondió: ¿inventais esa fábula para huir de mis deseos? No, no, interrumpió ella: os revelo un se-

creto que siempre hubiera mantenido oculto, si no me hubieras reducido á la necesidad de declarártelo. Veinte y seis años hace que amaba á don Pedro de Luna, tu padre, que era entónçes gobernador de Segovia; tú fuiste el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas propiedades le estimularon á dexarte caudal. Yo por mi parte no te he desamparado: luego que te vi ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modales finos que son tan necesarios en un caballero, y que sólo las mugeres pueden enseñar á los jóvenes; mas he hecho, he empleado todo mi valimiento para colocarte en casa del primer Ministro: en fin, me he interesado por tí como debia por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tu cariño, y mirarme solo como á madre, no te echaré de mí, y te amaré tan tiernamente como hasta aqui; pero si no has de poder hacerte esta violencia, que exige la razon y la naturaleza, desde este punto librame del horror de verte.

Mientras Inesilla hablaba de esta suerte, guardaba don Valerio un triste silencio: nadie hubiera dicho sino que se valia de la virtud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al Tébano le cegó el dolor de haber consumado la maldad, y el castellano se mató de sentimiento de no haberla podido cometer.

El desgraciado don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse, y pedir al cielo perdon de su delito. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Melar, este Ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para que ocupase el lugar de este jóven.

## CAPITULO II.

PRESENTAN A GIL BLAS AL DUQUE DE MELAR , QUIEN LE ADMITE POR UNO DE SUS SECRETARIOS. ESTE MINISTRO LE SEÑALA EL TRABAJO QUE HA DE HACER , Y QUEDA GUSTOSO DE EL.

**M**onteser me participó esta agradable noticia , diciéndome : amigo Gil Blas , siento os separeis de mí ; pero como os estimo , no puedo menos de alegrarme seais sucesor de don Valerio. Hareis fortuna si seguis dos consejos que voy á daros : el primero es , que os mostreis tan adicto á S. E. , que no dude que le profesais el mayor afecto ; y el segundo , que obsequieis mucho al baron de Roncal , porque este hombre maneja el espíritu de su amo como una cera blanda. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito , subireis á muy alto en poco tiempo.

Di las gracias á don Diego por sus saludables consejos , y le dixé : hágame vmd. el favor de explicarme el carácter del Baron , porque he oido decir que es un sugeto nada bueno ;

pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sírvase vmd., pues, de decirme lo que piensa del señor de Roncal. Asunto es delicado, me respondió el superintendente con una risa falsa, á qualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien nada malo se podia decir; pero con vos quiero ser franco, porque ademas de que conozco vuestra prudencia, estoy obligado á hablaros claramente, pues os he avisado que debiais tratarle con maña. Si me portara de otro modo os favoreceria á medias.

Ya sabeis que el baron de Roncal era un simple criado de S. E. quando todavia no era este mas que don Francisco de Onvaldas, y que por grados ha llegado á ser su secretario. No se ha visto jamas hombre mas vano; cree es un compañero del duque de Melar, y en efecto bien puede decirse que parte con el primer Ministro su autoridad, pues da gobiernos y empleos á quien le parece; el pueblo murmura, pero él no hace caso; con tal que saque lo que llamamos para guantes,

le importa muy poco la censura pública. Por lo que acabo de decir conocerás cómo debeis portaros con un hombre tan altanero. ¡Oh! bien está; déxeme vmd. á mí: muy mal han de andar las cosas, para que no me estime: quando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestro para no conseguirlo. Siendo asi, dixo Monteser, vamos, que voy á presentaros en la hora al duque de Melar.

Al instante pasamos á casa del Ministro, á quien encontramos dando audiencia en una gran sala, en donde habia mas gente que en palacio. Allí vi comendadores, y caballeros de Santiago y de Calatrava, que solicitaban gobiernos y vireynatos; obispos, que siendo sus diócesis contrarias á su salud, querian ser arzobispos, nada mas que por mudar de ayres; y tambien muy buenos religiosos, que pedian con toda humildad mitras: vi tambien oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Sí el Duque no satisfacía á los deseos de todos, recibia á lo menos con agrado sus memoriales, y ad-

vertí que respondia muy cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara á todos los pretendientes. Entónces don Diego le dixo: señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de don Valerio. Miróme el Duque, y me dixo con mucha afabilidad, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su despacho para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mi talento por la conversacion. Quiso saber quien yo era, y la historia de mi vida, diciéndome se la contase fielmente. ¡Que relacion tan larga la que se me pedia! Mentir á un Ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantos pasages que podian ajar mi vanidad, que no sabia como resolverme á hacer una confesion general. ¿Que hacer para salir de este paso? Adopté el partido de disimular la verdad en aquellos puntos en que me hubiera avergonzado de decirla desnuda; pero á pesar de todo mi artificio no dexó de percibirla. Señor de Santillana, me dixo sonriéndose al fin de mi narra-

cion, á lo que veo, vmd. ha sido un si no es pícaro. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado que sea sincero, y le he obedecido. Yo te lo agradezco, replicó: veo, hijo mio, que te has librado de los peligros á poca costa; extraño que el mal exemplo no te haya perdido enteramente. ¡Quantos hombres de bien se pervertirian si la fortuna los pusiera á tales pruebas!

Amigo Santillana, continuó el Ministro, no te acuerdes mas de lo pasado, piensa solamente en que ahora sirves al Rey, y que te has de emplear en adelante en su servicio. Sígueme que voy á decirte en que te has de emplear. Dicho esto, el Duque me llevó á un quartito inmediato á su despacho, donde tenia sobre varios estantes veinte libros registros en folio muy gruesos. Aqui has de trabajar. Todos estos registros que ves, componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los reynos y principados de la monarquía española. Cada libro contiene por orden alfabético un resumen de la historia de todos los hidalgos del reyno, en la que se especifican los servicios que ellos y

sus antepasados han hecho al estado, como tambien los lances de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas qualidades; de modo que quando piden algunas gracias, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo sugetos asalariados en todas partes que procuran averiguarlo é instruirme, enviándome sus informes; pero como estos son difusos, y están llenos de expresiones provinciales, es necesario extractarlos y pulirlos, porque el Rey quiere algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo qual desde este instante quiero emplearte en él.

En seguida sacó de una gran cartera llena de papeles un informe que me entregó, y me dexó en mi quarto para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el papel, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien muy apasionado. Su autor era no obstante un frayle de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, despedazaba sin pie-

dad á una buena familia catalana , y sabe Dios si diria la verdad. Me pareció leía un libelo infamatorio , y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia ; no obstante , aunque recién ido á la corte pasé por alto el mal ó bien obrar del religioso ; y dexando á su cargo toda la iniquidad , si la habia, principié á deshorrar con bellas frases castellanas á dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto quatro ó cinco páginas, quando deseoso el Duque de saber que tal me portaba , volvió y me dixo , Santillana , enséñame lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo pasó la vista por mi escrito, y leyó el principio con mucha atención. Yo me sorprehendí al ver lo que le gustó. Aunque estaba tan inclinado á tu favor , me dixo , te confieso que has superado el concepto que tenia formado de tí. No solamente escribes con toda la propiedad y precision que yo quiero , sino que ademas encuentro tu estilo fluido y festivo. Bien me acreditas el acierto que he tenido en escoger tu pluma , y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El Minis-

tro no hubiera limitado á esto mi elogio si á este tiempo no hubiera venido á interrumpirle su sobrino el conde de Sumel. S. E. le dió muchos abrazos, y recibió de un modo que me dió á entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para hablar en secreto de un negocio de familia de que luego hablaré, y del que estaba el Duque entónces mas ocupado que de los del Rey.

Mientras estaban encerrados oí las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dexaban á esta hora el bufete para ir á comer adonde querian, dexé en aquel estado mi ensayo, y salí para ir, no á casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y despedido, sino á la mas famosa hostería del barrio de palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. Piensa que sirves al Rey. Estas palabras que el Duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas semillas de ambicion que fermentaban por momentos en mi ánimo.

## CAPITULO III.

SABE QUE SU EMPLEO NO DEXA DE TENER DESAZONES. DE LA INQUIETUD QUE LE CAUSÓ ESTA NUEVA, Y LA CONDUCTA QUE SE VIÓ OBLIGADO A GUARDAR.

Al entrar tuve gran cuidado de hacer saber al hosterero que era yo un secretario del primer Ministro, y como tal no sabia que elegir para comer. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dixé me diese lo que gustase. Me regaló muy bien, y me hizo servir como á persona de distincion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar tiré sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la quarta parte, saliendo de la hostería con gravedad y tiesura, en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A veinte pasos habia una gran posada en donde de ordinario se hospedaban señores extrangeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese

dos ó tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Después de esto volví á mi tarea, y emplee toda la siesta en continuar lo comenzado por la mañana. En una pieza inmediata á la mia estaban otros dos secretarios; pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo Duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para grangear mejor su amistad, los llevé á casa de mi hosterero, en donde les hice servir los mejores platos que ofrecia la estacion, y los vinos mas delicados y estimados en España.

Sentámonos á la mesa, y empezamos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados, conocí desde luego que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

En recompensa sabian con primor lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan satisfechos de su acomodo en casa del pri-

mer Ministro que no pudiesen quejarse de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos pagan el sueldo; y lo peor es que está por arreglar, y no podemos echar nuestras cuentas sobre qué pie servimos. Por lo que hace á mí, decia el otro, me contentaria con recibir veinte zurriagazos en lugar de gages, con tal que me dexaran la libertad de tomar otro destino; porque despues de las cosas secretas que he escrito, no me atraveré á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. No seria mucho el que fuera á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

¿Pues de que se mantienen vmds., les dixé? Tendrán vmds. hacienda. Muy poca, me respondieron; pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada, que les fiaba, y daba de comer á cada uno por cien doblones al año. Toda esta conversacion, de la qual no perdí palabra, baxó en la hora mis humos altaneros. Me figuré que sin duda alguna harian conmigo lo que con los otros, y por consiguiente que no debia estar tan satisfecho de mi empleo, que era menos sólido de lo que

yo creia, y que en fin debia economizar mucho el bolsillo. Estas reflexiones me sanaron de la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á aquellos secretarios, y á desear se acabase la comida; y quando llegó el caso de pagar la cuenta, tuve una disputa con el hosterero sobre su importe.

Separámonos á media noche, porque no les insté á que bebieran mas. Ellos se marcharon á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbia habitacion, lleno de rabia porque la habia alquilado, y prometiendo de veras dexarla al fin del mes. Por mas que me acosté en una buena cama, mi desazon me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en discurrir los medios de no trabajar de valde, y me atuve sobre este particular á los consejos de Monteser. Me levanté con ánimo de ir á cumplimentar al baron de Roncal, estando yo entónces en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan altivo, y cuyo favor veia me era necesario, y con efecto pasé á su casa.

Su vivienda tenia comunicacion con la del duque de Melar, y eran igualmente magníficas. No era fácil dis-

tinguir por los muebles y adornos al amo del criado: dixele entrasen recado de que estaba allí el sucesor de don Valerio; pero esto no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga vmd. paciencia si gusta. A vmd. le harán morder el ajo antes que vmd. se lo haga morder á otros.

Al fin abrieron la puerta del quarto: entré, y me acerqué al señor Baron, que acababa de escribir á su hermosa Sirena, y daba el papel á Perico. Quando me presenté al arzobispo de Granada, al conde de Galiano, y al primer Ministro, no guardé tanto respeto como ante la presencia del señor de Roncal; le saludé baxando la cabeza hasta el suelo, y le pedí su proteccion en términos, que me lleno de rubor todas las veces que me acuerdo. A otro menos vano que él le hubiera dado en rostro mi baxeza; pero á él le agradó mi sumision, y me respondió con mucha cortesía que no desaprovecharia ninguna ocasion en que pudiera servirme.

Díle gracias con grandes muestras de zelo por la inclinacion favorable que me manifestaba, y le aseguré de

mi eterna ley : despues , temiendo incomodarle , salí suplicándole me perdonase si habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que di este paso tan indigno , me retiré á mi bufete , y concluí la obra que se me habia encargado. El Duque no dexó de entrar por la mañana , y quedando no menos complacido del fin de mi trabajo que del principio , me dixo : esto está muy bueno ; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico en el registro de Cataluña , y despues te daré otro informe , que pondrás en orden del mismo modo. Tuve una conversacion bastante larga con S. E. , cuyo modo dulce y familiar me encantaba. ¡ Que diferencia entre él y Roncal ! eran dos genios enteramente diversos.

Aquel dia comí en una hostería en donde estaba arreglado el precio de cada comida , y resolví ir allí de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producía mi respeto y sumision. A lo mas tenia dinero para tres meses : me prescribí este término para trabajar á costa de quien hubiese lugar , proponiéndome (siendo las locuras mas cortas las mejores ) abando-

nar, pasado este término, la corte y su oropel, si no me señalaban sueldo. Dispuesto así mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradecer al baron de Roncal; pero hizo tan poco caso de mí que perdí las esperanzas. Mudé de conducta, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que tenia con el Duque.

## CAPITULO IV.

GIL BLAS CONSIGUE EL FAVOR DEL  
DUQUE DE MELAR, QUIEN LE CON-  
FIA UN SECRETO DE IMPOR-  
TANCIA.

Aunque S. E. me veía todos los días por un instante; sin embargo pude grangearle insensiblemente la voluntad en tales términos, que un día despues de comer, me dixo: escucha, Gil Blas, sabe que me agrada tu ingenio, y que te estimo. Tú eres un mozo zeloso, fiel, muy inteligente y callado; y así me parece que no erraré si te hago dueño de mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus pies; y despues de haberle besado res-

petuosamente la mano, que me alargó para levantarme, le dixé: ¡es posible que se digne V. E. de honrarme con tan gran favor! ¡quantos enemigos secretos me van á hacer vuestras bondades! Pero solo temo el rencor de una persona que es el Baron. Nada tienes que temer de él, respondió el Duque: conózcole desde su niñez; me ha querido, y puedo decir que sus pensamientos son tan conformes con los míos, que mi voluntad es la suya, y aborrece todo quanto me desagrada. En lugar de temer te tenga aversion, debes al contrario contar con su amistad. Por aquí conocí lo astuto que era el señor de Roncal; que habia conquistado el ánimo de S. E., y que yo debía procurar estar muy bien con él.

Para principiar, prosiguió el Duque, á entregarte mi confianza, quiero descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él á fin de que procures desempeñar los encargos que te dé en adelante. Hace mucho tiempo que todos respetan mi autoridad; que mis órdenes se obedecen ciegamente; y que dispongo á mi arbitrio de los cargos, empleos, gobiernos, vireynatos y beneficios; en

una palabra, que reyno en España. Mi fortuna no puede subir mas; pero quisiera preservarla de las tempestades que empiezan á amenazarla; y á este efecto me alegrára me sucediese en el ministerio el conde de Sumel, mi sobrino.

Habiendo advertido el Ministro que este último punto me habia sorprendido en extremo, me dixo: veo bien, Santillana, conozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino á mi propio hijo el duque de Duzae; pero has de saber que este es de cortísimos alcances para desempeñar mi ministerio, y que ademas es mi enemigo. No puedo llevar el que haya hallado el secreto de agradar al Rey, y que este quiera hacerle su privado. El favor de un soberano se parece á la posesion de una muger á quien se adora; es esta una felicidad tan apetecible que no se quiere dividir con un rival, por mas que le unan á él los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, lo íntimo de mi corazon. Ya he intentado desconceptuar en el ánimo del Rey al duque de Duzae, y no habiendo podido conseguirlo, he asesta-

do otra batería; quiero que el conde de Sumel grangee la estimacion del príncipe. Siendo gentilhombre de cámara con destino á su quarto, tiene ocasion de hablarle á cada paso, y ademas de que es entendido, yo sé un medio de hacerle salir con la empresa. Con esta stratagemá, contraponiendo mi hijo á mi sobrino, suscitaré entre estos primos una competencia que les obligará á buscar mi apoyo, y esta necesidad hará me estén ambos sumisos: ve aqui mi proyecto, añadió, y tu mediacion no me será inútil. Irás á hablar de mi parte secretamente al conde de Sumel, y me traerás de la suya lo que quiera participarme.

Despues de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, cesó mi inquietud. En fin, decia yo, veme aqui debaxo de una canal, de donde va á caer sobre mí una lluvia de oro; porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la monarquía de España, no se halle bien presto colmado de riquezas. Poseido de tan dulce esperanza veia con indiferencia apurarse mi pobre bolsa.

## CAPITULO V.

EN EL QUE SE VERA A GIL BLAS  
LLENO DE GOZO , HONRA  
Y MISERIA.

**B**ien presto se echó de ver el favor que yo merecia al Ministro, y él mismo lo daba á entender de intento, entregándome la bolsa de los papeles que acostumbraba antes llevar S. E. mismo quando iba á despachar. Esta novedad, que dió motivo para que me tuviesen en el concepto de un valido, excitó la envidia de muchos, y me ocasionó bastantes cumplimientos de corte. Los dos oficiales, mis vecinos, no fuéron los últimos que me dieron la enhorabuena de mi próxima grandeza, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por via de represalia, como con la mira de obligarme á que les sirviese en lo sucesivo. Me veia obsequiado por todas partes; y hasta el orgulloso Roncal mudó de estilo conmigo. Ya me llamaba señor de Santillana, quando hasta entónces me habia tratado siempre de vos, sin haberse servido jamas

del tratamiento de vmd. ; se me mostraba muy propicio , especialmente quando pensaba que nuestro favorecedor podia notarlo ; pero os aseguro que no trataba con ningun tonto ; yo correspondia á sus atenciones con tanta mas urbanidad quanto mas era el aborrecimiento que le tenia. No se hubiera portado mejor un cortesano consumado.

Tambien acompañaba al Duque mi señor quando iba á palacio , que por lo regular era tres veces al dia : por la mañana entraba en el quarto de S. M. quando ya estaba despierto , se ponía de rodillas junto á la cabecera de su cama ; hablábale de lo que habia S. M. de hacer en el dia , y le dictaba las cosas que habia de decir , con lo que se retiraba. Despues de comer volvía , no para hablarle de negocios , sino de cosas alegres : le divertía contándole todos los lances graciosos que ocurrían en Madrid , de los cuales era siempre el primero que los sabia , porque tenia personas pagadas á este efecto ; y en fin , iba por la noche la tercera vez á ver al Rey , le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia , y le pedia de

ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras estaba con S. M. yo me quedaba en la antesala, en donde habia personas distinguidas, que apetecian el favor de la corte, las que buscaban mi conversacion, y se gloriaban de que yo quisiera mantenerse. En vista de esto, ¿como podria yo no creerme hombre de importancia? Muchos hay en la corte que con menos fundamento se tienen por tales.

Un dia tuve mayor motivo para envanecerme. El Rey, á quien el Duque habia hablado con grande elogio de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver una muestra de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, llevóme á presencia del Monarca, y me mandó leyese el primer extracto que habia formado. Si la presencia del Soberano me turbó al pronto, la del Ministro me animó inmediatamente, y leí mi obra, que S. M. oyó con agrado; y tuvo la bondad de decírmelo, y aun de encargár á su Ministro cuidase de mis ascensos. Esto nada disminuyó en mí el orgullo que ya tenia, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el conde de Su-

mel, acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Fuí un dia á buscar á este señor de parte de su tío al quarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, en la que el Duque le aseguraba podia hablarme con satisfacción, como que estaba enterado del asunto que traian entre manos, y escogido para mensagero de ambos. El Conde, asi que leyó la esquila, me conduxo á un quarto donde nos encerramos solos, y me tuvo la conversacion que sigue: Supuesto que vmd. ha logrado la confianza del duque de Melar, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á vmd. depositario de la mia. Sabrá vmd., pues, que las cosas van que no pueden ir mejor: el Príncipe de España me distingue entre todos los señores que le sirven, y que procuran agradarle. Esta mañana he tenido una conferencia con S. A., en la que me ha parecido está disgustado de verse por la avaricia del Rey sin facultades para seguir los impulsos de su generoso corazon, y hacer un gasto correspondiente á un príncipe. Yo he manifestado quanto lo sentia; y aprovechándome de la oca-

sion he ofrecido llevarle mañana quando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré sin tardanza: mi oferta le ha complacido mucho, y estoy cierto de captar su benevolencia si le cumplo la palabra. Id, añadió, y noticiadselo á mi tío, y volved esta tarde á decirme su sentir acerca de ello.

Luego que concluyó, me despedí de él, y pasé á dar parte al duque de Melar; quien oido mi recado, hizo al otro secretario me diese mil doblones, que llevé aquella tarde al Conde, diciendo entre mí: bueno, bueno; ahora veo claramente qual es el medio infalible de que se vale el Ministro para salir con su intento: partidiez que tiene razon; y segun todas las señales estas prodigalidades no le arruinarán: fácilmente adivino de qué cofre saca estos bellos doblones; pero bien considerado, ¿no es razon que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Sumel me dixo en voz baxa: á Dios, nuestro amado confidente. El Príncipe de España es un poco inclinado á las damas, y es necesario que tú y yo tra-

temos de este punto en la primera ocasion que nos volvamos á ver. Yo preveo que muy presto necesitaré de tu asistencia. Me retiré reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿Que diablos es esto, decia yo? veme aqui próxîmo á ser el Mercurio del heredero de la monarquía. Yo no exâminaba si esto era bueno ó malo, porque la calidad del galan ofuscaba mi conciencia. ¡Que gloria para mí ser ministro de los placeres de un gran príncipe! ¡Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, vmd. no era mas que un ministro subalterno: convengo en ello; pero en substancia, estos dos empleos son de un mismo honor, y solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantando mas de dia en dia en la gracia del primer Ministro, y con unas esperanzas tan bellas, ¡que feliz no habria yo sido si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya habia mas de dos meses que habia dexado mi aposento magnífico, y ocupaba un quarto pequeño en una de las posadas mas in-

felices. Aunque esto me causase sentimiento, lo llevaba con paciencia, porque salia bien de mañana, y no volvía hasta la hora de acostarme. Todo el dia estaba en mi teatro, es decir, en casa del Duque, en donde hacia el papel de señor; pero quando me retiraba á mi camaranchon, desaparecia lo señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo sin tener de que hacerlo. Mi vanidad era tanta, que no me dexaba descubrir á persona alguna las necesidades que pasaba, y ademas de eso á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á recurrir, porque habia hecho poco caso de él desde que me metí en la corte. Me vi precisado á vender mis vestidos uno por uno sin quedarme mas que con aquellos que precisamente necesitaba. Ya no iba á la hostería por falta de dinero para pagar mi racion. ¿Que hacia yo, pues, para mantenerme? Voy á decirlo: todas las mañanás nos traian á la oficina para desayunarnos un panecillo y un traguito de vino; esto era quanto nos hacia dar el Ministro. Yo no comia mas en todo el dia,

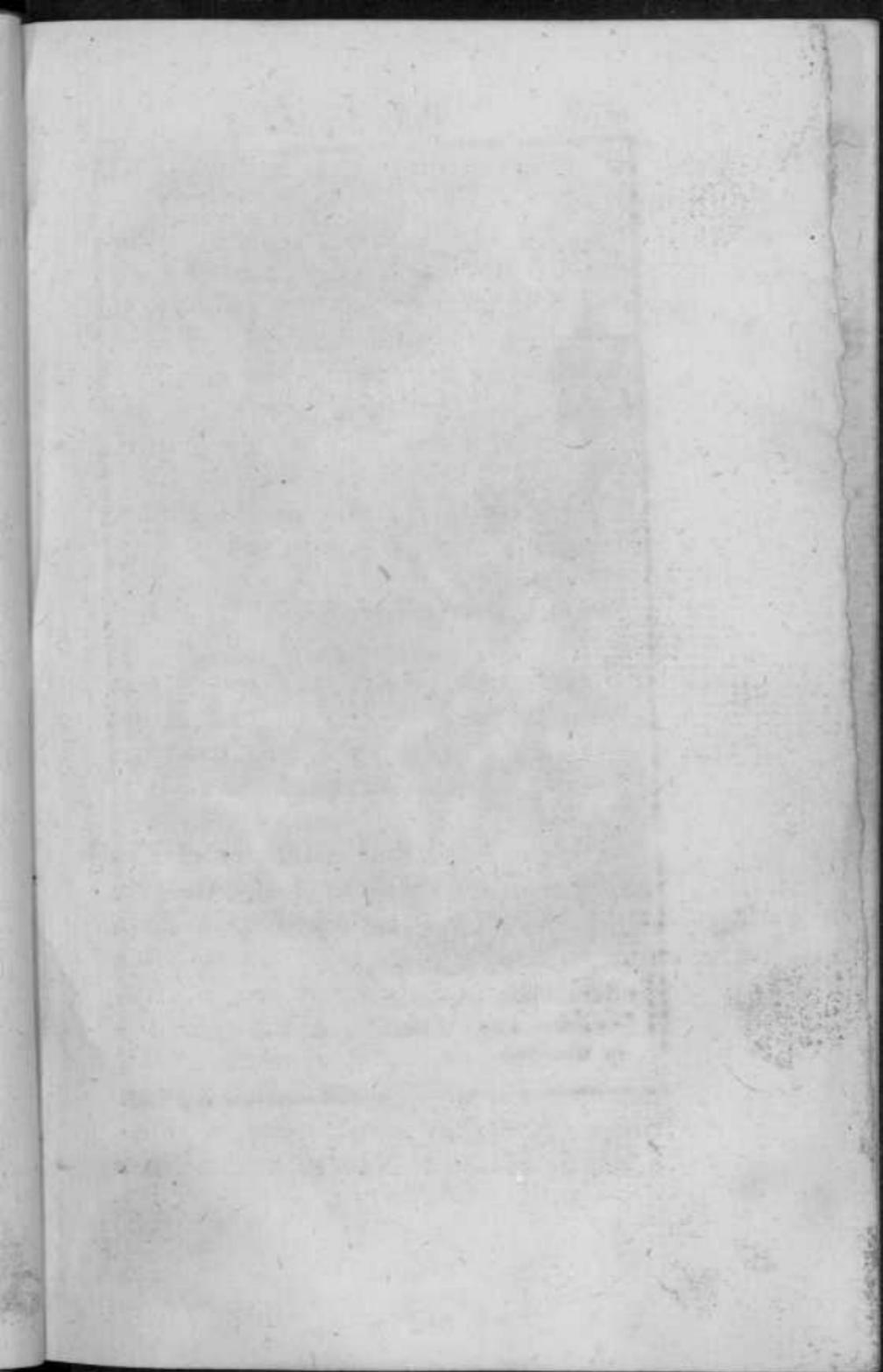
y comunmente me acostaba sin cenar.

Tal era la suerte de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo, no pudiendo resistir á mi miseria, me determiné por último á descubrísela con maña al duque de Melar si encontraba ocasion. Felizmente se presentó esta en el Escorial, adonde el Rey y el Príncipe de España fuéron algunos dias despues.

## CAPITULO VI.

QUE MODO TUVO GIL BLAS DE DAR A  
CONOCER SU POBREZA AL DUQUE DE  
MELAR, Y COMO SE PORTÓ CON EL  
EL MINISTRO.

Quando el Rey estaba en el Escorial mantenia á todo el mundo, de modo que alli no sentia yo el peso de la miseria. Dormia en una recámara cerca del quarto del Duque. Una mañana habiéndose levantado el Ministro segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles y un tintero, y me dixo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos baxo





*Gil Blas refiere al Duque de  
Medar una fabula y le hace conocer  
su miseria.*

de unos árboles, en donde por orden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia estábamos ocupados en negocios muy graves, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas.

Ya habia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugería mi humor jocosó, quando vinieron á plantarse dos urracas sobre los árboles que nos cubrian con su sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atención. Estas aves, dixo el Duque, parece que riñen, y me alegraría saber el asunto de su pendencia. Señor, le dixe, la curiosidad de V. E. me trae á la memoria una fábula indiana que leí en Pilpai, ó en otro autor fabulista. El Ministro me preguntó qué fábula era esta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reynaba en Persia un buen monarca, que no teniendo suficiente capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, encargó este cuidado á su gran Visir. Este ministro, llamado Atalmuc, tenia un ta-

lento elevado. Sostenia sin fatiga el peso de aquella vasta monarquía , la mantenia en una paz profunda , y poseia el arte de hacer amable y respetable la autoridad real ; y los vasallos hallaban en aquel fiel Visir un padre que los amaba tiernamente. Uno de los secretarios de Atalmuc , un jóven , natural de Cachemira , llamado Zangir , era mas querido que los otros ; gustaba de hablar con él el Visir ; llevábale consigo á caza , y le descubria hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que andaban cazando ambos por un bosque , viendo el Visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol , le dixo á su secretario : me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua. Señor , le respondió el de Cachemira , vuestros deseos se pueden satisfacer ; ¿y como ? dixo Atalmuc. Habeis de saber , señor , respondió Zangir , que un Dervic cabalista me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais , yo escucharé á estos cuervos , y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

Consintió en ello el Visir , y acercándose el de Cachemira á los cuervos , y haciendo como que los escuchaba atentamente , volvió despues á

su amo , y le dixo: señor, ¿ creeréis que somos nosotros el asunto de su conversacion? El Ministro persiano, exclamó que no era posible. ¿ Pues que dicen de nosotros? Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho: ve aquí al mismo gran Visir, á esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que se desvela sin cesar por su conservacion. Para descansar de sus penosas tareas viene á cazar á este bosque con su fiel Zangir. ¡ Que feliz es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Vamos con tiento, interrumpió el otro cuervo, vamos con tiento: no celebres tanto la felicidad de ese Cachemirano. Atalmuc, es cierto que conversa con él familiarmente, que le hace la honra de confiarle sus secretos; y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo importante; pero entretanto Zangir perecerá de necesidad. Este pobre infeliz está viviendo en un miserable quarto de una posada, en donde carece de lo mas preciso; en una palabra, lo pasa desdichadamente sin que en la corte nadie lo eche de ver. El gran Visir no cuida

de saber si tiene ó no con que vivir, y contentándose con tenerle afecto, le dexa entregado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para mirar al duque de Melar, quien me preguntó sonriéndose, qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si aquel gran Visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario. No señor, le respondí algo turbado de su pregunta: la fábula dice al contrario, que le colmó de beneficios. Fué fortuna, repitió el Duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarian á bien se les diesen semejantes lecciones. Pero añadió, cortando la conversacion, y levantándose: creo que el Rey no tardará mucho en despertar. Mi obligacion me llama para que vaya á acompañarle. Dicho esto se encaminó muy de priesa hácia palacio sin hablarme mas, y á lo que me pareció, muy disgustado de mi fábula indiana.

Seguíle hasta la puerta del quarto de S. M., y despues fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete, en donde trabajaban nuestros dos secretarios copiantes, que tam-

bien habian ido á la jornada. ¿Que tiene vmd., señor de Santillana, dixeron al verme? vmd. está muy inmutado. A vmd. le ha sucedido algun lance pesaroso.

Como yo tenia tan oprimido el corazon del mal efecto que me imaginaba habia producido mi fábula, no me contuve en descubrirles la causa de mi afliccion; y asi les conté el passage con el Duque; y me manifestaron lo sentian. Tiene vmd. razon para estar desazonado, me dixo uno de ellos. Quiera Dios le suceda á vmd. mejor que á un secretario del cardenal Espinosa, que cansado de no haber recibido nada en quince meses que le tenia empleado su Eminencia, tuvo un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para mantenerse. Razon es, le dixo el Ministro, que se os pague. Tomad, prosiguió, dándole una libranza de mil ducados, id á la tesorería real á recibir este dinero; pero acordaos al mismo tiempo que quedo agradecido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado si despues de recibidos los mil ducados le hubiesen

dexado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del Cardenal le prendió un alguacil, y le conduxo á la torre de Segovia, en donde estuvo mucho tiempo.

Este hecho histórico aumentó mi temor de modo que me contemplé perdido, y no hallando consuelo, empecé á reprehenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. ¡Ay de mí! decia, para qué me habré yo aventurado á relatar aquella desgraciada fábula, que ha desagradado al Ministro! Acaso iria ya á sacarme de mi apuro, y quizá estaba yo en vísperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que aturden á todo el mundo. ¡Que de riquezas, que de honores pierdo por mi desatino! Debia haber mirado que hay grandes que no gustan se les advierta nada, y que hasta las mas leves cosas que tienen obligacion de dar, quieren sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado seguir mi dieta, sin manifestar nada al Duque, y aun dexado morir de hambre para echarle á él toda la culpa.

Aunque hubiera conservado alguna esperanza mi amo, á quien vi por

la siesta , me la habria desvanecido enteramente. S. E. se mostró contra su costumbre muy serio conmigo , y no me habló palabra , lo que en el resto del dia me causó una inquietud mortal , sin que en la noche estuviese mas tranquilo. La desazon de ver desaparecerse mis agradables ilusiones , y el temor de aumentar el número de los presos de estado , solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fué el dia de crisis. El Duque me hizo llamar aquella mañana : entré en su quarto mas azorado que un reo á quien van á notificar la sentencia: Santillana , me dixo enseñándome un papel que tenia en la mano , toma esta libranza... Esta palabra libranza me estremeció , y dixe entre mí : ¡oh cielos ! ¡ve aquí al cardenal Espinosa ! el carruage está prevenido para Segovia. El sobresalto que se apoderó de mí en aquel momento fué tal que interrumpí al Ministro , y arrojándome á sus pies , le dixe llorando : señor , suplico á V. E. muy humildemente perdone mi atrevimiento. La necesidad me ha forzado á decir á V. E. mi miseria.

El Duque no pudo dexar de reírse

al ver mi turbacion. Consuélate, Gil Blas, y escúchame, me respondió: aunque el descubrirme tus necesidades sea echarme en cara el no haberlas precavido, no te lo tengo á mal, mi amigo; ántes bien me reprehendo á mí mismo de no haberte preguntado de qué te mantenias. Pero para empezar á enmendar este descuido, te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los cuales te entregarán á la vista en la real tesorería. No pára en esto: lo mismo te prometo todos los años; y ademas te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

Con el impulso de gozo que me causaron estas palabras, besé los pies al Ministro, quien habiéndome mandado levantar, siguió hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fué posible pasar tan de pronto de la pena á la alegría. Quedé tan turbado como un delincuente que en el punto que cree va á padecer muerte, oye que está perdonado. Mi amo atribuyó mi agitacion á solo el temor de haberle desagradado, aunque el te-

mor de una prision perpetua no tuvo en ello menos parte. S. E. me confesó que habia aparentado tibieza para ver si yo sentia mucho su mudanza; que mi sentimiento le habia hecho conocer la inclinacion que le tenia, por lo que él tambien me estimaba mas.

## CAPITULO VII.

DE LO BIEN QUE EMPLEÓ SUS MIL Y QUINIENTOS DUCADOS: DEL PRIMER NEGOCIO EN QUE MEDIÓ, Y DEL PROVECHO QUE SACÓ DE EL.

**E**l Rey, como si hubiera querido librarme de mi impaciencia, se volvió el dia siguiente á Madrid: fuí volando á la tesorería, en donde cobré inmediatamente el importe de mi libranza. Es de admirar que no se le trastorne el juicio á un mendigo, que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo mudé asi que varié de suerte, y no escuché mas que á mi ambicion y vanidad; dexé mi miserable quarto á los secretarios que todavia no sabian el habla de los páxaros, y por la segunda vez

alquilé mi hermosa vivienda que por fortuna estaba desocupada. Envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los petimetres: me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader de donde sacó cinco varas de paño que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Cinco varas de paño para un vestido á la española! ¡Adonde vamos á parar!... Pero no murmurémos sobre esto. Los sastres de reputacion siempre piden mas que los otros. Despues compré ropa blanca que me hacia gran falta, medias de seda, y un sombrero de castor con galon de oro.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto, mi huésped, me buscasse uno. Los mas de los extrangeros que alojaban en su casa, solian luego que llegaban á Madrid, recibir criados españoles; lo que atraía á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una cara tan apacible y tan devota que no le quise; me parecia ver en él á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dixé á Foreto, criados que tengan una

facha tan virtuosa , porque me he llevado chasco , y estoy escarmentado. Apenas despaché á este , quando llegó otro que me parecia muy despierto , mas arriscado que un page , y algo bribon. Este me agradó. Hícele algunas preguntas , á las que respondió con despejo : conocí que era travieso , y como de molde para mis asuntos. Le recibí , y no me pesó de mi eleccion ; antes advertí bien presto que habia hecho un buen hallazgo. Como el Duque me habia permitido le hablase á favor de las personas á quienes desease servir , y yo estaba en ánimo de no despreciar tan útil permiso , necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza ; es decir , de un hombre astuto que tuviese maña , y pudiese escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer Ministro. Cabalmente esta era la habilidad de Scipion , que asi se llamaba mi lacayo , que habia servido á doña Ana de Guevara , ama de leche del Príncipe de España , en cuya casa la habia exercitado , siendo esta señora una de aquellas que viéndose con algun valimiento en la corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Scipion que me era posible obtener gracias del Rey, salió á campaña, y el mismo dia me dixo: señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo, caballero granadino, llamado don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de vmd. para con el duque de Melar en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: me he visto con él, y queria dirigirse al Baron, cuyo poder le han ponderado; pero se lo he quitado de la cabeza haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en lugar que vmd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria el empeño de valde si la situacion de vmd. le permitiera seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le he hablado de modo que mañana por la mañana le tendrá vmd. aqui de madrugada. ¡Como, pues, le dixe, señor Scipion, vmd. ha andado ya mucho camino! Conozco que no sois principiante en materia de agencias, y me espanto de que no esteis mas rico. Esto es lo que no debe sorprehender á vmd., me respondió; yo no ateso-

ro , y quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino á verme don Rogerio de Rada , á quien recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio , le dixé , antes de tomar cartas por vmd. , quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte , porque podria ser tal que no me atreviera á hablar de él al primer Ministro. Hágame vmd. , pues , si gusta , una fiel narracion , y crea que tomaré con calor sus intereses , si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto , respondió el granadino , voy á contar á vmd. mi historia sinceramente ; y fué de esta suerte.

## CAPITULO VIII.

### HISTORIA DE DON ROGERIO DE RADA.

**D**on Anastasio de Rada , hidalgo granadino , vivia dichoso en la ciudad de Antequera con doña Estefanía , su esposa , la que ademas de su genio dulce , y extremada hermosura , poseía una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido , este la

queria con pasion. Era de sí muy zeloso ; y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger , no dexaba de vivir inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego , intentase ofender su honor , y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos , menos de don Huberto de Hordales que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía ; siendo á la verdad este el único hombre de quien debia rezelar.

Efectivamente , don Huberto , sin atender al parentesco que los unia , ni á la amistad particular que don Anastasio le profesaba , se enamoró de su prima , y tuvo atrevimiento de declararla su amor. La señora , que era prudente , en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias , reprehendió con dulzura á su pariente lo grave de su maldad en querer seducirla , y deshonrar á su marido , y le dixo con muchísima seriedad que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero , el qual imaginando que era necesario arriesgarlo

todo con una muger de este carácter, principió á usar con ella de unos modos poco atentos; y un dia tuvo la avilantez de estrecharla á que satisficiese sus deseos. Ella le rechazó con un ayre severo, y le amenazó de hacer que don Anastasio castigase su osadía. Espantado de la amenaza el galan ofreció no hablarla mas de amor, y en fe de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que era de condicion muy perversa, no pudo ver tan mal pagado su cariño sin concebir un vil deseo de venganza. Conocia á don Anastasio por hombre zeloso y capaz de creer todo quanto él quisiera infundirle: este conocimiento le bastó para idear el mas horrible designio que pueda haber en el corazon mas malvado. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dixo con semblante muy melancólico: mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros si no conociera que os importa mas vuestro honor que vuestro reposo: vuestro pundonor y el mio en punto de ofensas no me permiten ocultaros lo que pasa en

vuestra casa. Prepárese vmd. á oír una noticia que le causará tanto sentimiento como asombro, porque voy á heriros por el lado mas delicado.

Ya os entiendo, interrumpió don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repuso Hordales con aspecto irritado: la desconozco, es indigna de teneros por marido. Eso es demasiado hacerme padecer, exclamó don Anastasio; hablad. ¿Que ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió don Huberto. Teneis un rival á quien recibe de oculto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche obscura se ha escondido de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: este es un hecho de que estoy seguro. El interes que debo tomar en este asunto, os afianza la verdad de mi narracion. Quando me declaro contra Estefanía es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus palabras causaban el efecto que esperaba, es ocioso decirnos mas. Advierto estais indignado de la ingratitude con que se atreve á pa-

gar vuestro amor , y que meditais una justa venganza : yo no me opondré á ella. No os pareis á considerar qual es la víctima que vais á sacrificar : mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais inmolar á vuestro honor.

De este modo excitaba el traydor á un esposo muy crédulo contra una muger inocente ; y le pintó con tan vivos colores la afrenta de que se cubria si dexaba la ofensa sin castigo, que llegó á arrebatarle de cólera. Ve aqui á don Anastasio que pierde el juicio ; parece que las furias le agitaban ; vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra que iba á meterse en la cama ; al pronto se contiene esperando que los criados se retiren. Entónces sin contenerle el temor de la ira del cielo , ni el deshonor que podria resultar á una honrada familia , ni aun el amor natural que debia tener al hijo de seis meses de que su muger estaba embarazada , se llegó á su víctima , y lleno de furor la dixo : es preciso que mueras, malvada , y solo te queda un instante de vida que mi bondad te dexa , para que pidas perdon al cielo del ultraje que me has hecho. No quie-

ro pierdas tu alma como has perdido tu honor.

Dicho esto sacó un puñal: su acción y expresiones sobresaltaron á Estefanía, la que habiéndose arrojado á sus pies le dixo con las manos cruzadas, y toda fuera de sí: ¿que tenéis, señor? ¿que motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal extremo? ¿por que queréis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel, mirad que os engañais.

No, no, repitió enojado el zeloso, estoy muy cierto de vuestra traición. Las personas que me lo han advertido, son personas de crédito. Don Huberto.... ¡Ah señor, interrumpió ella con precipitación: no debeis fiaros de don Huberto, pues no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud, no debeis creerle. Callad, infame, replicó don Anastasio: vos misma acreditais mis sospechas con querer poner mal conmigo á Hordales, no penseis desvanecerlas; si me lo quereis hacer sospechoso es porque está enterado de vuestra mala conducta. Quisierais destruir su testimonio; pero semejan-

te artificio es inútil, y aumenta en mí el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio, repitió la inocente Estefanía llorando amargamente, temed vuestra ciega cólera; si seguís sus movimientos, cometeréis una accion de que no podreis consolaros, quando reconozcais su injusticia. Por amor de Dios aplacad vuestro enojo; á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entónces hareis mas justicia á una muger que no es culpada.

A otro que á don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavia mas se habria enternecido con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido, lejos de ablandarse, la dixo segunda vez, que se encomendára á Dios, y alzó el brazo para herirla. Detente, bárbaro, gritó, si el amor que me has tenido, se ha apagado enteramente; si la ternura con que te he amado, se ha borrado de tu memoria; si mis lágrimas no alcanzan á hacerte desistir de tu exêcrable intento, respeta siquiera á tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que todavia no ha visto la luz. Tú no puedes ser

su verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca, te perdono mi muerte; pero no dudes que la suya pedirá justicia de un crimen tan horrible.

Por muy determinado que estuviese don Anastasio á no hacer caso de las disculpas de Estefanía, las imágenes espantosas que ofrecieron á su espíritu estas últimas palabras, no dexaron de pararle, y así, como si hubiese temido que esta emocion suspendiese su resentimiento, se aprovechó apresuradamente del furor que le quedaba, y sacudió el golpe atravesando con el puñal el costado derecho de su muger, que cayendo al punto en tierra, él la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entretanto aquella desgraciada esposa, aturdida del golpe que habia recibido, estuvo algunos instantes tendida sin dar señales de vida; pero recobrando al cabo sus espíritus, empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudir una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó á los demas

criados, y á los vecinos cercanos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, quienes habiendo registrado la herida, no la tuvieron por peligrosa, sin que errasen en su concepto. Curaron en poquísimo tiempo á Estefanía, quien dió felizmente á luz un hijo tres meses despues de aquel cruel suceso, y yo, señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre; y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como exceso de un marido zeloso. Es verdad que mi padre estaba reputado por hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia alucinado el espíritu de don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo menos medio vengado, cesó de visitarla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que tuve; solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á hacerme enseñar el arte de la esgrima; y que me exercité mucho tiempo en las mas célebres es-

cuelas de Granada y Sevilla. Esperaba con impaciencia que tuviese edad para medir mi espada con la de don Huberto, é instruirme entónces del motivo que tenia para quejarse de él: y viéndome en fin ya de diez y ocho años, me lo descubrió, derramando abundantes lágrimas, y penetrada de un amargo dolor. ¡Que impresion no hace en un hijo dotado de valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado! Busqué prontamente á Hordales, le conduxe á un sitio retirado, en donde despues de un largo combate le di tres estocadas, con que cayó en tierra.

Sintiéndose don Huberto mortalmente herido, fixó en mí sus últimas miradas, y me dixo recibia la muerte de mi mano, como justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Confesóme que por vengarse del rigor con que le habia despreciado, tomó la resolucion de perderla; y luego espiró pidiendo perdón de su culpa al cielo, á don Anastasio, á Estefanía y á mí. No juzgué ácertado volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado dexé á la fama. Pasé la sierra,

y llegué á la ciudad de Málaga, donde me embarqué con un corsario que salía del puerto, quien conceptuando que no me faltaba corazon; consintió gustoso en que me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanias de las islas de Alboran encontramos un corsario de Melilla, que volvia á las costas de Africa con una embarcacion española, ricamente cargada, que habia apresado á la altura de Cartagena. Acometimos intrépidamente al africano, y nos apoderamos de sus dos baxeles, en los quales iban ochenta christianos que llevaba esclavos á Berberia; y aprovechando un viento que se levantó, y nos era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos en breve tiempo á punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos, á quienes habíamos libertado, de que parages eran, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buen aspecto, y que podia tener cincuenta años cumplidos. Respondióme suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por que; y yo tambien advertí que se turbaba. Díxele,

yo soy paisano vuestro, ¿podremos saber vuestra familia? ¡Ah! me dixo, no me insteis á que satisfaga vuestra curiosidad, si no quereis renovar mi dolor. Diez y ocho años hace que falto de Antequera, en donde no se pueden acordar de mí sin horror. Vmd. habrá quizá oído muchas veces hablar de mí. Me llamo don Anastasio de Rada. ¡Válgame Dios! exclamé, ¿debo creer lo que oigo? ¿con que vmd. es don Anastasio? ¿es pues mi padre al que veo? ¡Que decís, jóven, exclamó mirándome atónito! ¿será posible seais aquel niño desgraciado que todavia estaba en el vientre de su madre quando la sacrificué á mi furor? Sí, padre mio, le dixe, yo soy el que la virtuosa Estefanía parió tres meses despues de la funesta noche en que la dexasteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que acabase estas palabras para venir á abrazarme estrechamente; y en un quarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos entregado á los tiernos afectos que semejante encuentro debia inspirar, alzó mi padre los ojos al cielo para darle gracias de ha-

ber salvado la vida á Estefanía ; pero un momento despues , como si temiese dárselas fuera de tiempo , se dirigió á mí , y me preguntó de qué manera se habia averiguado la inocencia de su muger. Señor , le respondí , nadie ha dudado jamas de ella sino vmd. La conducta de vuestra esposa ha sido siempre irreprehensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que don Huberto fué quien os engañó ; y entónces le conté toda la perfidia de este pariente ; cómo me habia vengado de él , y lo que me habia confesado al morir.

A mi padre no le causó tanto placer el haber recobrado la libertad como el oír las nuevas que le anunciaba. Volvió á abrazarme enagenado de alegría : no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos , hijo mio , me dixo , tomemos presto el camino de Antequera. No tendré sosiego hasta que me arroje á los pies de una esposa , á quien tan indignamente he tratado. Conocida mi injusticia , siento despedazan mi corazon crueles remordimientos. Deseando yo reunir estas dos personas para mí tan amables , no quise se alargase

tan dulce momento. Dexé al corsario; y como mi padre no queria exponerse á los peligros del mar , compré en Adra , con el dinero que me tocó de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras que yo escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el príncipe de Itaca á la narracion de las del Rey su padre. En fin , despues de muchas jornadas llegamos al pie del monte mas inmediato á Antequera , en donde hicimos alto , y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre ; y todavia la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse la habia sido restituido. Pidióla mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vivas de arrepentimiento , que enternecida mi madre , en lugar de mirarle como á un asesino , vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido ; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió mucho mi huída , y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia cri-

minalmente contra el matador de su hermano , y me hacia buscar por todas partes ; de suerte que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la corte, adonde vengo , señor , á solicitar el perdon , el que espero obtener , puesto que V. S. quiere hablar á mi favor al primer Ministro , y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de don Anastasio dió fin aquí á su narracion , y yo con mucha gravedad le dixé : basta , señor don Rogerio , el caso me parece graciable ; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E. , y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias , que por un oido me hubieran entrado , y por otro salido , á no haberme asegurado , se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera ; pero luego que tocó esta cuerda , me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al Duque , quien habiéndome permitido le presentára el caballero , le dixo : don Rogerio , estoy enterado del lance de honor que os trae á la corte : Santillana me ha

dicho todás sus circunstancias: sosiéguese vmd. Vuestra accion es disculpable; y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengán su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estareis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas; él acelerará vuestra soltura.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al Ministro, sobre cuya palabra se fué á la carcel. Su carta de perdon se expidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telémaco con su Ulises y su Pelénope; en lugar que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavia un baron de Roncal para despreciarlo.

## CAPITULO IX.

POR QUE MEDIOS GIL BLAS HIZO EN POCO TIEMPO UNA GRAN FORTUNA ; Y DE CÓMO TOMÓ EL AYRE DE PERSONA DE IMPORTANCIA.

**E**l asunto que acabó de referir, me engolosinó ; y diez doblones que di á Scipion por su corretage, le animaron á hacer nuevas pesquisas. Ya dexo celebrado sus talentos sobre esto, por los que se le podia dar el renombre del grande Scipion. El segundo penitente que me llevó, fué un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpresso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados le conseguí le devolviesen sus exemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer Ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me vino á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente: un navío portugues habia sido apresado por un cor-

sario Berberisco, y represado por otro de Cadiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado, pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector, cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me empené por él; y recobró sus géneros, mediante la cantidad de quatrocientos doblones.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aqui: ánimo, señor de Santillana: cálcese vmd. las botas, pues está en camino de adelantar su fortuna. No, no dexaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo quidan que acaba de enganchar. Cabalmente es Scipion. Escuchémosle. Señor, me dice, permítame vmd. le presente á este famoso Empírico, quien solicita un privilegio para vender sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquía de España, con exclusion de qualesquiera otros, es decir, que se prohíba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de agradeci-

miento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dixé al charlatan, tomando el aspecto de un protector: id, amigo mio, vuestra solicitud corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué un privilegio que le permitia engañar al pueblo exclusivamente en todos los reynos de España.

Yo conocí la verdad de aquel refran que dice, que el comer y el rascar todo es empezar; pero ademas de que advertia que la codicia iba creciendo en mí á medida que iba adquiriendo riquezas, habia logrado con tanta facilidad las quatro gracias de que acabo de hablar, que no me detuve en pedir á S. E. la quinta. Esta fué el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava, que me ofrecia mil doblones. El Ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa. Vive diez, amigo Gil Blas, me dixo: ¡como apretais! Deseais vivamente hacer bien al próximo. Mirad: quando no se trate mas que de bagatelas, no miraré en ello; pero quando me pidais gobiernos ú otras cosas de importancia, os quedareis enhorabuena con la

mitad del provecho , y á mí me da-  
reis la otra. No podeis pensar , con-  
tinuó , el gasto que tengo precision de  
hacer , ni quantos arbitrios necesito  
para mantener la dignidad de mi em-  
pleo , porque á pesar del desinterés  
que aparento á los ojos del mundo , os  
confieso que no soy tan imprudente  
que quiera no cuidar de mi casa. Sír-  
vaos esto de gobierno.

Con esta advertencia me quitó mi  
amo el temor de importunarle , ó mas  
bien me excitó á que prosiguiese con  
mas empeño , y yo me sentí mas se-  
dientó de riquezas que antes. Hubie-  
ra yo entónces con gusto hecho fixar  
un cartel que dixese , que todos aque-  
llos que quisiesen conseguir gracias en  
la corte no tenian mas que acudir á  
mí ; yo iba por un lado , y Scipion  
por otro , buscando ocasiones de servir  
por dinero. Mi caballero de Calatrava  
alcanzó el gobierno de Vera por sus  
mil doblones , y bien presto hice dar  
otro por el mismo precio á un caba-  
llero de Santiago. No contento con  
hacer gobernadores , di hábitos de ca-  
balleros , transformé algunos buenos  
plebeyos en malos hidalgos , con fa-  
mosos títulos de hidalguía : quise tam-

bien que la clerecía participase de mis favores , y así conferí beneficios cortos , canongías , y algunas dignidades eclesiásticas. En orden á los obispados y arzobispados era el colador de ellos el baron de Roncal , quien además nombraba para las togas , encomiendas y vi Reynatos ; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños , porque los sugetos á quienes nosotros elegíamos para ocupar los puestos , de que hacíamos un tráfico tan honroso , no eran siempre los mas hábiles ni los mas arreglados. Sabíamos muy bien que los burles de Madrid se divertían en este punto á costa nuestra ; pero nosotros parecíamos á los avaros que se consuelan de las murmuraciones del pueblo recontando su dinero.

Isócrates llama con razon á la des-templanza y la locura, compañeras inseparables de los ricos. Quando me vi dueño de treinta mil ducados , y en disposicion de ganar quizá diez tantos mas , juzgué me tocaba hacer una figura digna de un confidente del primer Ministro : alquilé una casa entera , que hice componer decentemente ; compré el coche de un escribano que lo habia

echado por ostentacion , y que se des- hizo de él por consejo de su panadero. Recibí un cochero, tres lacayos ; y como es regular ascender á los antiguos criados , elevé á Scipion al triple honor de ayuda de cámara , secretario y mayordomo ; pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el Ministro llevase á bien que mis gentes tra- xesen su librea. Aquí perdí lo que me quedaba de juicio : no estaba menos loco que los discípulos de Porcio La- tro , que quando á fuerza de haber bebido agua de cominos se pusieron tan pálidos como su maestro , se creían tan sabios como él , y poco me fal- taba para juzgarme pariente del du- que de Melar. Se me puso en la cabe- za pasaria por tal , ó quizá por un hi- jo bastardo suyo ; cosa que me lison- jeaba infinitamente.

Añadid á esto , que quise como S. E. tener mesa de estado ; y á este efecto encargué á Scipion me buscase un cocinero , y me traxo uno que podia casi compararse con el del ro- mano Nomentano de golosa memoria. Abastecí mi cava de vinos exquisitos ; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias, principié á con-

vidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales Covachuelistas del Ministro, los quales se apropiaban con vanidad el dictado de secretarios de estado. Les tenia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Scipion por su parte (porque tal amo tal criado) tambien daba mesa en el tinelo, en donde á costa mia regalaba á sus conocidos. Pero ademas de que yo queria á este mozo, como él contribuia á hacerme ganar dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo; fuera de que yo miraba estas disipaciones como un jóven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas. Habia asimismo otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y empleos no cesaban de traer agua al molino, con lo que mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habria vuelto de Andalucía quise tener el gusto de sorprehenderle, y á este fin le envié un papel anónimo, en el que le decia que

un señor Siciliano, amigo suyo, le esperaba á cenar, señalándole dia, hora y lugar: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se quedó sumamente admirado quando supo que yo era el señor extrangero que le habia convidado. Sí, le dixé, amigo mio, yo soy el dueño de esta casa. Tengo coche, buena mesa, y sobre todo un gran caudal. ¡Es posible, exclamó con viveza, que te encuentre nadando en la opulencia! ¡quanto me alegro de haberte colocado con el conde de Galiano! Bien te decia yo que aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que seguiste el sabio consejo que te di de afloxar algo la rienda al mayordomo; sea enhorabuena: con esa prudente conducta engordan tanto los mayordomos de las casas grandes.

Dexé á Fabricio aplaudirse quanto quiso de haberme llevado á casa del conde de Galiano; y despues para moderar la alegría que manifestaba de haberme agenciado tan buen puesto, le dixé sin omitir circunstancia las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado lo que le habia servido; pero percibiendo que mi poeta

cantaba dentro de sí la palinodia, le dixe: yo perdono al siciliano su ingratitude. Hablando aqui entre los dos, mas motivo tengo de darme el parabien que de lamentarme. Si el Conde no se hubiera portado mal conmigo, le habria seguido á Sicilia, en donde todavia le estaria sirviendo esperanzado de un establecimiento incierto. En una palabra, no seria confidente del duque de Melar.

Estas últimas palabras dexaron tan atónito á Nuñez, que por el pronto no pudo proferir una palabra; pero luego rompiendo de golpe el silencio me dixo: ¿es verdad lo que oigo? ¿que lograis de la confianza del primer Ministro! La parto, le respondí, con el baron de Roncal, y segun todas las muestras haré gran camino. En verdad, señor de Santillana, replicó, que me causais admiracion. Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos: ¿Que talentos se unen en vos! O mas bien para servirme de una expresion á nuestro modo, poseeis un talento universal; es decir, que para todo sois adecuado. Finalmente, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. ¡Oh! que diablos, in-

terrumpí, señor Nuñez, no tratemos de señor, ni señoría. Dexaos de esos tratamientos, y vivamos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero añadió, te confieso mi flaqueza; al oír tu fortuna me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por quatro ó cinco covachuelistas que llegaron: señores, les dixe, mostrándoles á Nuñez, vmds. cenarán con el señor don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa, y que escribe en prosa inimitablemente. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía que dexaron cortado al poeta: apenas se dignaron mirarle: por mas que dixo cosas muy agudas para atraerse su atencion, no le escucharon; lo que le picó tanto, que tomando una licencia poética, se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no advirtieron su retirada, y se sentaron á la mesa sin preguntar por él.

Al siguiente día por la mañana al tiempo que iba á salir de casa , el poeta de las asturias vino á verme : perdóname , amigo mio , me dixo , si he ofendido á tus covachuelistas ; pero hablando con franqueza me encontré tan desayrado entre ellos , que no pude resistir. Son para mí muy fastidiosos unos hombres tan presumidos y almidonados. No alcanzo como tú , que tienes un entendimiento tan delicado , puedes acomodarte á unos convidados tan estúpidos. Yo quiero desde hoy traerte otros mas vivos. Tendré , le dixé , mucha satisfaccion en eso , y sobre este punto puedo fiar en tu gusto. Con razon , me respondió ; yo te prometo talentos superiores , y de los mas entretenidos. Voy de aqui á una casa , en donde se juntarán en un instante ; los apalabraré para que no den palabra á otro , porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Dicho esto , me dexó ; y á la hora de cenar volvió acompañado de solo seis autores que me presentó uno tras otro , haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer , aquellos grandes ingenios sobrepujaban á los de la Grecia é Italia , y sus obras , decia él , mere-

cian imprimirse en letras de oro. Recibí á aquellos señores muy atentamente, y aun les hice mil cumplimientos, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Aunque no hubiera encargado á Scipion que la cena fuese abundante, como él sabia la clase de gentes á que debia obsequiar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa con mucha alegría. Mis poetas principiaron á hablar de sí propios, y á alabarse. Uno citaba con vanidad los grandes, y las señoras á quienes agradaba su musa: otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrían con la misma presuncion. Mientras comia, me mataron con versos y prosa: cada uno de ellos recitaba por turno algun pasage de sus escritos: uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el quarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, le interrumpe uno de sus compañeros, que le di-

ce se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario ; y armase una disputa , en la qual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas , los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo pase ; pero aquellos furiosos se levantan de la mesa , y andan á puñadas. Fabricio , Scipion , mi cochero , mis lacayos y yo , en qué nos vimos para ponerlos en paz. Quando se vieron separados , salieron de mi casa como de una taberna , sin pedirme ningun perdon de su impolítica.

Nuñez , sobre cuya palabra habia yo formado un concepto agradable de aquella comida , se quedó atónito del lance : y bien , le dixé , mi amigo , ¿ me elogiareis todavia á vuestros convidados ? A fe mia que me habeis traído unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas ; no me hables mas de autores. Yo no pienso , me respondió , presentarte otros : estos son los mas juiciosos.

## CAPITULO X.

CORRÓMPENSE ENTERAMENTE LAS COSTUMBRES DE GIL BLAS EN LA CORTE: DEL ENCARGO QUE LE DIÓ EL CONDE DE SUMEL, Y DEL LANCE EN EL QUAL ESTE SEÑOR Y EL SE METIERON.

Luego que se llegó á saber que era yo privado del duque de Melar, empecé á tener mi corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándose con dinero para que pidiese alguna gracia al Ministro, y otras á moverme con súplicas á conseguirles *gratis* lo que pretendian. Las primeras tenían seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En orden á las segundas, me desembarazaba prontamente con excusas, ó los entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que

un pedernal, y de consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad voy á contar cómo traté en una ocasion á Josef Navarro.

Este, al que tanto tenia que agradecer, y quien para decirlo de una vez, era la causa primera de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Melar cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sujeto por quien se interesaba era un mozo muy amable, y de un gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió Josef, que siendo vmd. tan bueno, y amigo de hacer un gusto, lo tendreis en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vmd. Tengo la seguridad de que me dareis las gracias, porque os busco ocasion de exercer vuestro humor caritativo. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de valde. Aunque esto me disgustaba, no dexé de aparentar tendria gusto en

servirle. Me alegro , respondí á Navarro , de tener esta ocasion en que poder manifestar á vmd. el vivo agradecimiento de quanto vmd. ha hecho por mí : me basta que vmd. se interese para servirle. Su amigo tendrá el empleo que desea : cuente vmd. con ello. Este es asunto mio , y no de vmd.

Con estas expresiones Josef se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo , se quedó sin el empleo , porque lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi gabeta. Preferí tomar este dinero á los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero , á quien con un modo pesadoso díxe quando nos volvimos á ver: ¡ ah! mi amado Navarro , vmd. me habló tarde. El baron de Roncal se ha anticipado , y ha conseguido para otro sugeto el empleo que vmd. sabe. Siento en extremo no darle mejor noticia.

Josef me creyó de buena fe , y nos separamos mas amigos que nunca ; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á parecer por mi casa. En lugar de sentir el haberme portado tan mal con un amigo verdadero , y á quien tanto debia , quedé muy contento. Ademas de que ya

me pesaban los favores que me hizo, no me parecia conveniente tratar con criados en el estado en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Sumel, de quien hace tiempo no hemos hablado, y al que visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavia le llevé otros mil por orden del Duque su tio, del dinero que yo tenia de S. E. Este dia en que el Conde tuvo una larga conversacion conmigo, me dixo que al fin habia logrado su intento, y que enteramente gozaba del favor del príncipe, de quien era el único confidente, y en seguida me dió un encargo muy honroso, del qual me habia ya hablado. Amigo Santillana, me dixo, vamos, manos á la obra. No dexéis de hacer quanto podais para descubrir alguna buena moza, digna de divertir á este príncipe galan. Entendimiento teneis; nada mas os digo. Id, corred, buscad, y luego que hayais descubierto cosa buena, decidmelo. Ofrecí al Conde no omitir diligencia para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejercicio no debe de ser muy difícil, pues hay tantas gentes que se ocupan en él.

Yo no estaba muy acostumbrado á este género de averiguaciones, pero creí que Scipion seria tambien admirable para el caso. Luego que volví á casa le llamé, y le dixé á solas: hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. Ya sabes que en medio de tanto como me favorece la fortuna, conozco me falta algo. Fácilmente advino lo que es, interrumpió sin dexarme acabar; vmd. necesita una ninfa agradable, que le disipe un poco, y divierta; y en efecto, es de maravillar que vmd. en la flor de sus dias no la tenga, quando viejos barbones no pueden estar sin ella. Admiro tu perspicacia, le dixé sonriéndome. Sí, amigo mio, una dama necesito, y escogida por tí; pero advierte que soy muy delicado en este punto: yo quiero una persona linda, y que no tenga malas costumbres. Lo que vmd. desea, repitió Scipion sonriéndose, es algo raro; no obstante estamos, á Dios gracias, en una tierra en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que vmd. pretende.

Efectivamente á los tres dias me dixo: he descubierto un tesoro, una señorita llamada Catalina, de buena familia, y de indecible hermosura, que

vive con una tia suya con mucha decencia, de una mediana hacienda. La criada que las sirve, es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque no dan entrada á nadie, no seria dificil la hallase un galan rico y liberal, con tal que para no escandalizar entrase en su casa solo de noche, y con todo sigilo. En esta inteligencia le he pintado á vmd. como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado á la criada se lo proponga á las dos señoras, lo qual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á darme la respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo te engañe la criada: no, no, replicó, ¿que soy yo bobo? á mí no se me engaña: he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he inferido que la señora Catalina es tal como vmd. la puede desear, es decir una Dánae de quien vmd. puede ser el Júpiter, enviando una lluvia de doblones.

Sin embargo de la desconfianza que tenia de esta clase de fortunas, no dexé de aceptar esta. La criada avisó á Scipion que podia presentarme aquella misma noche; y á las once me en-

tré en la casa con mucho sigilo. La criada me recibió á obscuras, me cogió de la mano, y me llevó á una buena sala, en donde encontré á las dos señoras ayrosamente vestidas, y sentadas en unas almohadas de raso. Luego que me vieron, se levantaron, y me saludaron con tal ayre de señoría que me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, aunque todavía de bello parecer, no atraxo mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina, quien me pareció una diosa; y aunque exâminada rigurosamente podía decirse que no era una hermosura perfecta, tenia con todo gracias, que con un rostro atractivo y voluptuoso ofuscaban, haciendo imperceptibles sus defectos.

Su vista me turbó los sentidos: olvidé que iba como emisario, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, cuyo entendimiento me pareció tres veces mayor de lo que era (tal era lo bien que me habia parecido) acabó de enamorarme con sus agudas respuestas. Ya principiaba yo á estar fuera de mí, quando para moderar la tia

mis impulsos , me habló de este modo: señor de Santillana , voy á hablar á V. S. francamente. Por el mucho bien que me han dicho de V. S. le he permitido entrar en mi casa , sin ponderarle el gran favor que le hago en ello; pero no crea V. S. por eso que ha adelantado algo : hasta ahora he criado á mi sobrina con recato , y vos sois , por decirlo así , el primer caballero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa , tendré el mayor gusto en que ella logre este honor ; ved si á este precio os conviene , pues de otro modo no es posible.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora , un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo , y volviendo de repente á ser fiel agente del conde de Sumel , mudé de tono , y respondí á la señora Mencía: señora , vuestra franqueza me agrada , y por tanto quiero imitarla. Aunque hago un papel distinguido en la corte , no basta este para merecer á la sinigal Catalina ; la tengo reservado un partido mas brillante : la destino para el prin-

cipe. Me parece , respondió la tía friamente , que bastaba despreciar á mi sobrina , y que no era necesario acompañar el desprecio con la burla. No me burlo , señora , proseguí , hablo seriamente , tengo orden de buscar una persona de mérito , á quien pueda visitar secretamente el príncipe , y en casa de vmd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía , á quien conocí no la habia desagradado. Sin embargo , creyendo que debia hacer la reservada , me replicó en estos términos : aun quando tomara al pie de la letra lo que vmd. me dice , ha de saber que no tengo genio de hacer vanidad del infame honor de ver á mi sobrina ser dama de un príncipe ; pues el pensarlo horroriza á mi virtud.... ¡Que bendita es vmd. con su virtud! Vmd. piensa como una simple aldeana. Vmd. se chancea si mira estas cosas con tanto escrúpulo ; eso es quitarlas lo que tienen de bueno ; es necesario mirarlas con ojos agradables. Considerad á los pies de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía ; representaos que la adora , y la llena de regalos ; y pensad en fin que qui-

zá puede nacer de ella un héroe que immortalice el nombre de su madre con el suyo.

Fingió la tia no resolverse aunque estaba determinada á aceptar mi propuesta; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, afectó una grande indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin viéndome ya cansado la señora Mencía, y en disposicion de levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustamos una capitulacion que contenia los artículos siguientes: el primero, que si por los informes que diese yo al príncipe, de las gracias de Catalina, gustaba de ella, y determinaba hacerla una visita nocturna, seria de mi cargo advertir de ella á las señoras, y de la noche que eligiese para este efecto. El segundo, que el príncipe habia de entrar en casa de dichas señoras, como un galan qualquiera, y acompañado solo de mí, y de su principal confidente.

Celebrado este convenio, me hicieron mil agasajos tia y sobrina; empezaron á tratarme familiarmente, con lo que me aventuré á algunas llanezas

que no fueron muy mal recibidas; y quando nos separamos, me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se trababa amistad entre los corredores de amor, digámoslo así, y las mugeres que los necesitan: al verme salir tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo era mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Sumel tuvo suma alegría quando le dixe que habia hecho un descubrimiento qual podia desearlo. Le hablé de Catalina en tales terminos, que le di deseo de verla. Habiéndole llevado la noche siguiente á su casa, me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Dixo á las señoras que no dudaba que el príncipe quedase muy complacido de ver á la señorita que yo le habia elegido, y que esta por su parte no quedaria descontenta de tal amante por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin, las ofreció conducirle dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento, ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar

el coche en que habíamos venido, el qual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y encargó enterase el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al siguiente dia fuí á dar puntual cuenta de quanto habia pasado, al duque de Melar, á quien no obstante le oculté lo practicado por Scipion, atribuyéndome á mí el descubrimiento de Catalina; porque para con los grandes de todo hace uno mérito.

Y así fué que se me dieron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dixo el Ministro con ayre burlesco, me alegro que vmd. una á sus demas talentos el de descubrir las hermosuras alhagüenas; y no extrañará que quando yo necesite alguna, acuda á vmd. Señor, le respondí en el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítame que diga que escrupulizaria si procurase esta suerte de placeres á V. E. Está en posesion de este empleo tanto tiempo hace el baron de Roncal, que seria una injusticia despojarle de él. El Duque se sonrió de

mi respuesta, y mudando de conversacion me preguntó, si su sobrino no pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dixé, suplica á V. E. le envíe mil doblones. Está bien, respondió el Ministro, llévaselos; díle que no los escasee, y que apruebe todos los gastos que el príncipe quiera hacer.

## CAPITULO XI.

DE LA VISITA SECRETA, Y REGALOS  
QUE EL PRINCIPE HIZO A CATALINA.

**E**n aquel mismo punto llevé los mil dóblones al conde de Sumel. No podiais venir mas á tiempo, me dixo este señor. He hablado al príncipe, quien ha caido en el lazo, y desea con impaciencia ver á Catalina, por lo que se ha resuelto que esta noche salga secretamente de palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas. Díselo así á las señoras, y dáselas el dinero que me traes: es necesario manifestarlas que el que va á verlas no es un amante común, fuera de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar con-

migo, hállate esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece del caso servirnos de él) nos espere á media noche cerca de palacio.

Inmediatamente fuí á casa de las señoras, en la que no vi á Catalina, por estar segun se me dixo, acostada, y solo hablé con la señora Mencía. Perdone vmd., señora, la dixé, si vengo de dia; no puede ser otra cosa: es preciso avisar á vmd. que el príncipe vendrá esta noche; y vea vmd. aqui, añadí alargándola el saco en donde llevaba el dinero, vea vmd. aqui una dádiva que envía al templo de Cyterea para que le sean propicias sus deidades. Ya ve vmd. que no las he procurado una mala conveniencia. Doy á vmd. las gracias, me respondió; pero dígame, señor de Santillana, si el príncipe gusta de música. Con extremo, la respondí: ninguna cosa le divierte tanto como una buena voz acompañada de un instrumento tocado con destreza. Mucho mejor, exclamó ella enagenada de alegría; lo que vmd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina canta como un ruiñón, tañe maravillosamente una guitarra, y tambien bayla á la per-

feccion. ¡Vive diez, exclamé, esas son muchas perfecciones, tia mia! No necesita tanto una señorita para hacer fortuna: una de estas habilidades la basta.

Dispuestas así las cosas, esperé la hora en que el príncipe solia acostarse. Llegada esta, di mi orden al cochero, y busqué al conde de Sumel, quien me dixo que el príncipe para quedarse solo antes de tiempo, iba á fingir una leve indisposicion, y acostarse, á fin de hacer creer mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se levantaria, y por una puerta falsa tomaria una escalera excusada que iba á dar á los patios. Luego que me enteró de lo que ámbos habian concertado, me apostó en un sitio por donde me aseguró habian de pasar. Duró tanto el poste que discurri habria tomado nuestro galan otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los príncipes abandonaran estos antojos sin satisfacerlos. En fin, quando creia me habian olvidado, se llegaron á mí dos hombres, que conocí ser los que esperaba, y conduxe á mi coche, en el qual subieron ámbos. Yo iba cerca del cochero para guiarle, y

le hice parar á cincuenta pasos de donde vivian las señoras. Di la mano al príncipe y á su compañero para ayudarles á baxar , y marchamos á la casa, cuya puerta nos abrieron inmediatamente que llamamos , y volvieron á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas que yo me vi la primera vez , aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla , cuya luz era tan escasa , que solamente la percibiamos sin que ella nos alumbrara. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe , el qual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras , que le recibieron en la sala , en donde la claridad de un sin número de bugías recompensó la obscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se presentaron con un desabillé gracioso , y ayre tan atractivo que no se podia mirar sin agrado. Nuestro príncipe , si no hubiera tenido que escoger , se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero dió la preferencia , como era razon , á las gracias de la jóven Catalina.

Y pues , príncipe mio , le dixo el Conde , ¿ podiamos haber procurado á V. A. el gusto de ver dos personas

mas bonitas? Ambas me embelesan, respondió el príncipe, no pienso sacar libre de aquí mi corazón, pues si faltara la sobrina, no se escaparía de la tía.

Después de un cumplimiento tan agradable para una tía, dixo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que esta respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion, mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dixe al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades, y la suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias: y tomando una vihuela bien templada, tocó sonatas tiernas, y cantó de un modo tan expresivo que el príncipe quedó poseido de amor y contento. Pero dexemos á un lado esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia sepultado el heredero de la monarquía, hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa quando ya se acercaba

el día. Los señores agentes le llevaron prontamente á palacio, y dexaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa tan contentos de haberle unido con una aventurera, como si le hubiesen casado con una princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al Duque, porque todo lo queria saber, y al concluir mi narracion llegó el conde de Sumel, y nos dixo: el príncipe está tan prendado de Catalina, y le ha gustado tanto, que piensa ir á verla con frecuencia, y no aficionarse á otra; quisiera enviarla hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Ha acudido á mí y me ha dicho: mi amado Sumel, es preciso me busques en la hora esta cantidad. Sé que te incomoda, que apuro tu bolsillo, y por tanto te tengo en mi corazón: si alguna vez me hallo en estado de serte reconocido en otros términos, no te pesará de haberme servido. Yo le respondí, separándome de él inmediatamente: príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es difícil satisfacerle, dixo entónces el Duque á su sobrino. Santillana va á llevaros ese dinero, ó si quereis, él mismo com-

prará las joyas, porque es muy inteligente en pedrerías, y sobre todo en rubíes: ¿no es verdad, Gil Blas, añadió mirándome con un ayre taymado? Qué malicioso sois, señor, le respondí; veo que V. E. quiere hacer reír á costá mia al señor Conde, y así fué. El sobrino preguntó, ¿que misterio encerraba aquello? No es cosa, replicó el tío riyéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque no le fué de honor ni de provecho.

Hubiera salido bien librado si el Ministro no hubiera dicho mas; pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y don Rafael me habían jugado en una posada, y se extendió particularmente en las circunstancias que yo mas sentia. Despues de haberse divertido bien, me mandó S. E. acompañar al conde de Sumel, el que me llevó á casa de un platero en donde escogimos las joyas que llevamos al príncipe, las quales se me confiaron para que se las entregase á Catalina, y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del Duque para ir las á pagar.

Es ocioso preguntar si la noche si-

guiente me recibieron con agrado las señoras quando las presenté los regalos de mi embaxada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes para la tia, y unas arracadas de lo mismo para la sobrina. Embelesadas una y otra de estas demostraciones de amor y generosidad del príncipe, empezaron á charlar como dos comadres, y á darme gracias, porque las habia agenciado tan buen conocimiento, y con el exceso de su alegría se olvidaron de su ficcion. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo habia facilitado una bribona al hijo de nuestro gran monarca. Para averiguar con certeza si yo habia hecho tan primorosa obra, me retiré con intento de tener una conferencia con Scipion.

## CAPITULO XII.

QUIEN ERA CATALINA: PERPLEXIDAD DE GIL BLAS; SU INQUIETUD, Y LA PRECAUCION QUE TOMÓ PARA TRANQUILIZARSE.

**A**I entrar en mi casa oí un gran estrépito, y preguntada la causa, se

me dixo que Scipion tenia aquella noche á cenar á seis amigos suyos. Cantaban quanto mas alto podian, y daban grandes carcajadas de risa. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete sabios.

El que la daba, luego que supo mi llegada, dixo á sus convidados: señores, no es nada, es el amo que ha vuelto: no os inquieteis, continuad divirtiéndoos. Voy á decirle dos palabras, y al instante vuelvo. Vino, pues, á mí: ¿que gritería es esa? le dixen; ¿que casta de gentes son las que tienes allá baxo? ¿son poetas? Perdone vmd., me respondió: seria lástima gastar vuestra hacienda con semejantes sugetos; yo sé hacer mejor uso de ella. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dinero, y por él se hace la fiesta. A cada trago aumenta diez doblones á lo que ha de dar, y ha de seguir bebiendo hasta el amanecer. Siendo asi, le respondí, vuélvete á la mesa y no escasees el vino.

No juzgué á propósito hablarle entónces de Catalina, dexándolo para por la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte: amigo Sci-

pion, tú sabes del modo que los dos vivimos; yo te trato mas como á compañero, que como á criado, y por consiguiente harás muy mal en engañarme como haceis con los amos. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás qué piensas de las dos mugeres que me has hecho conocer. Hablando los dos en satisfaccion, sospecho que son dos taymadas, tanto mas astutas quanto afectan mas sencillez. Si las hago justicia, no tiene el príncipe gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Scipion, debo mucho á vmd. y no puedo dexar de decirle la verdad. Ayer tuve una conversacion con la criada de estas dos ninfas, y me contó su historia, que me ha parecido divertida, y referiré sucintamente.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragones. Habiendo quedado huérfana de edad de quince años, y tan pobre como bonita, se casó con un caballero del hábito, anciano, quien

la llevó á Toledo, y habiéndola servido mas de padre que de esposo, murió á los seis meses. Recogió ella su herencia, que consistia en algunas ropas, y en trescientos doblones en dinero contante, y se fué luego á vivir con la señora Mencía, que todavía se mantenía de buen ver, aunque ya iba cuesta abaxo. Estas dos buenas amigas permanecieron juntas, y principiaron á tener una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Esto desagradó á las señoras, quienes de enfado dexaron prontamente á Toledo, y vinieron á Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin tratar con ninguna señora de la vecindad. Pero oiga vmd. lo mejor: han alquilado dos casas pequeñas separadas solamente por un tabique, y pasan de una á otra por una escalera de comunicacion que hay en la cueva. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del comendador ocupa la otra con una dueña vieja, á quien hace pasar por su abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tia, como una pupila baxo la tutela de su abuela. Quando hace

de sobrina, se llama Catalina, y quando de nieta, Sirena.

Al oír el nombre de Sirena interrumpí todo asustado á Scipion: ¿que me dices? me haces temblar. ¡Ay de mí! Me temo que esta maldita aragonesa es la dama de Roncal. Asi es cabalmente, respondió, es ella misma. Yo creía dar á vmd. un gran gusto, participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No prevees tú las consecuencias? A la verdad que no, dixo Scipion. ¿Que mal puede suceder? El Baron no ha de descubrir precisamente lo que pasa; y si vmd. teme que se lo digan, prevéngaselo al primer Ministro, contándole el caso sencillamente. El conocerá la buena fe de vmd.; y si despues quisiese el Baron hacerle algún daño S. E. verá que su venganza es quien le excita á ello.

Con estas palabras me desvaneció Scipion el miedo. Seguí su consejo, y di parte al duque de Melar de este fatal descubrimiento; y tambien afecté contárselo con ayre triste, para persuadirle á que sentia haber inocentemente dado al príncipe la dama de Roncal; pero el Ministro, lejos de compa-

decirse de su favorito, se burló de ello. Despues me dixo que siguiera en mi oficio, y que sobre todo era gran gloria para el Baron amar á la misma dama que el príncipe, y recibir el mismo trato que él. Instruí en los mismos términos al conde de Sumel, quien me aseguró su proteccion si el primer secretario descubria la trama, y queria ponerme mal con el Duque.

Con esta maniobra creí haber salvado la embarcacion de mi fortuna del peligro de encallar, y me sosegué. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia habilidad de encontrar pretextos para apartar de su casa al Baron las noches que habia de hablar con su ilustre rival.

### CAPITULO XIII.

SIGUE GIL BLAS HACIENDO EL PAPEL DE SEÑOR: TIENE NOTICIAS DE SU FAMILIA; IMPRESION QUE LE HICIERON, Y DESCOMPADRA CON FABRICIO.

**Y**a llevo dicho que por las mañanas tenia en mi antesala muchas gen-

tes que venian á proponerme varios asuntos; pero que yo no queria que me las dixesen verbalmente. Siguiendo el estilo de la corte, ó mas bien para hacer mas de persona, decia á todo pretendiente: traígame vmd. un memorial. Me habia acostumbrado tanto á esto, que un dia respondí asi á mi casero, quando vino á decirme le debia un año de casa. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy puntuales en traerlos todos los meses. Scipion, que era un vivo retrato mio, hacia lo mismo con los que acudian á él para que se empeñase conmigo á su favor.

Yo tenia otra ridiculez que no pienso perdonarme; habia dado en la fatuidad de hablar de los grandes, como si yo fuese de su misma esfera. Si, por exemplo, tenia que citar al duque de Alba, al duque de Osuna, ó al de Medinasidonia, decia con llaneza Alba, Osuna, Medinasidonia. En una palabra, me habia puesto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡ Ah, pobre dueña, y pobre escudero, ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de infor-

marme de vuestra suerte! La corte tiene la virtud del rio Leteo, que nos hace olvidar de nuestros parientes y amigos, si se hallan en infeliz estado.

Quando mas olvidada tenia á mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo, que me dixo tenia que hablar conmigo un instante á solas; le hice entrar en mi despacho, en donde sin decirle se sentase por parecerme hombre ordinario, le pregunté qué me queria. Señor Gil Blas, me dixo, ¿pues que no me conoce vmd.? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que no caia en quien era. Yo soy, me replicó, un paisano vuestro, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio. Yo os reconozco muy bien. Hemos jugado mil veces los dos á la gallina ciega.

De los juegos de mi niñez, le respondí, solo conservo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues, me los han borrado de la memoria. He venido á Madrid, me dixo, á ajustar cuentas con el correspondal de mi padre. He oido hablar de vmd., y me han dicho que está en un gran puesto en la corte, y abundando

en riquezas , de lo que doy á vmd. la enhorabuena , y ofrezco á mi vuelta llenar de gozo á su familia, dándoles una nueva tan gustosa.

Aunque no fuera mas que por cumplimiento , no podia menos de preguntar como estaban mis padres y tio; pero lo hice con tal frialdad , que no tuvo motivo mi especiero de admirar la fuerza de la sangre. Chocóle mi indiferencia con unas personas á quienes debia profesar sumo cariño; y como aquel mozo era franco y grosero, me dixo ásperamente : yo creia que tuvieseis mas amor y aficion á vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos: ¿ vmd. ignora su situacion? sepa que su padre y su madre están todavia sirviendo , y que el buen canónigo Gil Perez , agoviado de vejez y achaques , está ya para vivir poco. Es necesario tener buen corazon , y pues que vmd. tiene proporcion de socorrer á sus padres , le aconsejo como amigo les envíe todos los años doscientos doblones. Este socorro les procurará sin incomodar á vmd. , una vida dulce y feliz.

En lugar de enternecerme la pintura que hacia de mi familia, me picó la libertad que se tomaba de aconsejarme, sin que yo se la diese; quizá con mas maña me hubiera persuadido; pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Mi silencio se lo dió á entender, y continuando su exhortacion con mas malicia que caridad, me impacientó. ¡Oh! basta, basta, respondí lleno de cólera. Vaya vmd. señor de Moscada, no se meta en negocios agenos. Vaya y busque al corresposal de su padre, y ajuste sus cuentas con él. ¿Quien es vmd. para enseñarme mi obligacion? Sé mejor que vmd. lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi despacho al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

No dexó de ofrecerse á mi imaginacion lo que acababa de decirme; y echándome yo en cara á mí mismo que era un hijo desapiadado, me enternecí. Traxe á la memoria los cuidados que mis padres habian tenido de mi niñez y educacion. Me representé lo que les debia, y á mis reflexiones siguieron algunos impulsos de agradecimiento, que no obstante para nada

contribuyeron. Mi ingratitud sufocó bien pronto estos afectos, á lo que sucedió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y ambicion de que estaba poseido, mudaron del todo mi humor. Perdí toda mi alegría, y andaba siempre distraido y pensativo; en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio tan sacrificado á la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez; pero no pudo dexar de decirme un dia: en verdad, Gil Blas, que no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo continuamente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y quanto mas ganas, mas quieres. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? ya no tienes conmigo aquellas familiaridades en que consiste lo fino de la amistad; antes por el contrario me tratas con disimulo, y ocultas lo íntimo de tu corazon. Tambien observo que eres contenido en las atenciones de que usas conmigo. En fin, este Gil Blas no es el mismo que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad. Yo ninguna mutacion percibo en mí. Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos. Creeme, eres otro del que eras. Dílo, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Quando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu quarto sin cumplimento. ¡Pero hoy que diferencia! tienes lacayos; se me hace esperar en tu antecámara mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿como me recibes? Con una fria política, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no; de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Yo me sentí mas exâsperado que movido de sus reprehensiones, y dexé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de

un poeta no era cosa tan preciosa que su pérdida me causase afliccion en el estado en que me hallaba; además, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de palacio, con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sujetos, cuya mayor parte venia de no sé dónde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el Rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos, y todos nos creíamos unos personajes muy respetables. ¡O, fortuna! ve aqui como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoyco epíteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.

AVENTURAS  
DE  
GIL BLAS DE SANTILLANA.  
LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

SCIPION QUIERE CASAR A GIL BLAS,  
Y LE PROPONE LA HIJA DE UN RI-  
CO Y FAMOSO PLATERO: DE LOS PA-  
SOS QUE SE DIERON A ES-  
TE FIN.

Una noche despues de haber des-  
pedido á la concurrencia que habia ido  
á cenar conmigo, pregunté á Scipion  
qué habia hecho aquel dia. Un golpe  
de maestro, me respondió. Buscar á  
vmd. un rico establecimiento; pues le  
quiero casar con la hija única de un  
platero conocido mio. ¡Hija de un pla-  
tero, exclamé con ayre desdeñoso!  
¿Has perdido el juicio? Teniendo tal  
qual mérito, y estando en la corte en  
cierta altura, me parece se debe te-  
ner ideas mas elevadas. ¡Ay! señor,

repitió Scipion, no penseis así. Pensad que el varon es quien ennoblece; no querais ser mas delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe vmd. que la heredera de quien hablo, es un partido de cien mil ducados? ¿no es este un buen pedazo de platería? Quando oí hablar de una suma tan grande me suavicé. Desde luego cedo al dictamen de mi secretario; la dote me determina. ¿Quando quieres tú que la reciba? Despacio, señor, me respondió, un poco de paciencia. Es menester que trate yo ántes del asunto con el padre, y que venga en ello. Bueno, respondí dando una gran carcajada, ¿todavía estás ahí? Por cierto que el casamiento está adelantado. Mas de lo que vmd. piensa, replicó, con sola una hora de conversacion con el platero, respondo de su consentimiento; pero primero capitulemos si vmd. gusta. Supongamos que yo haga recibir á vmd. cien mil ducados, ¿y á mí que me ha de tocar? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dixo: yo limito vuestro agradecimiento á diez mil. Vmd. es mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana me emplearé en esta negociacion, y cuen-

te vmd. con que se conseguirá , ó yo soy un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dixo : he hablado con el señor Gabriel Salero (que este era el nombre del padre de la niña ), y es tanto lo que le he celebrado vuestro valimiento y mérito , que ha oido con gusto la propuesta. Será vuestra su hija con cien mil ducados , siempre que le hagais ver claramente que sois valido del Ministro. Si en eso consiste , dixé entonces á Scipion , presto estaré casado. Pero tratemos de la muchacha : ¿ la has visto ? ¿ es buena moza ? No es tan hermosa como el dote , respondió. Hablando aquí para los dos , esta rica heredera no es muy bonita , pero á Dios gracias , á vmd. nada se le da. No , á fe mia. Los cortesanos nos casamos solamente por casarnos , y buscamos la hermosura en las mugeres de los amigos ; y si por acaso la hay en las nuestras , hacemos tan poco caso de ella , que es bien merecido que nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo , repitió Scipion ; el señor Gabriel convidá á vmd. á cenar esta noche. Hemos quedado en que no le ha de hablar vmd. de casamiento. Tiene convidados

muchos mercaderes amigos suyos; y no ha de hacer vmd. otro papel que el de uno de tantos, y él vendrá á cenar á casa del mismo modo: en esto conocerá vmd. que este hombre quiere experimentar antes de pasar adelante. Convendrá que vmd. se contenga un poco delante de él. ¡Oh! pardiez, interrumpí con ayre de confianza, aunque exámine lo que quiera, siempre he de salir ganancioso.

Todo se executó puntualmente; hice me conduxeran á casa del plate-ro, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era una buena pasta de hombre, como decimos, y tan cortés que era ya pesado. Me presentó la señora Eugenia, su muger, y la jóven Gabriela, su hija; yo las hice mil cumplimientos sin contravenir á lo tratado, y las dixé mil tonterías en bellos términos y frases de corte.

Gabriela, á pesar del dictamen de mi secretario, no me pareció fea, ya fuese porque estaba muy bien puesta, ó ya porque la mirase al traves del dote. ¡Que gran casa la del señor Gabriell Yo creo que no habrá tanta plata en las minas del Perú como la

que habia alli. Se veia convertido este metal en mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente la de la cena, era un tesoro. ¡Que espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro, para hacer mas lucido el convite, habia convidado cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas, que solo hablaron de comercio, de modo que su conversacion mas bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente tuve á cenar en mi casa al platero; y como no podia deslumbrarle con mi baxilla, recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á aquellos amigos míos que hacian mayor figura en la corte, y cuya ambicion no tenia límites. No hablaron de otra cosa que de grandezas, empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo qual produjo su efecto. Aturdido el buen Gabriel de oír sus grandes ideas, se tenía, á pesar de su riqueza, por un mísero mortal en comparacion de aquellos señores. Por mi parte, afectando moderacion, dixé me contentaria con una mediana fortuna, como de veinte mil ducados de renta, con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores

y riquezas exclamaron diciendo que hacia mal, y que siendo tan querido del primer Ministro no debia contentarme con tan poco. Nada de esto se le escapó al suegro, y creo se retiró muy pagado de mí.

Scipion no dexó de ir á verle el dia siguiente por la mañana, para preguntarle, si yo le habia gustado. He quedado muy prendado, le respondiό, tanto que me ha robado el corazon. Pero señor Scipion, añadiό, suplico á vmd. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como vmd. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame vmd. qual es el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿es cortejante? ¿qual es su inclinacion viciosa? suplico á vmd. no me la ocultete. Vmd. me ofende, señor Gabriel, en preguntarme semejante cosa, repitiό el medianero. ¿No sabe que yo me intereso mas por vmd. que por mi amo, y que si tuviera algun vicio capaz de hacer á su hija desgraciada, no se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no: yo soy muy servidor de vmd.; pero en satisfaccion, el único defecto que le encontré es no tener ninguno. Para jóven es muy

juicioso. Otro tanto oro, respondió el platero ; eso me agrada. Vaya vmd., amigo mio , y asegúrele que logrará la mano de mi hija , y que aun quando no fuera querido del Ministro , sucedería lo mismo.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion , fuí á casa de Salero á darle gracias del favor que me hacia. A este tiempo ya se habia declarado con su muger é hija , quienes por el modo con que me recibieron, me hicieron conocer que se sujetaban sin repugnancia á su voluntad. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Melar , le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agasajo , y le manifestó la satisfaccion que tenia en que hubiese elegido para yerno á un hombre á quien estimaba mucho , y á quien quería ascender. Despues siguió hablando de mis buenas prendas, y dixo tanto bien de mí , que el buen Gabriel creyó que su hija habia encontrado en mi señoría el mejor partido de España. Lloraba de gozo , y estrechándome entre sus brazos me dixo : hijo mio, estaré inquieto hasta veros esposo de Gabriela ; dexad que de aqui á

ocho dias lo mas tarde lo sereis.

## CAPITULO II.

POR QUE CASUALIDAD SE ACORDÓ  
GIL BLAS DE DON ALFONSO DE LEY-  
VA , Y DEL SERVICIO QUE  
LE HIZO.

**D**exemos de hablar por un rato de mi casamiento , porque el orden de mi historia lo exíge asi , y que cuente el servicio que hice á don Alfonso mi amo antiguo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y ahora diré por que causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el gobierno de Valencia, y habiéndolo sabido, pensé en que se confriese á don Alfonso de Leyva. Consideré que este empleo le convendria de pasmo , y quizá no tanto por amistad , como por ostentacion , determiné pretenderlo para él, haciéndome cargo de que si lo obtenia , me haria este paso un honor infinito. Me dirigí , pues , al duque de Melar , y le dixé que habia sido mayordomo de don Cesar de Leyva y su hijo , y que teniendo grandes motivos

para vivirles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese al uno ó al otro el gobierno de Valencia. El Ministro me respondió: con mucho gusto, Gil Blas, yo me alegro de que seas generoso y reconocido. Por otra parte yo estimo á esa familia de que me hablas. Los Leyvas son buenos servidores del Rey, y merecen bien este empleo. Haz lo que quieras, yo te lo doy por regalo de la boda.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fuí sin perder instante á casa del Baron á extender el despacho para don Alfonso. Habia alli un crecido número de personas, que con respetuoso silencio aguardaban á que les diese audiencia el señor de Roncal. Habiendo atravesado por entre aquella gente, me presenté á la puerta del gabinete, en donde encontré no sé quantos caballeros, comendadores y otros sugetos de distincion, á quienes el baron de Roncal oia por su orden. Era de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacer á unos á lo mas una leve inclinacion de cabeza; y honrando á los otros con una cortesía, los conducia

hasta la puerta de su gabinete , graduando su atencion por los diversos cumplimientos que empleaba. Por otra parte se conocia que algunos de aquellos sugetos , ofendidos del poco caso que de ellos hacia, maldecian en su corazon la necesidad que les obligaba á humillarse delante de aquella figura. Otros vi que por el contrario se reian interiormente de su ayre fantástico y presumido. Aunque yo observaba estas cosas , nunca me enmendé de lo mismo , pues me portaba en iguales términos en mi casa , y se me daba poco se aprobase ó vituperase mi modo orgulloso , siempre que me respetasen.

Habiéndome casualmente visto el Baron , dexó precipitadamente á un hidalgo que le hablaba , y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. ¡ Ah! amado compañero mio , exclamó , ¿ que asunto es el que me proporciona el gusto de ver á vmd. aqui ? ¿ en que puedo servir á vmd. ? Díxele á lo que iba , y en seguida me aseguró en los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se despacharia mi pretension. Su atencion no paró aqui , pues me

acompañó hasta la puerta de la antecámara, lo que jamas hacia sino con los señores, y allí me volvió á abrazar. ¿Que significan estos obsequios, decia yo en el camino? ¿que me anuncian? ¿Si meditará este hombre mi ruina, ó previendo que declina su favor, querrá grangear mi amistad, y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia á qual de estas congeturas atenerme. Quando volví al dia siguiente, me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó con el recibimiento que hizo á otras personas que se le presentaron. Trató groseramente á unos, á otros habló con frialdad, de modo que á casi todo el mundo dexó descontento; pero se vengaron todos á satisfaccion con una aventura que sucedió, la qual no debo dexar en silencio, y que servirá de leccion á los covachuelistas y secretarios que la lean.

Habiéndose llegado al Baron un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de un cierto memorial que decia haber presentado al duque de Melar. El Baron, no solo no miró al caballero, sino

que le dixo ásperamente: ¿como se llama vmd., amigo? En mi niñez me llamaban Frasquito, le respondió con serenidad el tal; despues me han llamado don Francisco de Zúñiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa. Sorprehendido de esto el Baron, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso disculparse, y dixo: señor, perdone V. E. sino conociéndole... Yo no necesito de tus excusas, interrumpió con altivez Frasquito; las desprecio tanto como tus malos modos. Sabe que el secretario de un Ministro debe recibir cortesmente á toda clase de personas. Sé si quieres tan fantástico, que te mires como el substituto de tu amo; pero no te olvides de que eres su criado.

Este pasage supó muy mal al soberbio Baron, quien no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Resolví mirar con quien hablaba en mis audiencias, y no ser insolente sino con los mudos. Como el despacho de don Alfonso estaba ya expedido, se lo envié con un correo extraordinario á este señor con carta del duque de Me-

lar , en la que S. E. le avisaba que el Rey le habia nombrado para el gobierno de Valencia. No le di parte de la que tenia en este nombramiento , ni quise aun escribirle , porque tenia gusto de decirselo de boca , y de causarle esta agradable sorpresa quando viniese á la corte á prestar el juramento.

### CAPITULO III.

DE LOS PREPARATIVOS QUE SE HICIERON PARA EL CASAMIENTO DE GIL BLAS, Y DEL GRANDE ACONTECIMIENTO QUE LOS INUTILIZÓ.

**V**olvamos á mi bella Gabriela, con quien dentro de ocho dias habia de celebrar mi matrimonio. Por ambos lados se hacian preparativos para ello. Salero compró ricos trages para la novia , y yo la busqué una doncella , un lacayo , y un viejo escudero , todo lo qual eligió Scipion , que esperaba todavia con mas impaciencia que yo el dia en que habian de entregarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con tios, tias, primos y primas de mi novia. Hice perfectamente el papel de un yer-

no hipócrita ; mostréme muy obsequioso con el platero y su muger ; fingime apasionado de Gabriela , agasajé á toda la familia , cuyas conversaciones y expresiones majaderas y toscas escuché con paciencia ; y asi en premio de ello tuve la dicha de agradar á todos los parientes , que se alegraron de mi enlace con ellos.

Acabada la comida pasaron los convidados á una gran sala , en donde habia dispuesta una música de voces é instrumentos que no se executó mal , aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Nos puso de tan buen humor lo bien que cantaron que empezamos á baylar. Dios sabe con que primor , pues me tuvieron por discípulo de Terpsícore , aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa del marques de Chaves me habia dado un maestrillo de bayle que iba á enseñar á los pages. Despues de habernos divertido bien , pensamos en retirarnos , y entónces prodigué las cortesías y cumplimientos. A Dios , mi amado hijo , me dixo Salero abrazándome ; mañana por la mañana iré á tu casa á llevar la dote en

buenas monedas de oro. Será vmd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Luego, habiéndome despedido de la familia, subí en mi coche que me esperaba á la puerta, y tomé el camino de mi casa.

Apenas habia andado doscientos pasos, quando quince ó veinte hombres, unos á pie, y otros á caballo, armados todos de espadas y carabinas rodearon mi coche, y lo detuvieron gritando: favor al Rey. Hiciéronme baxar aceleradamente, y me metieron en una calesa adonde el comandante de la cuadrilla subió conmigo, y dijo al calesero tomase el camino de Segovia. Juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir, brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dixé, quizá vmd. se ha engañado. No, no, respondió, sé que no he errado el golpe. Vmd. es el señor de Santillana; á vmd. es á quien tengo orden de conducir. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la no-

che caminamos por la orilla del rio Manzanares con un profundo silencio. En Guadarrama mudamos de mulas, y llegamos de noche á Segovia en donde me encerraron en la torre.

## CAPITULO IV.

DE QUE MODO FUE TRATADO GIL BLAS EN LA TORRE DE SEGOVIA, Y DE CÓMO SUPO LA CAUSA DE SU PRISION.

**L**o primero fué meterme en un encierro sin mas cama que un xergon de paja como si fuese un reo digno del mayor suplicio. Pasé la noche, no con el mayor desconsuelo, porque todavía no conocia todo mi mal, sino repasando en mi imaginacion qué sería lo que habria acarreado mi desgracia. No dudaba fuese obra del Baron; sin embargo, por mas que lo sospechase no comprendia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Melar me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba me habian preso sin noticia de S. E., y otras que este señor mismo me habia hecho arrestar por alguna razon política, como sue-

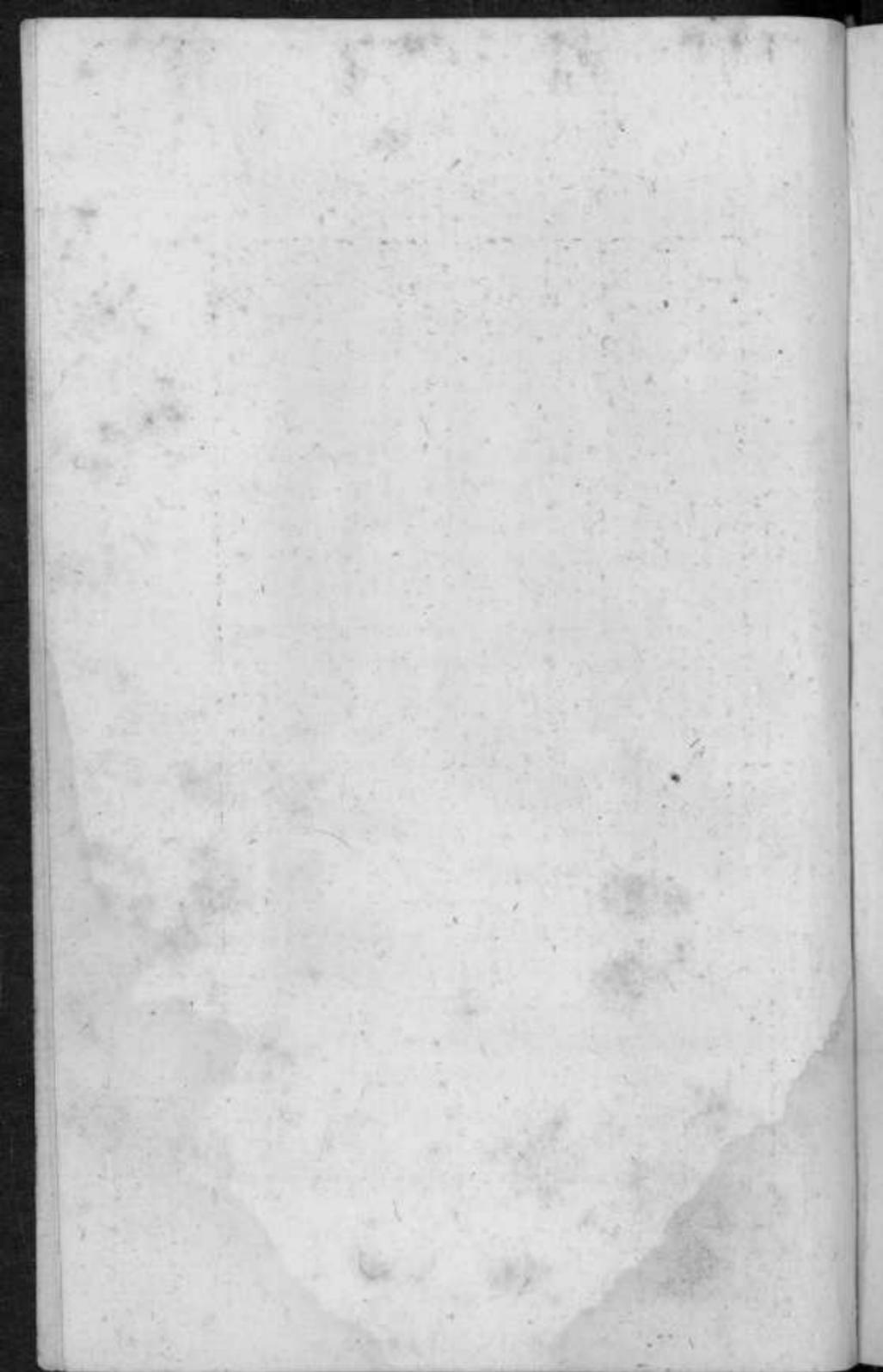
len hacer algunas veces los Ministros con sus favoritos.

Agitado con estos pensamientos vi á favor de una luz que entraba por una reja pequeña , lo horroroso del sitio en donde me hallaba. Me affigí entónces con extremo , y mis ojos fuéron dos raudales de lágrimas , que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Quando estaba en la mayor affliccion entró en el encierro un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró , y viendo que tenia el rostro bañado en lágrimas , aunque carcelero se movió á piedad , y me dixo: señor preso , no se desanime vmd. Las desgracias de la vida se han de sufrir con constancia. Vmd. es jóven , y tras de este tiempo vendrá otro. Entretanto coma vmd. con gusto el pan del Rey.

Diciendo esto , se retiró mi consolador , á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella , sin pensar en comer nada de mi racion , que en el estado en que me hallaba , mas me parecia un efecto de la indignacion del Rey , que una expresion de su bondad , pues servia mas para prolongar



*Señor preso, no se desanime, y  
coma con gusto el pan del Rey.*



que para mitigar la pena de los desgraciados.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que me llevó la atención. Abrieron la puerta del calabozo, y entró un hombre con una bugía en la mano, el que llegándose á mí, me dixo: señor Gil Blas, vea vmd. á uno de sus amigos antiguos. Yo soy aquel don Andres de Tordesillas que vivia en Granada, y era gentilhombre del Arzobispo quando vmd. gozaba del favor de aquel prelado. Vmd. le pidió, si hace memoria, un empleo en México, para el qual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del capitán del castillo, y por una série de sucesos que contaré á vmd. luego, he venido á ser Alcayde de la torre de Segovia. Vmd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para suavizar el rigor de su prision. Tengo orden expresa de que no dexé á vmd. hablar con nadie; que no le ponga cama, ni le dé otra comida que pan y agua; pero

ademas de que soy caritativo, y no habia de dexar de compadecerme de sus males, vmd. me ha servido, y mi agradecimiento puede mas en mí que lo que se me ha mandado. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con vmd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levántese vmd., y venga conmigo.

Estaba tan perturbado que no pude responder una sola palabra al señor Alcayde, aunque sus expresiones merecian muchas gracias. Le seguí, me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy estrecha á una pieza que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardan en dos candeleros de cobre, y dos cubiertos muy curiosos: inmediatamente, me dixo Tordesillas, os van á traer de comer; ámbos cenaremos aqui. Este quartito le he destinado para habitacion vuestra; aqui estará vmd. mejor que en el encierro. Vmd. verá desde su ventana las floridas riberas del Eresma, y el valle delicioso que desde el pie de las montañas que separan las dos Cas-

tillas, se extiende hasta Coea. Conozco que al principio no le admirará una vista tan bella; pero quando á lo amargo de su dolor haga el tiempo que siga una dulce melancolía, tendrá gusto de recrear la vista con unos objetos tan agradables. Ademas de esto cuenta vmd. con que no le faltará ropa blanca, y las demas cosas necesarias para un hombre curioso. Sobre todo tendrá vmd. buena cama, estará bien mantenido, y le daré los libros que quiera: en una palabra, todos los alivios que pueden darse á un preso.

Con tan corteses ofertas me sosegué algo, cobré ánimo, y di mil gracias al Alcayde. Le dixé que su generoso proceder me restituía la vida, y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi gratitud. ¿Por que no ha de volver vmd. á verse en su primer estado? me respondió: ¿cree vmd. haber perdido la libertad para siempre? se engaña si lo juzga así; y me atrevo á asegurar que con algunos meses de prision habrá vmd. pagado. ¿Que dice vmd., señor don Andres? exclame. Parece que vmd. sabe el motivo de mi desgracia. Confieso, me dixó, que no lo ignoro. El alguacil que

ha conducido á vmd. aqui me ha confiado el secreto , y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que informado el Rey de que vmd. y el conde de Sumel llevaban de noche al príncipe á casa de una dama sospechosa, habia desterrado al Conde , y destinado á vmd. á esta torre, para ser tratado en ella con todo el rigor que ha visto desde que vino. ¿ Como , pues, le dixé , ha sabido esto el Rey ? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente. Y esto es , respondió , lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil , y lo que él á la cuenta no sabe.

Estando en esto entraron muchos criados que traian la cena. Pusieron en la mesa pan , dos tazas , dos botellas y tres fuentes , en la una de las quales venia un guisado de liebre con mucha cebolla , aceyte y azafran ; en la otra una olla podrida , y en la tercera un pavipollo sobre un quajado de berengena. Luego que vió Tordesillas que nos habian servido lo necesario, despachó sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta , y nos sentamos el uno enfrente del otro. Empecémos , me dixo , por lo mas urgente : vmd. despues de

dos días de dieta, es preciso tenga buen apetito; y diciendo esto llenó mi plato de comida. Creia servir á un hambriento, y efectivamente tenia motivo para pensar que yo me atracaria de sus manjares. Se equivocó en esto, pues por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos: tan afligido estaba mi corazon del estado presente. En vano mi Alcayde para alejar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian, me excitaba á beber, y celebraba lo exquisito de su vino, pues aun quando me hubiera dado nectar, lo habria bebido sin gusto. El lo conoció, y tomando otro rumbo principió á contarme con estilo alegre la historia de su casamiento; pero todavia consiguió menos el fin. La oí tan distraido que quando la acabó, no hubiera podido dar fe de lo que me habia contado. Juzgó que era mucha empresa querer divertirme por aquella noche. Despues de concluida la cena se levantó de la mesa, y me dixo: señor de Santillana, voy á dexar á vmd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito

que no será de larga duracion. El Rey es naturalmente bueno, y quando se le haya pasado el enfado, y considere la deplorable situacion en que cree á vmd., le parecerá que está bastante castigado. Dicho esto, el señor Alcayde baxó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa. Se llevaron hasta las luces, y yo me acosté á la escasa luz de un candil colgado en la pared.

## CAPITULO V.

DE LO QUE REFLEXIÓNÓ ANTES DE DORMIRSE, Y DEL RUIDO QUE LE DESPERTÓ.

**D**os horas por lo menos se me pasaron en reflexionar sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Aqui estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un príncipe tan jóven! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el Rey en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido si fuera de mas edad. ¡Pero quien habrá dado semejante aviso al Monarca, sin haber

temido el resentimiento del príncipe y del duque de Melar? Sin duda este querrá vengar al conde de Sumel su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender es, cómo el Rey ha podido descubrirlo.

Siempre volvía á pensar en esto. Sin embargo, lo que mas me afligia, mas me desesperaba, y que no podía desechar de mi imaginacion, era el saqueo que temia habian padecido todos mis efectos. ¡Tesoro mio! exclamé, ¿donde estás? amadas riquezas mías, ¿que ha sido de vosotras? ¿en que manos habeis caido? ¡Ay de mí, os he perdido en menos tiempo que os gané! Me representaba el desorden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexiones muy tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me sepultó en una tristeza que me fué provechosa, pues cogí el sueño que la noche antes no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron á ello la buena cama, la fatiga que habia padecido, y los vapores del vino y de la cena. Me quedé profundamente dormido, y segun las señales me hubiera amanecido así, á no haberme despertado de improviso un ruido bastante

extraordinario para una carcel. Oí tocar una guitarra , y á un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atencion ; pero ya nada oí. Creí que era un sueño ; pero de allí á un instante volví á oír el mismo instrumento , y que cantaban los versos siguientes :

¡ Ay de mí ! un año felice  
parece un soplo ligero ;  
pero sin dicha un instante  
es un siglo de tormento.

Esta copla , que parecia se habia compuesto de intento para mí , aumentó mis pesares. La verdad de estas palabras , me decia yo , harto la experimento. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado como un relámpago , y que hace un siglo que estoy preso. Volví á sepultarme en una terrible melancolía , y á desconsolarme como si tuviese gusto en ello. Mis lamentos dieron fin con la noche ; y los primeros rayos del sol que alumbraron mi estancia , calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el ayre en el quarto ; miré el campo , cuya vista me traxo á la memoria la bella descripcion que el señor Alcayde me ha-

bia hecho de él; pero no encontré en él con que acreditar la verdad de lo que me habia dicho. El Eresma que yo creia á lo menos igual al Tajo, me pareció solo un arroyo. La ortiga y el cardo eran el único adorno de sus riberas floridas, y el supuesto valle delicioso no ofreció á mi vista sino tierras, la mayor parte incultas. Al parecer todavia no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia representarme las cosas de otro modo de como las veia.

Estaba á medio vestir quando llegó Tordesillas acompañado de una criada anciana que me traia camisas y tohallas. Señor Gil Blas, me dixo, aqui tiene vmd. ropa blanca. Use vmd. de ella sin reparo, que yo cuidaré de que la tenga siempre de sobra; y pues, añadió, ¿como ha pasado vmd. la noche? ¿ha aplacado el sueño sus penas por algunos instantes? Puede ser, respondí, que durmiera todavia, si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El que ha turbado su reposo, respondió, es un preso de estado que está en un quarto inmediato al de vmd. Es un caballero de la orden de Calatrava, y de presència muy amable: se llama don Gaston de Cogollos. Si

vmds. quieren, pueden tratarse y comer juntos, y así en sus conversaciones se consolarán mutuamente, y para ambos será esto una grande satisfacción. Manifesté á don Andres que agradecia mucho la licencia que me daba de unir mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender mi vivo deseo de conocer á aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés Alcayde desde aquel mismo dia me procuró este recreo. Comí con don Gaston, cuyo bello aspecto y hermosura me cautivaron. ¿Qual seria este hombre, pues deslumbró mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas linda de la corte? Imaginaos un hombre que parecia una pintura, uno de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaban mas que presentarse. Añádase á esto que la naturaleza, que comunmente mezcla sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento; en una palabra, era un caballero perfecto.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque mas le supliqué no dexase de cantar por mí de noche, nunca mas siguió

temiendo incomodarme. Dos personas á quienes aflige una mala suerte, se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la qual se estrechó cada día mas. La libertad que teníamos de hablar quando queríamos, nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su quarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama; tocó un son muy tierno, y cantó despues unas coplas que explicaban la desesperacion á que reducía á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dixé sonriéndome: caballero, nunca necesitará vmd. emplear tales versos en sus galanteos, porque su persona no encontrará mugeres crueles. Vmd. me favorece, respondió: los versos que vmd. acaba de oir, los compuse para ablandar un corazón que yo creía de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor extremo. Es preciso cuen-

te á vmd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá vmd. la de mis desgracias.

## CAPITULO VI.

HISTORIA DE DON GASTON DE COLLOS, Y DE DOÑA ELENA DE GALISTEO.

**P**resto hará quatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia doña Leonor de Laxarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la vieja, y de quien yo soy el único heredero. Apenas llegué á su casa quando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un quarto, cuyas ventanas estaban en frente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté inmediatamente con miradas tan vivas, que no podian equivocarse: ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavia menos correspondió á mis gestos.

Quise saber el nombre de aquella

peligrosa persona, que tan prontamente inquietaba los corazones, y supe se llamaba doña Elena; que era hija única de don Jorge de Galisteo, y que poseía á algunas leguas de Coria un señorío de mucho producto: que se la presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con don Agustin de Oliguera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado, quizá me excitó mas que mi afecto á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien medianeros á Felicia su criada, para implorar su asistencia. Hice tambien hablar mis dedos; pero estas demostraciones fuéron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron crueles é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al language de mis ojos, recurrí á otros intérpretes: puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun

conocimiento en la ciudad, y llegué á saber que su mayor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con esta noticia busqué á Teodora, á quien obligué con dádivas á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció facilitarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, promesa que cumplió al dia siguiente.

Ya dexo de ser desgraciado, la dixé á Felicia, pues mis penas han excitado tu piedad. ¿Que no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte? Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad. Me ha hablado por vmd.; y si pudiera yo hacerle feliz, bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré seros de gran provecho. No quiero lisonjear á vmd.: su empresa es muy dificil. Vmd. ha puesto los ojos en una señora, cuyo corazon es de otro: ¡y que señora! Es tan disimulada y altiva que si vmd. con su constancia y obsequios consigue merecerla algunos suspiros, no piense que su altanería le dé la satisfaccion de demostrárselo. ¡Ah! mi amada Felicia,

exclamé con dolor, ¿para que me expresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el alma. Engáñame y no me desesperes. Dicho esto, y cogiéndola una mano, la puse un anillo de un diamante de trescientos doblones, diciéndola al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

La persuadieron tanto mis palabras, y quedó tan contenta con mi generosidad, que no quiso dexarme sin consuelo; y allanando un poco las dificultades, me dixo: señor, lo que acabo de decir á vmd. no debe quitarle toda esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á casa á ver con libertad á su prima, la habla quando quiere, y esto es lo que favorece á vmd. La costumbre que tienen de estar siempre juntos, entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que están ya casados. En una palabra, no me parece que mi ama tiene una ciega passion á don Agustin. Por otra parte hay mucha diferencia de las prendas personales de él á las de vmd., y esta particularidad no la observará inútil-

mente una señorita de tan delicado gusto como doña Elena. No se acobarde vmd., continúe su galanteo, que yo no dexaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que vmd. se esmera en agradarla, y por mas que disimule, yo descubriré su interior.

Despues de esta conversacion Felicia y yo nos separamos muy satisfechos uno del otro. Yo me dispuse de nuevo á cortejar en secreto á la hija de don Jorge; díla una música, en la qual una bella voz cantó los versos que vmd. ha oido. Acabado el concierto, la criada, para sondear á su ama, la preguntó si se habia divertido. La voz, dixo doña Elena, me ha gustado. Y las palabras que ha cantado; no son muy expresivas? De eso es, dixo la señora, de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo solo al canto, ni se me da nada el saber quien me ha dado esta música. Segun eso, exclamó la criada, el pobre don Gaston de Cogollos está muy lejos de merecer la atencion de vmd., y es muy loco en gastar el tiempo en mirar nuestras celosías. Puede ser que no sea él, dixo el ama friamente, sino algun otro caballero que con este concierto ha que-

rido declararme su pasión. Perdóneme vmd., respondió Felicia, está vmd. muy engañada, es el mismo don Gaston; porque esta mañana ha llegado á mí en la calle, y suplicado diga á vmd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor; y que en fin se tendrá por el hombre mas feliz, si le permite acreditar su ternura con sus obsequios y atenciones. Estas expresiones, prosiguió, prueban muy bien que no me engaño.

La hija de don Jorge mudó repentinamente de semblante, y mirando con ayre severo á su criada, la dixo: ¿como tienes atrevimiento para pasarte á contarme esa necia conversacion? No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias. Y si ese temerario tiene todavia la osadia de hablarte, te mando le digas se dirija á una persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia á la ventana observando lo que hago en mi quarto.

La segunda vez que vi á Felicia, me dió cuenta puntual de todas las circunstancias de esta conversacion, y para persuadirme á que mi pretension

no podía ir mejor, aseguraba que aquellas palabras no se debían tomar al pie de la letra. Por lo que á mí toca, que procedía sencillamente, y no creía se pudiese explicar el texto en mi favor, desconfiaba de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta, y me dixo: señor mio, escriba vmd. prontamente á doña Elena como un amante desesperado. Píntela vivamente sus penas, y sobre todo láméntese de la prohibición de asomarse á la ventana. Prométala vmd. que obedecerá su precepto; pero asegúrela que le costará la vida: pinte vmd. esto como acostumbra los enamorados, y lo demás queda á mi cuidado. Espero que las resultas os desengañarán del error en que estais.

Yo hubiera sido el primer amante, que encontrando tan oportuna ocasión de escribir á su dama, la hubiese desaprovechado. Compuse una carta muy patética, y antes de cerrarla se la enseñé á Felicia, quien despues de haberla leído se sonrió, y me dixo, que si las mugeres sabian el arte de enloquecer á los hombres, en recompensa no ignoraban ellos el de embobar á

las mugeres. La criada tomó el villete, asegurándome que si no producía buen efecto, no sería culpa de ella; y me encargó tuviese cuidado de no dexarme ver á la ventana por algunos dias, y se volvió á casa de don Jorge.

Señora, dixo á doña Elena quando llegó, he encontrado á don Gaston. Ha venido á hablarme, y me ha tenido una conversacion muy lisonjera; me ha preguntado temblando, y como un reo que va á oír su sentencia, si habia hablado á vmd. de su parte. Yo por no faltar á vuestras órdenes, no le he dexado proseguir, y le he hartado de injurias, y dexado aturdido de ver mi enojo. Me alegro, respondió doña Elena, que me hayas librado de ese importuno; pero para eso no habia necesidad de hablarle malamente. Siempre es preciso que una doncella tenga agrado: señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se le aleja con palabras suaves, pues vemos que ni aun se consigue este fin con enojo y furor. Don Gaston, por exemplo, no se ha desanimado; despues de haberle llenado de improperios, como he dicho, fuí á casa de la parienta de vmd., adonde me enviaba. Esta se-

ñora, por mal de mis pecados, me ha detenido mucho tiempo: digo mucho tiempo, porque á la vuelta he encontrado otra vez al mismo. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto, que mi lengua, pronta en todas ocasiones, no ha podido en esta pronunciar una palabra. Pero y entretanto, ¿que ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi turbacion, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y ha desaparecido en un momento.

Dicho esto sacó del seno mi carta, y se la entregó en tono de chanza á su ama, quien la tomó como por diversion, la leyó con todo, y despues hizo la reservada. En verdad Felicia, dixo seriamente á su criada, que eres una loca en haber recibido este villete. ¿Que pensará tal vez de esto don Gaston, y qué debo creer yo misma? Tú me das lugar con tu conducta á que desconfie de tu fidelidad, y á él, que sospeche que correspondo á su inclinacion. ¡Ay de mi! Puede ser que en este instante crea que leo y releo con gusto sus expresiones. Ve aquí á que afrenta expones mi altivez. De

ninguna manera , señora , la respondió la criada , él no puede pensar de esa suerte , y caso que así fuese , pronto sabrá lo contrario. Le diré la primera vez que le vea , que he dado á vmd. su carta , y que en vez de leerla , la ha hecho vmd. pedazos con desprecio. Librementemente puedes asegurarle , dixo doña Elena , que no la he leído , pues no me acuerdo casi de nada de quanto dice. La hija de don Jorge no se contentó con hablar en estos términos , sino que desgarró mi villete , y prohibió á su criada que la hablara mas de mí.

Como yo habia prometido no galantearla desde mis ventanas , porque mi vista la desagradaba , las tuve cerradas muchos dias para que mi obediencia mereciese mas aprecio ; pero en desquite de esto volví á dar músicas á mi cruel Elena , y una noche llegando un caballero con espada en mano , turbó el concierto dando de golpes á los músicos , quienes inmediatamente huyeron. El corage que animaba á este atrevido , despertó el mio , y arrojándome á él para castigarle , principiamos un reñido combate. Doña Elena , y su criada oyen el ruido

de las espadas , miran por las celosías, y ven dos hombres que riñen. Alzan el grito ; y obligan á don Jorge y sus criados á que se levanten inmediatamente , y acudan como muchos vecinos á separar á los combatientes , pero ya llegaron tarde. Solo encontraron en el sitio á un caballero , nadando en su sangre , y casi sin vida , y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia , y se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí , y especialmente doña Elena , que entónces descubrió el interior de su corazon. Su disimulo se rindió al sentimiento ; y ya ¿ lo creerá vmd. ? no era aquella señorita que tanto se preciaba de no hacer caso de mis obsequios , sino una tierna amante que se entregaba sin reserva á su dolor ; y así el resto de la noche lo pasó llorando con su criada , y maldiciendo á su primo don Agustin , á quien creian autor de sus lágrimas , como en efecto él fué quien interrumpió la música tan funestamente. Era tan disimulado como su prima ; y aunque habia conocido mi intencion , nada dixo ; é ima-

ginando que ella me correspondia, habia hecho esta accion tan vigorosa para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que sobrevino. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó á la orilla. Todavía no salia yo, quando doña Leonor, mi tia, buscó á don Jorge, y le propuso mi casamiento con doña Elena. Consintió en ello tanto mas gustoso quanto entónces miraba á don Agustín como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo pensaba que su hija tendria repugnancia á casarse conmigo, á causa de que el primo Oliguera habia tenido la libertad de visitarla mucho tiempo para grangear su cariño; pero se mostró tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aquí podemos inferir que en España, como en todas partes, las mugeres aprecian mas al último que llega.

Luego que pude hablar á solas con Felicia, supe hasta qué extremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi pasada pendencia. De modo que no dudando ser el Páris de mi

Elena, aplaudia yo mi herida, pues habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve permiso del señor don Jorge de hablar á su hija en presencia de la criada. ¡Que gustosa fué esta conversacion para mí! Tanto supliqué, y de tal manera insté á la señora á que me dixese si su padre violentaba su inclinacion, concediéndome su mano, que me confesó que no la debia del todo á su obediencia. Despues de esta alhagüeña declaracion, solo pensé en agradarla y obsequiarla hasta el dia de la boda, que habia de celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y sus cercanías se preparaba para lucir.

Di con este fin un gran banquete en una hermosa casa de recreo que tenia mi tia cerca de la ciudad del lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurren con todos sus parientes y amigos. Se habia dispuesto por mi orden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de cómicos de la legua para que representaran una comedia. Quando estábamos á mitad de la comida, entraron á decirme al oido que un hombre queria hablarme de un negocio muy

importante. Me levanté de la mesa para ir á ver quien era, y me encontré con un desconocido que me pareció era un ayuda de cámara, el que me entregó un villete, que contenia estas palabras: „ Si estimais vuestro honor, „ como debe un caballero de vuestra „ orden, no dexéis mañana por la ma- „ ñana de ir á la llanura de Monroy, „ donde encontrareis á un sugeto que „ quiere daros satisfaccion de la ofensa „ que os ha hecho, y poneros, si puede, „ fuera de estado de casaros con doña „ Elena.“ Don Agustin de Oliguera.

Si el amor tiene mucho imperio sobre los españoles, el honor tiene todavía mas. No pude leer el villete con ánimo tranquilo. Al solo nombre de don Agustin se encendió en mis venas un fuego que me hizo casi olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de evadirme de la concurrencia para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante me contuve, temiendo turbar la funcion, y dixé al que me habia traído la carta: amigo mio, puede vmd. decir al caballero que os envia, que deseo mucho renovar con él el combate, y que mañana antes de salir el

sol estaré en el sitio que me señala.

Despues de despachar al mensajero con la respuesta, volví con mis convidados, y me senté á la mesa, disimulando de modo que ninguno sospechó lo que me pasaba, y lo restante del dia aparenté estar entretenido como los otros, con la diversion de la fiesta, la qual se acabó á media noche. La comitiva se separó y retiró á la ciudad, menos yo que me quedé con pretexto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otro motivo que por acudir mas pronto al sitio de la cita. En lugar de acostarme, aguardé con impaciencia que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y marché solo al campo como que iba á pasearme. Caminé hacia Monroy, en cuya llanura descubrí á un hombre á caballo que venia á mí á rienda suelta, y yo hice lo mismo para ahorrarle la mitad del camino, y asi bien presto nos encontramos, y vi que era mi rival. Caballero, me dixo con insolencia, vengo á pesar mio á pelear segunda vez con vmd.; pero la culpa es vuestra. Despues del lance de la música, debió vmd. renunciar voluntariamente

á la hija de don Jorge, ó saber que si vmd. persistia en el designio de obsequiarla, nuestros debates no habian cesado. Vmd. se ha ensoberbecido, le respondí, del logro de una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la obscuridad de la noche. Vmd. se olvida de que las victorias no son siempre de uno. Siempre son mias, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á vmd. que asi de dia como de noche sé castigar á los atrevidos que estorban mis intentos.

A estas altaneras palabras solo respondí echando pie á tierra, lo qual hizo tambien don Agustin. Atamos los caballos á un árbol, y principiamos á reñir con igual denuedo. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas con mas destreza que yo, no obstante mis dos años de escuela. Era consumado en la esgrima, y asi no podia exponer yo mi vida á mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que al mas fuerte le venza el mas débil, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su habilidad, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de re-

creo , en donde conté lo que habia pasado á mi criado , cuya fidelidad conocia. Díxele despues : mi amado Ramiro , antes que la justicia sepa el caso , toma un buen caballo , y ve á informar á mi tia del suceso : pídelas de mi parte dinero y joyas para mi viaje , y ven á buscarme á Plasencia. En la primera hostería , como se entra en la ciudad , me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta presteza , que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Díxome que doña Leonor se habia alegrado mas que no afligido de un combate que repararia la afrenta que habia yo recibido en el primero , y que me enviaba todo el oro y pedrería que tenia , para que viajara cómodamente por países extrangeros mientras ella componia mi asunto.

Omitiendo las circunstancias superfluas diré que atravesé Castilla la nueva para ir al reyno de Valencia á embarcarme en Denia. Pasé á Italia , en donde me puse en estado de recorrer las cortes , y presentarme con decencia.

Mientras que lejos de mi Elena , pensaba yo en engañar mi amor y tris-

tezas lo mas que me era posible, esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones de su familia contra mí por la muerte de Oliguera, deseaba al contrario cesasen por una pronta compostura, y volverme á ver. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia habria vencido siempre al tiempo, si solo hubiera tenido que luchar con este; pero tenia todavia enemigos mas poderosos. Don Blas de Combados, hidalgo de Galicia, pasó á Coria á recoger una rica herencia que le habia disputado en vano don Miguel de Caprara, su primo, y se acercó allí por haberle parecido aquel pais mas agradable que el suyo. Combados era bien plantado, parecia afable y atento, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto hizo conocimiento con todas las gentes decentes de la ciudad, y supo los asuntos de unos y de otros.

No estuvo mucho tiempo sin saber que don Jorge tenia una hija, cuya peligrosa hermosura parecia inflamar á los hombres para su desgracia, cosa que picó su curiosidad. Quiso ver á una señora tan temible, y habiendo buscado á este efecto la amistad de su

padre , consiguió ganarla tan bien , que el viejo mirándole ya como á yerno , le dió entrada en su casa , con permiso de hablar en su presencia á doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse ; esto era inevitable : se declaró con don Jorge , quien le dixo que accedia á su pretension , pero que no queria precisar á su hija , y que asi la dexaba dueña de la eleccion. En seguida se valió don Blas de todos los medios que pudo discurrir para agrada-la ; pero estaba tan prendada de mí , que no se le dió oídos. Felicia sin embargo se habia interesado por aquel caballero , habiéndola obligado este con regalos á contribuir á su amor , y asi empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con sus persuasiones ; y con todo , en un año entero no hicieron mas que atormentar á doña Elena , sin poder reducirla á olvidarme.

Viendo Combados que don Jorge y Felicia se empeñaban inútilmente por él , les propuso un arbitrio para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aqui , les dixo , lo que he pensado : fingiremos que un mercader de Coria acaba de recibir

carta de un comerciante italiano, en la que despues de hablarle largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: “Poco tiempo hace que llegó á la corte de Parma un caballero español, llamado don Gaston de Cogollos. Dice es sobrino y único heredero de una viuda rica de Coria llamada doña Leonor de Laxarilla, y pretende casarse con la hija de un señor poderoso; pero no quieren aceptar su propuesta hasta haberse informado de la verdad, y tengo el encargo de preguntárselo á vmd. Dígame, le suplico, si conoce á este don Gaston, y en qué consisten los bienes de su tia. La respuesta de vmd. decidirá este punto. Parma, y &c.,”

Esta trampa le pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados: la criada todavia menos escrupulosa que el buen hombre, la aplaudió mucho. La ficcion les pareció tanto mejor quanto que conocian la altivez de Elena, la qual como no llegára á sospechar el fraude, era una muger capaz de resolverse á abrazar el partido que la proponian. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarla por sí mis-

mo mi inconstancia, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerla hablar al mercader que habia recibido de Parma la supuesta carta. Efectuaron el pensamiento como lo habian formado. El padre alterado, y aparentando enojo y despecho, la dixo: hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita entre en nuestra familia el homicida de don Agustin, y hoy tengo otra razon mas poderosa para alejarte de don Gaston. Avergüénzate de serle tan fiel. Es un voltario, un pérfido; y ve aqui una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esa carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. Asustada Elena tomó el fingido papel, lo leyó, meditó sobre todas sus expresiones, y se quedó absorta de la nueva de mi inconstancia. Un afecto de ternura la hizo despues verter algunas lágrimas; pero recobrando presto su entono, las enxugó, y dixo con entereza á su padre: señor, vmd. que ha sido testigo de mi flaqueza, séalo tambien de mi victoria. Ya se acabó; don Gaston es ya despreciable á mis ojos; en él solo veo el hombre mas indigno

de este mundo. No hablemos mas de ello. Vamos, no tengo que mirar, dispuesta estoy á dar la mano á don Blas. Oxala que mi casamiento preceda al de aquel pérfido que tan mal ha pagado mi amor. Don Jorge, enagenado de alegría al oír estas palabras, abrazó á su hija, alabó la esforzada resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz suceso de la estratagema, se dió priesa á cumplir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron á doña Elena, la que se entregó precipitadamente á Combados, sin querer escuchar al amor que la hablaba por mí en su corazon, ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una muger enamorada. Impelida de su orgullo solo dió oídos á su vanidad; y el resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura, superó al interes de su amor. Sin embargo, pasados algunos dias despues de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo acelerado: se la previno entónces que la carta del mercader podia haber sido fingida, y esta sospecha la inquietó; pero el cariñoso don Blas no daba lugar á que

su muger alimentase ideas contrarias á su reposo, y no pensaba mas que en divertirla, lo que conseguia con repetidos placeres que tenia arte para inventar.

Ella parecia vivir muy gustosa con un esposo tan obsequioso, y reynaba entre ellos una perfecta union, quando mi tia compuso mi asunto con los parientes de don Agustin, de lo que recibí aviso en Italia inmediatamente. Estaba entónces en Regio, en la Calabria Ulterior. Pasé á Sicilia, de allí á España, y llevado en alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor, que no me habia escrito el casamiento de la hija de don Jorge, me lo notificó á mi llegada, y viendo que me afligia, dixo: haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sentido de la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Cree-me, destierra de la memoria á una persona que no es digna de ocuparla.

Como mi tia ignoraba que habian engañado á doña Elena, tenia razon para hablarme asi, y darme un consejo tan discreto; por lo que me prometí seguirlo, ó á lo menos afectar un ayre indiferente, si no era capaz de vencer mi pasion. No pude resis-

tir sin embargo al deseo de saber de qué modo se habia concertado aquel casamiento, y para enterarme resolví ver á la amiga de Felicia; es decir, á la señora Teodora, de quien ya he hablado. Fuí á su casa, en donde casualmente encontré á Felicia, la que estando muy agena de verme, se turbó, y quiso retirarse por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve: ¿por que, la dixes, huyes de mí? ¿no se contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿os ha prohibido oigais mis quejas? ¿ó huyes solamente por hacer mérito con la ingrata de haberos negado á oirlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde; no puedo ver á vmd. sin sentirme despedazada de mil remordimientos. A mi ama la han seducido; y yo tengo la desgracia de haber sido cómplice en el engaño. Despues de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á vmd.? ¡Ah cielos! repliqué yo con sorpresa, ¿que me decis? Explicaos con mas claridad. La criada entónces me contó punto por punto la estratagemas de que se habia valido Combados para robarme á do-

ña Elena; y advirtiéndome que su narracion me afligia mucho, se esforzó para consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama: me prometió desengañarla, y en una palabra, no escasear nada para suavizar el rigor de mi suerte: en fin, me dió esperanzas que mitigaron algun tanto mis penas.

Dexando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de doña Elena para que consintiera en verme, lo que al fin pudo conseguir, resolvieron entre ellas que entraria secretamente en casa de don Blas la primera vez que este saliera para una hacienda adonde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en la que se detenia por lo comun un dia ó dos. Este designio se executó de alli á poco: el marido se ausentó, de lo que advertido yo, fuí introducido en el quarto de su muger.

Quise principiar con reconvenciones; pero ella me hizo callar, diciéndome: es inútil traer á la memoria lo pasado; aqui no se trata de enternecernos el uno al otro, y vmd. se engaña si me cree dispuesta á alhagar vuestro afecto. Yo os declaro que no he dado

mi consentimiento para esta secreta conversacion , ni he cedido á las instancias que se me han hecho , por otra razon que por decir á vmd. de viva voz , que en adelante no debe pensar mas en mí. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte , si esta se hubiera unido á la de vmd. ; pero pues el cielo lo ha ordenado de otra manera , me es preciso obedecer sus preceptos.

Pues que , señora , la respondí , ¿ no basta el haberos perdido , y ver al feliz don Blas poseer tranquilamente la única persona que soy capaz de amar , sino que es menester os destierre de mi pensamiento ? ¡ Vmd. quiere quitarme mi amor , y el único bien que me queda ! ¡ Ah , cruel ! ¿ Pensais es posible vuelva á recobrar su corazon un hombre á quien se lo robasteis ? Conoced mejor lo que haceis , y no me exhortéis en vano á que os aparte de mi memoria. Está bien , replicó ella con precipitacion , pues cese vmd. tambien de esperar que yo agradezca vuestra inclinacion. Solo una palabra tengo que decir á vmd. : la esposa de don Blas no será cortejo de don Gaston ; camine vmd. sobre este supuesto. Retírese vmd. , añadió. Acabemos pron-

tamente una conversacion que me reprehendo á mí misma , á pesar de la pureza de mis intenciones , y que juzgaria culpable si la prolongase.

Al oír estas palabras , que me privaban de toda esperanza , me arrojé á los pies de doña Elena. La hablé con la mayor ternura , y empleé hasta las lágrimas para enternecerla ; pero todo esto no sirvió mas que de excitar acaso algunos afectos de lástima , que tuvo buen cuidado de ocultar , y que sacrificó á su obligacion. Despues de haber apurado infructuosamente las expresiones amorosas , los ruegos y las lágrimas , mi cariño se convirtió de repente en furor , y saqué la espada con intento de atravesarme con ella á presencia de la inexorable Elena , quien apenas lo conoció , quando se arrojó á mí para precaver las consecuencias. Deteneos , me dixo : ¿ es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Quitándoos asi la vida , vais á deshonorarme , y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion en que me hallaba , lejos de atender á estas palabras como debia , no pensaba mas que en burlar los esfuerzos que hacian el ama

y la criada para salvarme de mi funesto atentado, lo qual sin duda hubiera conseguido fácilmente, si don Blas, que estaba avisado de nuestra conferencia, y que en lugar de ir á su hacienda, se habia escondido detras de un tapiz para oir nuestra conversacion, no hubiera acudido corriendo á unirse á ellas. Señor don Gaston, exclamó, deteniéndome el brazo, recóbrese vmd. y no se rinda cobardemente al furor que le agita.

Yo interrumpí á Combados diciéndole: ¿ es vmd. quien me impide executar mi resolucion? ¿ vmd. que deberia mas bien darme de puñaladas? Mi amor, aunque desgraciado, os ofende. ¿ No es suficiente delito el que me hayais sorprendido de noche en el quarto de vuestra esposa? ¿ Se necesita mas para excitar vuestra venganza? Traspasadme para libraros de un hombre que no puede dexar de adorar á doña Elena mientras viva. Es en vano, me respondió don Blas, que vmd. procure interesar mi honor para que le dé la muerte. Demasiadamente castigado queda vmd. de su osadía; y yo quedo tan gustoso con los sentimientos virtuosos de mi esposa, que la perdono

la ocasion en que se ha puesto de manifestarlos. Creedme , Cogollos , añadió , no os desesperéis como un debil amante , y someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estas y otras semejantes expresiones, calmó poco á poco mi arretrato , y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de apartarme de Elena y de los lugares que habitaba , y dos dias despues me volví á Madrid , en donde no habiendo querido ocuparme en otro cuidado que en el de mi fortuna , principié á presentarme en la corte , y á ganar amigos ; pero he tenido la desgracia de contraer una estrecha amistad con el marques de Larrevilla , gran señor portugues , el qual , por haberse sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los españoles , está hoy en el castillo de Alicante. Como el duque de Melar ha sabido que yo era íntimo amigo de este señor , me ha hecho prender y conducir aqui. El Ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto , ultraje que es el mayor para un hombre noble y castellano.

Aqui cesó de hablar don Gaston ,

y yo le consolé diciendo: caballero, el honor de vmd. no puede recibir lesion alguna en esta desgracia, la qual en adelante sin duda será á vmd. de provecho. Quando el duque de Melar se entere de su inocencia, no dexará de darle un empleo importante para restablecer la buena opinion de un hidalgo acusado de traycion injustamente.

## CAPITULO VII.

SCIPION VA A LA TORRE DE SEGOVIA  
A VER A GIL BLAS, Y LE DA MU-  
CHAS NOTICIAS.

**T**ordesillas, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversacion, diciéndome: señor Gil Blas, acabo de hablar con uno que se ha presentado á la puerta de la torre, y preguntado si estaba vmd. preso, y no habiéndole querido dar respuesta, me ha dicho llorando: noble Alcayde, no desprecie vmd. mi humilde súplica, dígame si el señor de Santillana está aqui. Soy su principal criado, y si me permite verle, hará en ello una obra de caridad. En Segovia está vmd. tenido por un hidalgo compasivo, y asi es-

pero no me niegue el favor de hablar un instante con mi querido amo, que es mas infeliz que culpado. En fin, continuó don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver á vmd. que le he prometido darle á la tarde esta satisfaccion.

Aseguré á Tordesillas que el mayor gusto que podia darme, era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Scipion, porque no dudaba fuese él, y á la verdad no me engañaba. A la tarde se le dió entrada; y su gozo, que solamente podia igualarse con el mio, se mostró al verme con arrebatos extraordinarios. Yo con el júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Fué tal la satisfaccion que tuvieron de verse el amo y el secretario, que se confundieron en uno con este abrazo.

En seguida de esto pregunté á Scipion en que estado habia dexado mi casa. Ya no tiene vmd. casa, me respondió, y para ahorrar á vmd. el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo

que ha pasado en ella. Vuestros bienes han sido saqueados, tanto por los ministros como por los criados de vmd., los quales mirándole ya como un hombre enteramente perdido, han tomado á cuenta de sus salarios quanto han podido. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos grandes talegos de doblones de á ocho que saqué del cofre, y puse en salvo. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, os los devolverá quando salga vmd. de la torre, en donde no creo esté vmd. mucho tiempo á expensas de S. M. pues ha sido vmd. preso sin intervencion del duque de Melar.

Pregunté á Scipion de donde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ¡Ah! ciertamente, me respondió, de ello estoy muy bien informado, pues un amigo mio, confidente del duque de Duzae, me ha contado todas las particularidades de vuestra prision. Me ha dicho que habiendo descubierto el baron de Roncal por medio de un criado, que la señora Sirena usando de otro nombre recibia de noche al príncipe, y que el conde de Sumel manejaba esta trama, valiéndose del señor de Santillana, habia resuelto ven-

garse de ellos y de su querida , para cuyo logro dirigiéndose secretamente al duque de Duzae , le descubrió todo, y que alegre este de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo , no dexó de aprovecharla , informando al Rey de lo que habia sabido, y haciéndole presente con eficacia los peligros á que el príncipe se habia expuesto. Esta noticia habiendo indignado á S. M. hizo poner en la casa de las recogidas á Sirena , desterró al conde de Sumel , y condenó á Gil Blas á una prision perpétua. Vea vmd. aqui, prosiguió Scipion , lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve vmd. que su desgracia es obra del duque de Duzae , ó mas bien del baron de Roncal.

Esta relacion me hizo creer que con el tiempo podrian componerse mis asuntos; y que el duque de Melar, picado del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerle volver á la corte , y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡ Que gran cosa es la esperanza ! De un golpe me consoló de la pérdida de mis efectos , y me puse tan alegre como si tuviera motivo para estarlo. Lejos de

mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía discurria del modo siguiente: los allegados del primer Ministro son don Fernando de Xabro, el padre Gerónimo de Renciaflo, y sobre todo fr. Luis de Agalia, quien le debe el lugar que ocupa cerca del Rey. Con el favor de estos poderosos empeños S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está muy achacoso, y asi que muera, el príncipe su hijo hará volver al conde de Sumel, quien me sacará inmediatamente de aqui, me presentará al nuevo Monarca, el que para compensar los trabajos que he padecido, me colmará de beneficios. Embelesado asi con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos talegos que mi secretario habia depositado en casa del platero, contribuyeron tanto como la esperanza para consolarme prontamente.

El zelo é integridad de Scipion me habia agradado mucho, y en prue-

ba de ello le ofrecí la mitad del dinero que habia salvado del pillage, lo que rehusó. Espero de vmd., me dixo, otra señal de reconocimiento. Admirado tanto de sus palabras, como de que rehusára la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos separemos, me respondió, permita vmd. que una mi fortuna con la suya; jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á vmd. Y yo, hijo, le dixe, puedo asegurar que te correspondo. Desde el punto en que te presentaste para servirme, gusté de tí: posible es que ambos hayamos nacido baxo los signos de libra ó geminis, que segun dicen, son las dos constelaciones que unen á los hombres. Admito gustoso la compañía que me propones, y para dar principio voy á pedir al señor Alcayde te encierre conmigo. Eso es lo que quiero, exclamó; vmd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pretendiese esta gracia, pues aprecio mas vuestra compañía que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á adquirir noticias á la covachuela, y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda serle á vmd. favorable; de modo

que en mí juntamente tendrá vmd. confidente, correo y espía.

Estas proporciones me eran tan del caso que de ningun modo las desprecié. Retuve, pues, conmigo á un hombre tan útil con licencia del generoso Alcayde, que no me quiso negar un tan dulce consuelo.

## CAPITULO VIII.

DEL PRIMER VIAGE QUE HIZO SCIPION A MADRID: QUAL FUE EL MOTIVO Y EXÍTO DE EL. DALE A GIL BLAS UNA ENFERMEDAD, Y RESULTAS QUE TUVO.

Aunque comunmente decimos que no tenemos mayores enemigos que nuestros criados, no hay duda que quando nos son fieles y afectos, son nuestros mejores amigos. La inclinacion que Scipion me habia manifestado, me hacia mirarle como á mi misma persona. Asi ya no hubo subordinacion ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. Habitaron en adelante comiando y durmiendo juntos.

La conversacion de Scipion era muy divertida, y con razon se le po-

dria haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era discreto, y me iba bien con sus consejos. Un dia le dixé: amigo mio, me parece no seria malo que yo escribiese al duque de Melar; esto no puede producir mal efecto. ¿Y de que parecer eres? Ya estoy, respondió, pero los grandes se mudan tanto de un instante á otro, que no sé como recibirá vuestra carta. Soy de dictamen no obstante que no se pierde nada en que escribais; pero con maña. Aunque el Ministro os estima, no confiéis por eso que se acordará de vos. Esta suerte de protectores fácilmente olvidan á aquellos de quienes no oyen mas hablar.

Aunque eso es muy cierto, le repliqué, yo hago mejor concepto de mi favorecedor. Conozco su bondad; estoy persuadido á que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. A la cuenta espera para sacarme de la prision, que se apacigue la cólera del Rey. Sea enhorabuena, respondió, yo me alegraré que el juicio que vmd. hace de S. E. sea verdadero. Implore vmd. su patrocínio por una carta muy expresiva, que yo se la llevaré y entregaré en su propia

mano. Pedí papel y tintero , y compuse un trozo de elocuencia , que á Scipion le pareció patético , y Torde-sillas juzgó superior á las mismas homilias del arzobispo de Granada.

Yo me lisonjeaba de que el duque de Melar se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que yo estaba , y con esta confianza hice partir mi correo, el qual apenas llegó á Madrid , quando fué á casa del Ministro. Encontró á uno de mis amigos ayuda de cámara , que le facilitó ocasion de hablar al Duque , á quien dixo presentándole el pliego que llevaba : señor , uno de los mas fieles criados de V. E. , el qual duerme en un xergon en un obscuro encierro de la torre de Segovia , le suplica muy humildemente lea esa carta , que de lástima le ha facilitado poder escribir uno de los carceleros. El Ministro la abrió y leyó ; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazon mas duro , lejos de mostrarse compadecido , levantó la voz , y dixo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: amigo , diga vmd. á Santillana que es mucha osadía el recurrir á mí despues

de la indigna accion que ha cometido, y por la qual se le ha impuesto el castigo que merece. Es un hombre indigno que no debe contar mas con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del Rey.

Scipion sin embargo de su desahogo se quedó turbado de oír hablar de esta suerte al Ministro; pero á pesar de su turbacion no dexó de interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre preso morirá de dolor quando sepa la respuesta de V. E. El Duque respondió á mi intercesor mirándole de medio lado, y volviéndole la espalda. Asi me trataba este Ministro para disimular mejor la parte que habia tenido en las diversiones nocturnas del príncipe, y esto es lo que deben esperar todos los agentes de escalera abaxo, de quienes se valen todos los señores en sus secretas y peligrosas negociaciones.

Quando mi secretario volvió á Segovia, y me contó las resultas de mi comision, me sepulté de nuevo en el abismo de tristezas en que caí el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del Duque. Decayó mi espíritu,

y por mas que me dixeron para consolarme , todo fué inútil ; atormentáronme otra vez los pesares , de manera que insensiblemente me causaron una grave enfermedad.

El señor Alcayde que se interesaba en mi salud , creido de que para recobrarla era lo mejor llamar médicos , me traxo dos que tenian traza de ser unos zelosos servidores de la diosa Libitina. Señor Gil Blas , me dixo al presentármelos , vea vmd. aqui dos Hipócrates que vienen á visitarle , y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia yo á estos doctores , que seguramente los habria recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida ; pero me sentia tan cansado de ella , que agradecí á Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

Señor caballero , me dixo uno de los médicos , es necesario ante todas cosas que vmd. tenga confianza en nosotros. La tengo muy grande , le respondí ; pues estoy cierto de que con la asistencia de vmds. quedaré curado de todos mis males. Sí , respondió , lo será vmd. mediante Dios ; y nosotros haremos lo que esté de nuestra parte para ello.

En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que á ojos vistas me iban llevando á la sepultura. Desconfiado ya don Andres de mi curacion, hizo venir un religioso de san Francisco para que me dispusiese á hacer una buena muerte. El buen padre, despues de haber hecho su deber se retiró; y yo viéndome en mi última hora, hice señas á Scipion para que se acercara á mi cama. Amado amigo mio, le dixe con una voz casi apagada, (tal era la debilidad que las medicinas y sangrías me habian causado) de los dos talegos que hay en casa de Gabriel te dexo uno, y te suplico lleves el otro á Asturias á mis padres, quienes si todavia viven, estarán necesitados. Pero ¡ay de mí! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza, quizá les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura, les darás el talego de doblones, suplicándoles me perdonen mi mala correspondencia, y si se han muerto, te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por

el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano, que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra: tal era la aflicción que tenía el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba, pues, experimentar el trance de la muerte, y no obstante me engañé. Habiéndome desauiciado mis doctores, y dexado campo libre á la naturaleza, esta fué la que me sacó del peligro. La calentura, que segun su pronóstico debia llevarme al otro mundo, quiso desmentirlos, y me dexó: poco á poco me restablecí con la mayor felicidad; y un perfecto sosiego de espíritu fué el fruto de mi mal. Ya entónces no necesité de consuelo, antes bien miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la cercanía de la muerte; y vuelto en mí mismo bendecía mi desgracia, y daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular, é hice firme propósito de no volver mas á la corte aun quando el duque de Melar me llamase, con ánimo, si salia de la prision, de comprar una

casa de campo, y vivir en ella como filósofo.

— Mi confidente aprobó mi pensamiento, y me dixo, que para que tuviese efecto quanto antes, pensaba volver á Madrid á solicitar mi soltura. Me ha ocurrido una cosa, añadió; conozco á una persona que podrá servirnos, que es la criada favorita de la ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento: voy á que hable á su ama, y á poner todos los medios imaginables para sacar á vmd. de esta torre, en donde aunque se le dé el mejor trato, siempre es prision. Dices bien, le respondí. Ve, amigo mio, sin perder tiempo á dar principio á esta diligencia. ¡Pluguiese al cielo que estuviéramos ya en nuestro retiro!

## CAPITULO IX.

SCIPION VUELVE A MADRID: CÓMO  
Y CON QUE CONDICIONES ALCAN-  
ZÓ LA LIBERTAD DE GIL BLAS; ADON-  
DE FUERON LOS DOS DESPUES DE HA-  
BER SALIDO DE LA TORRE DE SE-  
GOVIA, Y CONVERSACION QUE  
TUVIERON.

Salió, pues, Scipion para Madrid,  
y yo ínterin volvia, me dediqué á la  
lectura. Tordesillas me suministraba  
mas libros de los que yo queria, los que  
le prestaba un viejo Comendador que  
no sabia leer; pero que queriendo ha-  
cer ostentacion de hombre sabio, tenia  
una gran librería. Sobre todo me agrada-  
ban las buenas obras morales, por-  
que encontraba en ellas á cada momen-  
to pasages que lisonjeaban mi aversion  
á la corte, y la aficion que habia co-  
brado á la soledad.

Tres semanas estuve sin oir hablar  
de mi agente, el qual volvió en fin, y  
me dixo muy contento: ahora sí, señor  
de Santillana, que traygo á vmd. bue-  
nas nuevas. La señora ama ha tomado  
cartas por vmd. Su criada, á mis rue-

gos, y mediante cien doblones que la he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla á que pida al príncipe solícite vuestra soltura; y este, que, como otras veces he dicho á vmd., nada la niega, ha prometido hablar al Rey su padre á fin de conseguirla. He venido á toda priesa á decíroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dexó y volvió á tomar el camino de la corte.

No fué largo su tercer viage. Al cabo de ocho dias estuvo de vuelta, y me dixo que el príncipe habia aunque no sin trabajo, obtenido del Rey mi libertad, lo qual el mismo dia me confirmó el señor Alcayde, quien me expresó abrazándome: mi amado Gil Blas, gracias al cielo, vmd. ya está libre, y tiene abiertas las puertas de esta prision; pero las condiciones, con que se concede á vmd. esta libertad, quizá le darán mucha pena, y yo siento verme en la obligacion de hacerse las saber. S. M. prohibe á vmd. se presente en la corte, y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de gran mortificacion el que se le prohíba á vmd. ir á la corte. Pues yo estoy muy contento, le respondí:

bien sabe Dios lo que pienso de ella: solo esperaba del Rey una gracia, y me ha hecho dos.

Viéndome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las quales salimos el dia siguiente mi confidente y yo, despues de haberme despedido de Cogollos, y dado mil gracias á Tordesillas de todos los favores que me habia hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recoger del señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los quales habia quinientos doblones. En el camino me dixo mi compañero: si no tenemos bastante dinero para comprar una hacienda magnífica, á lo menos habrá para una mediana. Yo me daria por feliz, le respondí, aun quando no tuviese mas que una choza. Aunque apenas he llegado á la mitad de mi carrera, estoy tan desengañado del mundo, que solo quiero vivir para mí solo. Ademas de esto te digo, que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea que me embelesa y hace que los goce con anticipacion. Me parece que ya veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores, y el murmullo de los arroyos; que en tanto me divierto con la caza, y en

tanto con la pesca. Imagínate, amigo mio, las diferentes diversiones que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En orden al sustento, el mas simple será el mejor; un pedazo de pan nos contentará quando nos atormente el hambre; y el apetito con que lo comeremos, nos lo hará parecer muy sabroso. El deleyte no está en los alimentos exquisitos, sino en nosotros; y esto es tanta verdad como que mis comidas mas delicadas no son aquellas en que veo reynar el arte y la abundancia; la frugalidad es una fuente de delicias maravillosas para conservar la salud.

Con el permiso de vmd., señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su opinion sobre la supuesta frugalidad con que vmd. quiere obsequiarme. ¿Por que nos hemos de mantener como Diógenes? aun quando comamos bien, no caeremos enfermos por eso. Creame vmd. ya que tenemos, gracias á Dios, con que vivir con conveniencia en nuestro retiro, no lo hagamos habitacion del hambre y de la pobreza. Luego que tengamos una hacienda, es preciso abastecerla de buenos vinos, y de todas las

demas provisiones convenientes á personas de entendimiento , que no dexan el trato humano por renunciar á las comodidades de la vida , sino antes bien para gozarlas con mas tranquilidad. Lo que cada uno tiene en su casa , dice Hesiodo , no daña ; en lugar de que lo que no se tiene , puede dañar. Vale mas , añadió , poseer unas cosas necesarias que desearlas.

¡Que diablos es eso, señor Scipion, interrumpí, vmd. ha manejado los poetas griegos! Ola, ¿en donde leyó vmd. á Hesiodo? En casa de un sabio , me respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador ; en un abrir y cerrar de ojos componia un grueso volúmen , recopilando pasages hebreos , griegos y latinos que sacaba de los libros de su biblioteca , y traducia en castellano. Como yo era su copista , he retenido no sé quantas sentencias , todas tan notables como la que acabo de citar. Siendo así , le repliqué , tienes la memoria bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto , ¿en qué reyno de España te parece del caso que fixemos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon , respondió mi confidente;

alli encontraremos sitios muy amenos, en donde podremos pasar una vida deleytosa. Está bien, le dixe, sea asi; detengámonos en Aragon, consiento en ello: oxalá descubramos una morada que me procure todos los placeres de que se alimenta mi imaginacion.

## CAPITULO X.

DE LO QUE HICIERON AL LLEGAR A MADRID; A QUIEN ENCONTRÓ GIL BLAS EN LA CALLE, Y DE LO QUE SE SIGUIÓ A ESTE ENCUENTRO.

Luego que llegamos á Madrid fuimos á hospedar á una pequeña posada, en la qual se habia alojado Scipion en sus viages. Lo primero que hicimos fué ir á casa de Salero á recoger nuestro caudal. Recibiónos muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad, asegurándome habia sentido mi desgracia, y que ella le habia disgustado de la alianza de las gentes de la corte, cuyas fortunas están en el ayre. He casado á mi hija Gabriela con un rico mercader. Vmd. ha obrado con juicio, le respondí: ademas de que este partido es mas sólido,

un plebeyo que llega á ser suegro de un noble, no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues, habiendo mudado de conversacion, y viniendo á nuestro asunto, proseguí: señor Gabriel, háganos vmd. el favor, si gusta, de entregarnos los mil doblones que... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero, el qual habiéndonos hecho pasar á su gabinete nos mostró dos talegos, en los quales habia unos rótulos que decian: *estos talegos de doblones son del señor Gil Blas de Santillana.* Ved aqui, me dixo, el depósito tal como se me confió.

Di gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los talegos á la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebaxados los cincuenta doblones que se habian gastado en conseguir mi libertad. Ya no pensamos mas que en disponernos para ir á Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una calesa y dos mulas. Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abaxo á

esta diligencia , encontré al baron de Steinbach , oficial de la guardia Alemana , en casa del qual se habia criado don Alfonso.

Saludé á este caballero , quien habiéndome tambien conocido , se vino á mí y me abrazó: me alegro con extremo , le dixé , de ver á su señoría en tan buena salud , y al mismo tiempo de tener ocasion de saber de mis amados señores don Cesar y don Alfonso de Leyva. Puedo dar á vmd. noticias muy ciertas , me respondió , pues ambos están actualmente en Madrid , y en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la corte á dar gracias al Rey de un empleo que este ha conferido á don Alfonso en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al estado ; le ha nombrado gobernador de la ciudad de Valencia , sin que le haya pedido este cargo , ni solicitádolo por otra persona. Ha sido graciosamente ; lo qual prueba que nuestro Monarca sabe recompensar el valor.

Aunque yo sabia mejor que Steinbach el origen de esto , no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba , y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos , que para sa-

tisfacerlo, me conduxo inmediatamente á su casa. Yo queria probar á don Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavia. Le encontré en una sala jugando al alxedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me conoció, dexó el juego, y se vino á mí arrebatado de gozo, y estrechándome entre sus brazos, me dixo en un tono que manifestaba una ingenua alegría: Santillana, ¡con que al fin vuelvo á verte! estoy loco de contento. No tengo la culpa de que nos separásemos; yo te supliqué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leyva, y tú no hiciste caso de mi ruego. No obstante no te lo imputo á delito, antes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero despues debias haberme escrito, y ahorrarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta ligera reprehension, continuó, dime que haces en Madrid. Segun parece tú tienes aqui algun empleo. Ten por cierto que me intereso ahora mas que nunca en tu bien. Señor, le respondí, no hace todavia quatro meses que ocupaba en la

corte un puesto demasiado importante. Tenia la honra de ser secretario y privado del duque de Melar. ¡Es posible! exclamó don Alfonso con asombro. ¡Que! ¿has merecido tú la confianza del primer Ministro? Logré su favor, respondí, y lo perdí del modo que diré. Entónces le conté todo lo ocurrido, y concluí exponiéndole la determinacion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi pasada fortuna, una pobre casa de campo para pasar allí una vida retirada.

El hijo de don Cesar, despues de haberme oido con mucha atencion, me dixo: mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca, y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero darte una prueba de mi amistad, y no consentir que seas mas el juguete de la suerte. Para libertarte de su poder, quiero darte una hacienda que no podrá quitarte. Pues estás determinado á vivir en el campo, te doy una pequeña quinta que tenemos cerca de Liria, distante quatro leguas de Valencia, la qual has visto tú. Este regalo podemos hacerlo sin inco-

modarnos, y me atrevo á decir que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina recibirá de ello gran contento.

Me arrojé á los pies de don Alfonso, quien al momento me hizo levantar. Le besé la mano; y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dixé: señor, vuestras finezas me cautivan: el don que me haceis, me es tanto mas agradable, quanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho á vmd., y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi gobernador se quedó algo suspenso de lo que oia, y no pudo menos de preguntarme de que favor le hablaba. Díxeselo con todas sus circunstancias, lo qual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediacion mia. No obstante, no teniendo ya duda de ello, me dixo: Gil Blas, pues debo á tí mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria, quiero agregar á ella dos mil ducados de renta al año.

Alto ahí, señor don Alfonso, in-

terrumpí, no despierte vmd. mi codicia. Los bienes no sirven mas que para corromper mis costumbres, como har-to lo tengo experimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo por otra parte: esto me es suficiente; y lejos de desear mas, perderia mas bien lo que tengo de superfluo en lo que poseo. Las riquezas solo son una carga en un retiró, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don Cesar llegó quando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y quando supo el motivo del agradecimiento á que me estaba obligada su familia, se empeñó en que habia de aceptar yo la renta, lo qual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me conduxeron á casa de un escribano, en donde otorgaron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un instrumento á favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregaron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, y que fuese quando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volvieron á casa del baron de Steinbach, y yo fuí vo-

lando á la posada , en donde dexé pasmado á mi secretario quando le dixé que teniamos una hacienda en el reyno de Valencia , y le conté el modo como la habia adquirido. ¿ Quanto puede producir esta pequeña heredad , me dixo ? Quinientos ducados de renta le respondí , y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leyva. Es una casa pequeña , situada á la orilla de Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis vecinos , y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho , exclamó Scipion , es que tendremos alli caza , vino de Benicarló , y excelente moscatel. Vamos , amo mio , démonos prisa á dexar el mundo , y llegar á nuestra ermita. No tengo menos deseo que tú , le respondí , de estar allá ; pero antes es preciso hacer un viage á Asturias. Mi padre y mi madre es preciso que estén miserables. Quiero ir á verlos , y llevármelos á Liria , en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él , y si dexara de hacerlo asi , me castigaria. Sci-

pion apoyó mucho mi determinacion, y me excitó á executarla: no perdamos tiempo, me dixo, ya tengo cale-sa. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, marchemos quan-to antes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el sér. Presto estaremos de vuelta en nuestra aldea, y en lle-gando quiero escribir en letras de oro en la puerta de mi casa estos dos ver-sos latinos.

*Inveni portum. Spes et fortuna valet.*

*Sat me lusistis; ludite nunc alios.*

FIN DEL TOMO TERCERO.

## ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOOS CONTENIDOS  
EN ESTE TOMO TERCERO.

## LIBRO SEXTO.

- C**AP. I. *De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros despues que se separaron del conde de Polan; y del importante proyecto que formó Ambrosio...* PAG. 3.
- CAP. II. *De la resolucion que tomaron don Alfonso y Gil Blas despues de la aventura del capítulo precedente.....* 15.
- CAP. III. *Como don Alfonso se halla en el colmo de su alegría; y la aventura, por la qual de repente se vió Gil Blas en un estado dichoso.....* 22.

## LIBRO SEPTIMO.

- CAP. I. *De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Séfora....* 28.
- CAP. II. *De lo que sucedió á Gil Blas despues de dexar la casa de Leyva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.....* 41.
- CAP. III. *Llega Gil Blas á ser el privado del Arzobispo, y el*

- conducto de sus gracias.....* 51.  
 CAP. IV. *Dále un accidente de apoplexía al Arzobispo. Del lance crítico en que se halla Gil Blas, y del modo con que salió de él.....* 61.  
 CAP. V. *Partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el licenciado García, y cómo le manifestó este su agradecimiento.....* 67.  
 CAP. VI. *Va Gil Blas á la comedia: de la admiracion que le causó el ver á una cómica; y de lo que le pasó con ella.....* 72.  
 CAP. VII. *Historia de Laura.....* 82.  
 CAP. VIII. *Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.....* 105.  
 CAP. IX. *Del hombre extraordinario con quien cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.* III.  
 CAP. X. *De la comision que el marques de Marialva dió á Gil Blas; y cómo la desempeñó este fiel secretario.....* 115.  
 CAP. XI. *De la noticia que tuvo Gil Blas, y del golpe terrible*

- que recibió con ella..... 120.
- CAP. XII. *Gil Blas se aloja en una posada, en donde adquiere conocimiento con el capitán Chinchilla. Qué clase de hombre era este oficial, y qué negocio le habia llevado á Madrid.....* 126.
- CAP. XIII. *Encuentra Gil Blas en Madrid á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. Adónde fuéron los dos, y de la curiosa conversacion que tuvieron...* 139.
- CAP. XIV. *Coloca Fabricio á Gil Blas en casa del conde de Galiano, título de Sicilia.....* 155.
- CAP. XV. *De los empleos que el conde de Galiano dió en su casa á Gil Blas.....* 162.
- CAP. XVI. *Del accidente que acometió al mono del conde de Galiano, y de la pena que causó á este señor. Como Gil Blas cayó malo; y cuáles fuéron las resultas de su enfermedad.....* 172.

## LIBRO OCTAVO.

- CAP. I. *Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitude del conde de Galiano. His-*

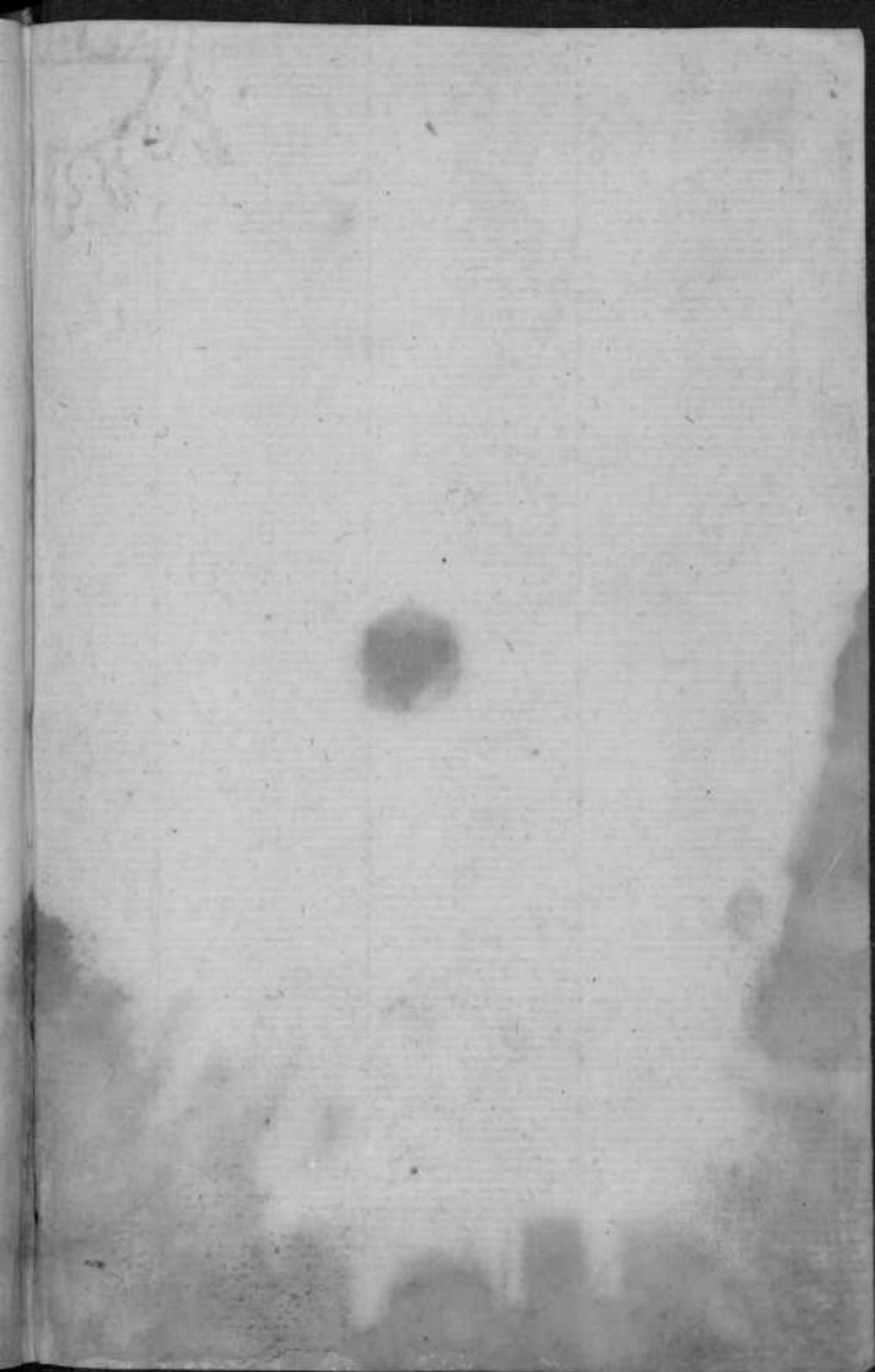
- toria de don Valerio de Luna.* 185.  
 CAP. II. *Presentan á Gil Blas al duque de Melar, quien le admite por uno de sus secretarios. Este Ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.....* 195.  
 CAP. III. *Sabe que su empleo no dexa de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á guardar.....* 203.  
 CAP. IV. *Gil Blas consigue el favor del duque de Melar, quien le confía un secreto de importancia.....* 209.  
 CAP. V. *En el que se verá á Gil Blas lleno de gozo, honra y miseria.....* 213.  
 CAP. VI. *Qué modo tubo Gil Blas de dar á conocer su pobreza al duque de Melar, y cómo se portó con él el Ministro.....* 220.  
 CAP. VII. *De lo bien que empleó sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que medió, y del provecho que sacó de él...*  229.  
 CAP. VIII. *Historia de don Rogerio de Rada.....* 233.  
 CAP. IX. *Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran*

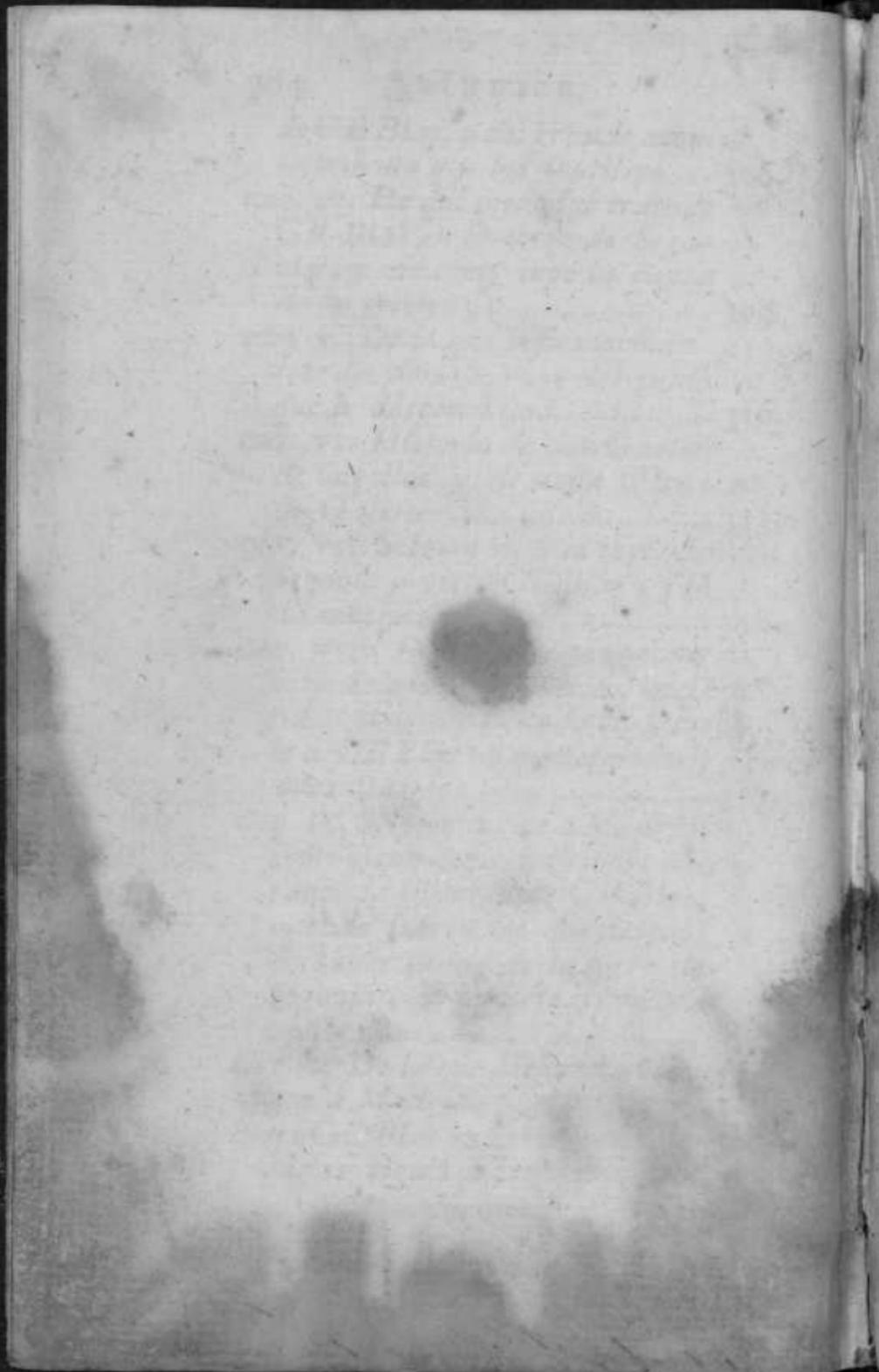
- fortuna; y de cómo tomó el ay-  
re de persona de importoncia..* 249.
- CAP. X. *Corrómpense enteramente  
las costumbres de Gil Blas en  
la corte: del encargo que le dió  
el Conde de Sumel, y del lance  
en que se metieron.....* 262.
- CAP. XI. *De la visita secreta y  
regalos que el príncipe hizo á  
Catalina.....* 274.
- CAP. XII. *Quién era Catalina: per-  
plexidad de Gil Blas; su in-  
quietud, y la precaucion que  
tomó para tranquilizarse.....* 281.
- CAP. XIII. *Sigue Gil Blas hacien-  
do el papel de señor: tiene no-  
ticias de su familia; impresion  
que le hicieron, y descompadra  
con Fabricio.....* 286.

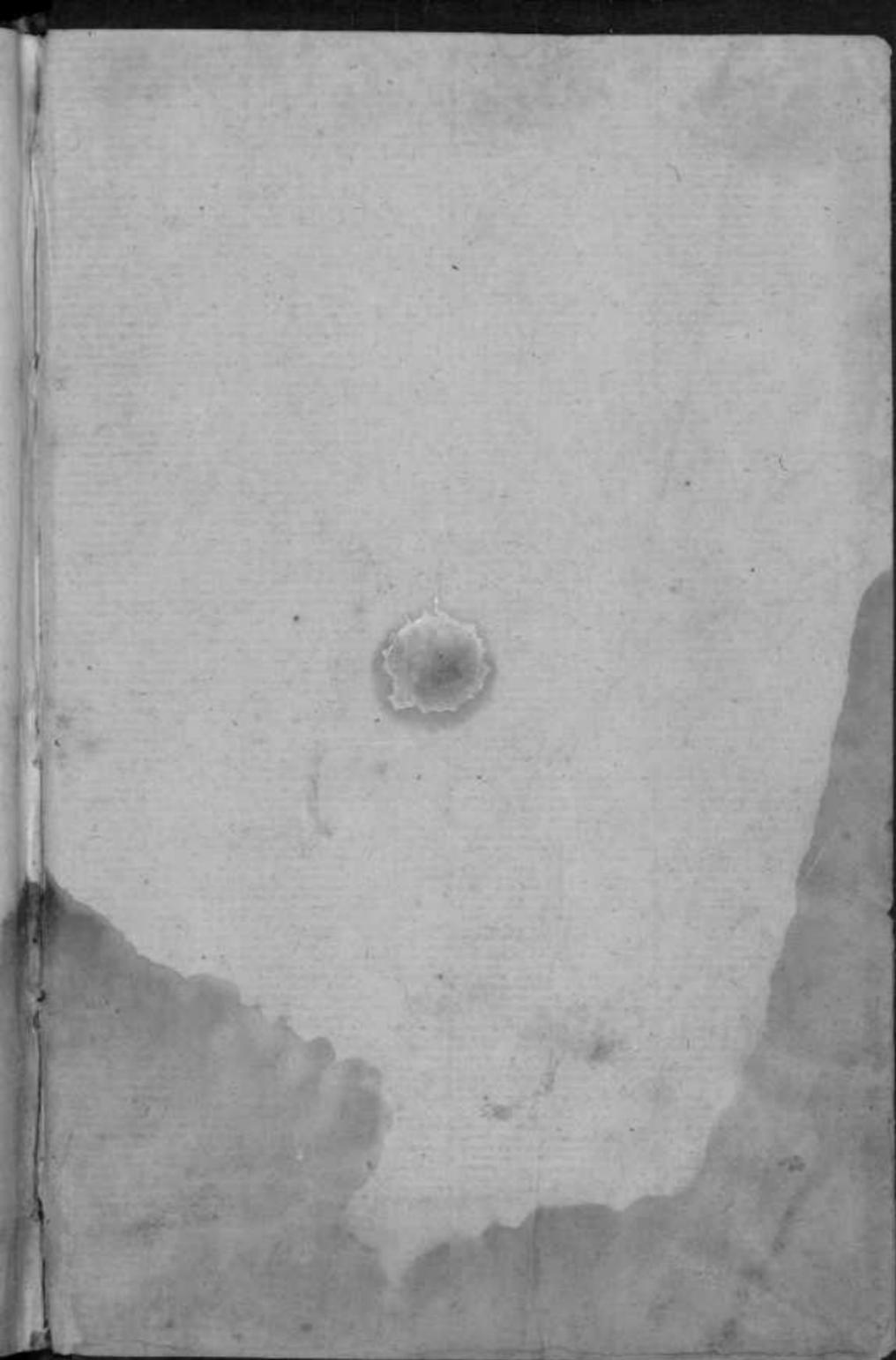
## LIBRO NONO.

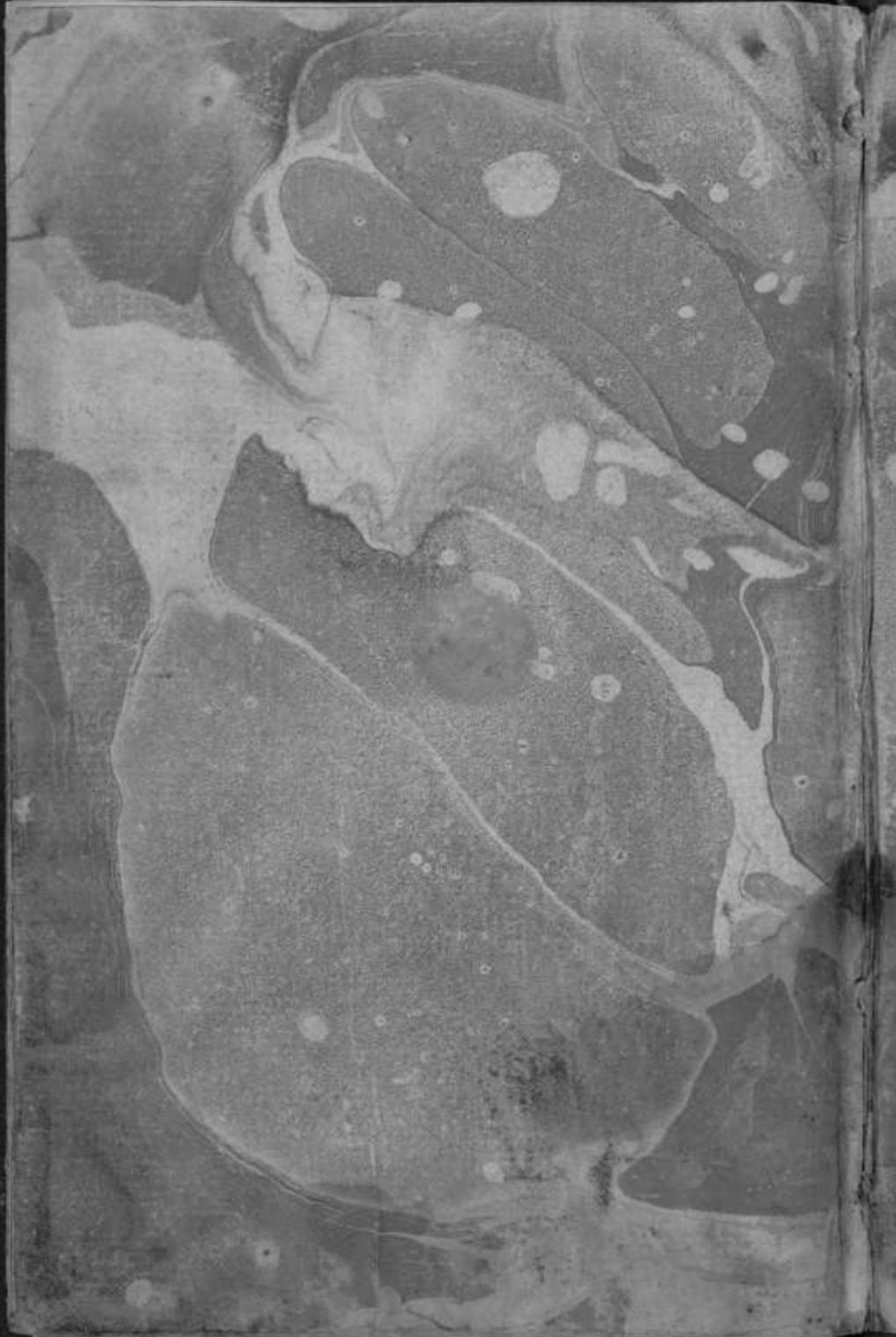
- CAP. I. *Scipion quiere casar á Gil  
Blas, y le propone la hija de  
un rico y famoso platero: de los  
pasos que se dieron á este fin..* 294.
- CAP. II. *Por qué casualidad se  
acordó Gil Blas de Don Al-  
fonso de Leyva, y del servicio  
que le hizo.....* 301.
- CAP. III. *De los preparativos que  
se hicieron para el casamiento*

- de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó.....* 306.
- CAP. IV. *De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de cómo supo la causa de su prision.....* 309.
- CAP. V. *De lo que reflexionó antes de dormirse, y del ruido que le despertó.....* 316.
- CAP. VI. *Historia de don Gaston de Cogollos y de doña Elena de Galisteo.....* 322.
- CAP. VII. *Scipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le da muchas noticias.....* 351.
- CAP. VIII. *Del primer viage que hizo Scipion á Madrid, qual fué el motivo y éxito de él. Dá-le á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo.....* 357.
- CAP. IX. *Scipion vuelve á Madrid; cómo y con qué condiciones alcanzó la libertad de Gil Blas; adónde fuéron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y conversacion que tuvieron.....* 365.
- CAP. X. *De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quien encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.* 370.













AVENTUR  
DE  
IL BLAS

5



A  
5089